



JUAN MARSÉ nació en Barcelona el 8 de enero de 1933. Desde los trece años hasta 1959 trabajó como operario en un taller de joyería. En 1959 empezó a publicar relatos en revistas literarias, y ese mismo año obtuvo el premio Sésamo de cuentos. En 1961 concurreó al premio Biblioteca Breve con *Encerrados con un solo juguete*, que resultó finalista con el mayor número de votos. Publicó en 1962 en Seix Barral su segunda novela, *Esta cara de la luna*. En 1965 obtuvo el premio Biblioteca Breve con *Últimas tardes con Teresa* (Seix Barral, 1966-1986). Posteriormente ha publicado *La oscura historia de la prima Montse* (Seix Barral, 1970), *Si te dicen que caí* (1973; Seix Barral, 1976), etc...

JUAN MARSE

TENIENTE BRAVO

Seix Barral - Biblioteca Breve

Cubierta: Gianni Sennacheribbo

Primera edición: enero 1987

© Juan Marsé, 1987

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:

© 1987: Editorial Seix Barral, S.A.
Córcega, 270 - 08008 Barcelona
ISBN: 84-322-0561-3

Depósito legal: B. 43.794
1986 Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada
o transmitida en manera alguna ni
por ningún medio, ya sea eléctrico,
químico, mecánico, óptico, de
grabación o de fotocopia, sin permiso
previo del editor.

HISTORIA DE DETECTIVES

Con pequeños malentendidos con la realidad construimos las creencias y las esperanzas, y vivimos de las cortezas a las que llamamos panes, como los niños pobres que juegan a ser felices.

FERNANDO PESSOA,
Libro del Desasosiego

1

En los días luminosos, desde la zona alta de la ciudad, desde esta calle que se encabrita en la colina como si quisiera mirarse en el Mediterráneo, la vista alcanza muy lejos mar adentro y el corazón se engaña: el barrio dormido es una atalaya sobre un sueño que no acaba de discurrir. A veces, sin embargo, más allá del puerto y su rompeolas, más allá de la blanca espuma de los balandros que festonea el litoral, en la popa de los buques de carga que parecen anclados en el horizonte y en el herrumbroso castillo de proa de los grandes petroleros que navegan hacia el Sur, hemos visto centellear los aros de plata en las orejas de los marineros acodados a la borda, las sirenas tatuadas en sus pechos de bronce y los corazones traspasados por la flecha bajo un nombre de mujer; si te fijas mucho, claro, si de verdad quieres ver lo que miras y no te dejas deslumbrar por el sol.

Pero en los días grises, la mirada se enreda en el zarzal de neblinas y humos rasantes que atufan el laberinto de Horta y La Salud, y no consigue ir más allá. La ciudad se aplasta remota y gris, como una charca enfangada, una agua muerta.

Fue un día malo de éstos, lloviznando y con ráfagas de viento helado, cuando nos juntamos en el automóvil para un trabajito especial. Por la ventanilla vimos una gaviota que planeaba extraviada en medio de la ventisca. A ratos el viento arreciaba y entonces la lluvia parecía suspendida en el aire, silenciosa y oblicua. Después, la gaviota se dejó caer en picado sobre nosotros, rozó con su ala cenicienta el parabrisas astillado del Lincoln y antes de remontar el vuelo nos miró de soslayo con su ojo de plomo.

—Un día de mil demonios —dijo Marés sentado al volante, y convidó a fumar—. Abrid bien los ojos.

Habló con su voz de ventrílocuo, sin mover los labios. Y como en sueños, a través del humo más azul y más transparente que jamás haya soltado un apestoso cigarrillo elaborado en años apestosos, vimos cruzar el descampado, viniendo hacia nosotros, a una mujer con boina gris y gabardina clara, muy pálida y muy guapa y llorosa. Era un sábado por la

tarde de un mes de abril que parecía noviembre.

Juanito Marés escrutó a David y a Jaime, en los asientos de atrás, y después a mí. Al clavarme el codo en las costillas, comprendí que me había elegido:

—Bonitas piernas —dijo mirándola la mujer.

—Sí, jefe.

—¿Te gustan?

—Ya lo creo, jefe.

—Pues no las pierdas de vista.

Entornó los ojos de gato y puso cara de viejo astuto Barry Fitzgerald ordenando al poli sabueso seguir a la chica en *La Ciudad Desnuda*, añadiendo con la voz ronca:

—Andando, es toda tuya.

Ella pasó por nuestro lado dejando en el aire un acre perfume a cebollas y lágrimas, tal vez a vinagre. Bajo los faldones de la gabardina, muy ceñida en la cintura, la plenitud de las curvas sugería unos muslos que por fuerza tenían que rozarse al andar. Sin embargo, era una mujer delgada, de pechos pequeños y fina de caderas. No la conocíamos de nada, nunca la habíamos visto, pero el jefe sabía algunas cosas: que era nueva en el barrio, que vivía en la pensión Ynes con un niño pequeño y que su marido la había abandonado. Se hacía llamar señora Yordi, pero al parecer su verdadero nombre no era ése.

—Es todo lo que sabemos —concluyó Marés dándome otra vez con el codo—. En marcha.

Tiré el cigarrillo, me calé el sombrero hasta la nariz y bajé del automóvil sin poder apartar los ojos de aquellas piernas largas enlutadas por las medias y la lluvia, cruzando un mar de fango negro.

Una trepidante aventura iba a comenzar, y algo me decía que esta vez acabaría mal. Me quedé parado unos segundos bajo la lluvia fina, junto al morro del Lincoln. Ante mí se abría el Campo de la Calva, una explanada negruzca y encharcada al final de la calle, sobre la falda de la colina festoneada de ginesta. Un barrio tan alto, tan cerca de las nubes, que aquí la lluvia todavía está parada antes de caer, solía decir Marés. Esta plataforma sobre la colina había sido proyectada como plaza pero aún no era nada, un barrizal; a un lado había una hilera de casas bajas con la taberna de Fermín y la papelería-librería, y al otro lado nada, el declive del monte y los pinos y castaños con Vallcarca al fondo. Lo llamaban Campo de la Calva porque los moros de Regulares jugaron aquí un partido de fútbol con la cabeza cortada y rapada de una puta, y dicen que de tanto

patearla y hacerla rodar, la cabeza se quedó lisa y pulida como una bola de billar, sin nariz ni ojos ni orejas, y que la mandíbula se soltó y que al final del partido la enterraron con la boca abierta. Tiempo después, nosotros excavamos el Campo y lo único que encontramos fue la calavera de un perro.

Estaba pensando en todo eso mientras veía alejarse a la señora Yordi.

—¿Qué demonios estás esperando?! —bramó el jefe asomándose a la ventanilla del Lincoln—. ¡Vamos, síguela!

—Creo que esta mujer nos traerá problemas.

—No te pases de listo, Roca. Quiero un informe completo, así que espabila.

—Es muy difícil *marcar* a una mujer tan bonita sin llamar la atención, jefe.

—¡Pues a ver cómo te las apañas! ¡Andando!

—Está bien, ya voy.

Pero seguía allí clavado sin poder moverme, como si la boca abierta de la furcia calva, debajo de la tierra, se hubiese cerrado como un cepo en mis tobillos. Soplaban un viento racheado y cabrón que arrastraba papeles y hojas de laurel por la Bajada de la Gloria. Hacia Los Penitentes, al otro lado de la colina de las Tres Cruces, del cielo gris se descolgaban nubes borrascosas como peñascos de piedra pómez.

Marés soltó una maldición y finalmente me puse en marcha tras la señora Yordi. La suerte estaba echada.

Cuando la señora ya había dejado atrás la papelería de Susana y se disponía a torcer en la esquina, el viento cambió bruscamente de dirección y la embistió por la espalda, y entonces ella se dobló un poco hacia atrás y pareció que se reclinaba confortablemente en el mismo viento, dejándose llevar un trecho por él: los faldones de la gabardina pegados a las nalgas, la corta melena negra partida en dos sobre la nuca, sujetándose la boina con la mano. Me perturbó un zureo de palomas, el olor afrutado de su axila.

Al verla desaparecer en la esquina, me subí el cuello de la cazadora y aceleré el paso.

2

Dos horas después estaba de vuelta y Marés seguía sentado al volante. Abrió la puerta del coche con el pie y me senté a su

lado. Por el retrovisor vi a David y a Jaime derrumbados en los asientos de atrás con el pelo mojado y los ojos de fiebre. Salieron después que yo, pero habían terminado antes. Ahora llovía un poco más.

—Al volver he pasado por casa —dije a modo de disculpa—. Bien. La he seguido durante tres cuartos de hora. Cogió la Bajada y Nuestra Señora del Coll y luego siguió por Avenida Hospital Militar, siempre en dirección Lesseps. Ya no lloraba.

Encendí un cigarrillo y reflexioné, cerrando los ojos en medio de las espirales de humo para ver mejor, otra vez, el movimiento de sus caderas. La señora camina todo el rato con la barbilla enhiesta y los ojos bajos, sin prisas, sin sentir la lluvia. No la sentiríamos en la cara si no la encrespara el viento, recuerdo que pensé, esto es un calabobos muy fino. No llora, pero dirías que la acosan amargos pensamientos. Va sin paraguas y la gabardina le queda corta, tres dedos por encima de la rodilla —y la falda del vestido aún debe ser más corta, pues ni siquiera asoma—, el bolso colgado al hombro, medias color ceniza y zapatos de tacón alto con dos tiras negras cruzándose enroscadas por encima del tobillo.

Tendrá unos treinta años y los pómulos altos y pulidos como de marfil. Cada vez que vuelve la cabeza, tras la tenue cortina de lluvia vislumbro unos ojos oscuros almendrados y el párpado dulce y parsimonioso, oriental. Durante algún trecho la sigo tan de cerca que puedo oler la lluvia en su pelo y oír el roce de las medias de seda en los muslos.

—Cuando quiera detalles sobre su persona, ya te los pediré —dijo secamente Marés—. Prosigue.

Pasamos frente al bar Las Cañas, cine Mahón, la charcutería de la plaza, la tintorería, la Delegación de Falange. A su paso, hombres tambaleantes y malafeitados la miran hurgándose los bolsillos del pantalón, mascullando roncas obscenidades. Quizá para ahuyentar su tristeza, ella se para ante un escaparate y mirándose en el cristal atusa con los dedos su airosa melena, corrige la posición de su boina, saca del bolso una barra de carmín que restrega con fuerza por sus labios y finalmente se frota los párpados de cera, tan estáticos y misteriosos, con la yema del dedo anular. Se parece asombrosamente a Fu-Lo-Suee, la hija de Fu-Manchú: los mismos ojos de china perversa y venérea, caliente y oriental.

—Quise verla mejor y me paré cerca, simulando atarme el cordón del zapato —añadí con la voz nasal, detectivesca, y capté de reojo el desdeñoso bufido del jefe—. Pero entonces ella

se vuelve inesperadamente y me mira, quieta, con sus ojos de hielo. El corazón me da un vuelco. ¡Hostia, qué mirada! Me hago el distraído guipando a un lado, al vagabundo que empuja renqueante un cochecito de niño cargado de botellas y trapos viejos, y que tropieza en el bordillo y a punto está de caerse, pobre diablo.

Interrumpí el informe para darle al cigarrillo un par de chupadas, y a mi espalda David soltó una tos pedregosa y espesa como una mermelada barata hecha de Algarrobas o Dios sabe qué. Medité en la continuación de mi relato viendo rebotar la lluvia sobre el morro del automóvil, un Lincoln Continental 1941 de líneas aerodinámicas y radiador cromado venido de quién sabe dónde a morir aquí como chatarra. De su pasado esplendor quedaba algún destello en medio de la herrumbre, algún cristal, pero todo él parecía más bien una gran cucaracha calcinada y sin patas, sin ruedas ni motor, y nadie en el barrio recordaba cómo y cuándo había llegado hasta aquí arriba, quién lo abandonó sobre esta pequeña loma al noroeste de la ciudad, y por qué. El Lincoln estaba varado en el mar de fango negro y cercado por un montón de cosas muertas: pedazos de estufas de hierro, una butaca desventrada, pilas de neumáticos, somieres oxidados y colchonetas mugrientas y desgarradas.

—Un poco más abajo, delante de cine Roxy, el manco que vende tabaco y cerillas debajo de un paraguas me la empieza a piropear guarramente. Ella se pasa a la otra acera, calle Salmerón abajo. Y no volvió la vista atrás ni una sola vez. Entonces vi algo que me puso los pelos de punta: un tranvía casi la atropella.

Les estaba contando solamente lo que había pasado, pero lo bueno era lo que me habría gustado a mí que pasara, las cosas que llegué a imaginar mientras la seguía de cerca embebido en el olor a musgo de su pelo. Por ejemplo, el tranvía la atropella y su cabeza golpea contra el empedrado y pierde el sentido. Está allí en el suelo con una bata de raso blanco y chinelas con borlas rosadas, se interrumpe la circulación, se forma un corro de gente a su alrededor y alguien pide un médico y una voz dice que se le haga el boca a boca, rápido, quién sabe hacer el boca a boca. La misma accidentada, en medio de su inconsciencia, me señala con el dedo suplicando que le haga el boca a boca.

—Vaya. Te tocó la china —dijo David. Así que me decido y le hago el boca a boca a la señora con el beneplácito de todos los presentes. Tiene los labios fríos como gusanos de seda y éste es el beso más extraño e inolvidable de mi vida. Hacia el final, ella

abre un instante sus ojos de china maligna y caliente, y me mira fijo. En sus pupilas luminosas la lluvia se refleja combada, fruncida por el viento, como una miniatura.

La luz fugitiva de la tarde, ahora, aquí, planea como un pájaro de oro sobre el mar de fango.

3

—No pasó nada más hasta llegar casi a la Rambla del Prat —proseguí—. Delante del bar Estadio se encontró con alguien que no esperaba. *Charles Lagartón*, el panadero, que está parado al borde de la acera esperando para cruzar, se vuelve y sonríe a la señora Yordi descolgando morros y papada como un asqueroso sapo chafardero que es: Vaya, ¿usted por aquí?, un poco lejos de nuestro barrio, ¿verdad?, y con este tiempo tan malo. Y ella disimulando su contrariedad y su fastidio, algo nerviosa, pero amable: Pues mire, precisamente iba a comprar un paraguas... Mentira, como veremos en seguida.

Me paro detrás del buzón de correos, agachándome, pero el gordo *Lagartón* me ve, y también ella, otra vez. Inevitable, si quiero mantenerme cerca y enterarme de lo que hablan. A través de la llovizna ahora peinada por el viento, afilada y gris como pelajos de rata, mis ojos no se apartan de la boca de la señora Yordi, que dice:

—Mire este niño. Me viene siguiendo desde lo alto de la calle Verdi.

Charles Lagartón entornó los ojitos de cerdo y me guipó un rato, las manos enlazadas a la espalda y las piernas cortas separadas como si estuviera de pie en la cubierta de la «Bounty» poniendo cara bestial de capitán Bligh con su asquerosa verruga en la mejilla.

—Hum —gruñó—. Es el chico de Berta. Maldita sea, el domingo pasado él y su pandilla de trinchas desarrapados estuvieron siguiéndome cuando paseaba junto a la estación de Sants.

¿Os dais cuenta? Lo llama pasear, a estraperlear con sacos de harina, el cabrón. Pero ella, tan discreta y paciente, tan oriental y misteriosa bajo la llovizna, se desentiende de esas patrañas. Dice:

—¿Ah, sí, también le seguían a usted? ¿Y por qué?

—Por nada. Juegan.

—¿Y a qué juegan?

—A detectives, a espías —gruñe el panadero—. Escogen a una persona cualquiera que pasa por la calle, y la siguen durante horas, si es preciso...

—Vaya —recelando ella pero no de mí, sino del gordo malcarado que sonrío burlón con su boca de besugo y la mira fijo como intentando adivinar sus pensamientos—. Qué divertido, ¿no?

Como ya sabéis, añadí, a esta distancia yo entiendo lo que hablan dos personas porque de pequeño aprendí a leer el movimiento de los labios.

—Que sí, que ya lo sabemos —impaciente David.

Observé al jefe Marés. Me escuchaba con aire pensativo y severo, los brazos sobre el volante y la mirada al frente, más allá del ciego parabrisas. Había encendido otro de sus famosos cigarrillos de anís Players de Virginia que llevaba en una caja de metal azul pálido y David volvió a toser su mermelada pedregosa. Jaime palmeó su espalda doblada y protestó en su nombre:

—¿Cómo puedes fumar esta porquería?

—Huele a anís.

—Huele a alpargatas quemadas. Apesta.

—El coche es lo que apesta —le dije.

—Es pura mierda —insistió Jaime—. ¿Por qué no compras aunque sea Ideales, de vez en cuando?

—Silencio —ordenó el jefe sin levantar la voz—. Termina con tu maldito informe, Roca. Y procura ir al grano.

—Sí, jefe.

Con su cara de enterado, el gordo panadero insiste en sus explicaciones reteniendo a la señora Yordi:

—Bueno, eso dicen estos sinvergüenzas. Que es un juego de espías y de agentes secretos. O de atracadores, vaya usted a saber.

—¡No me diga!

—Fíjese en el sombrero que lleva éste. Era de su padre, que está en la cárcel por atracador y por rojo separatista.

Ella lo mira con verdadero odio durante una fracción de segundo. Es muy difícil percibir eso en unos ojos achinados que siempre miran todo con una dulzura perversa y como sifilítica, una especie de pus en la pupila, seguramente porque han visto muchas miserias en esta vida; pero me di cuenta. Y me llegó también la frialdad de su voz al responderle:

—Cómo puede decir eso, señor Oms.

—Es mala gente, todo el barrio lo sabe.

La señora Yordi iba a replicar, pero se contuvo. Finalmente, más relajada, dijo:

—En fin. Cosas de críos.

—De todos modos es una falta de educación, que la sigan, y más tratándose de una señora como usted. Si este niño la molesta, llame a un guardia...

—No, de ningún modo.

Enfurrugada, haciendo por irse. Qué gusto seguir el borroso movimiento rosado de sus labios mientras se despide una y otra vez del pesado *Lagartón*, sin conseguir librarse de él. Porque este fati con ojos de rana venenosa no para de hablar: que son unos golfos y no valen para nada, que se pasan el santo día en los billares y en la calle y en el cine, o acurrucados como polluelos en el interior de este automóvil podrido y lleno de piojos varado en medio del fango y las basuras, nido de pordioseros, fumando y planeando seguimientos y pesquisas por la ciudad misteriosa y corrompida, husmeando el delito entre la niebla y «marcando» de cerca a los sospechosos bajo la lluvia, mientras se oye a lo lejos la sirena de un buque pidiendo entrada en el puerto.

Las sirenas de los buques, en días borrascosos como éste, nos hacían pensar en putas francesas apoyadas en farolas, de noche, con faldas de satén negro abiertas en el costado.

—Déjelos, no son más que niños que juegan a películas —decía ella—. Y adiós, se me hace tarde.

—Que no, que ya son muy ganapias, señora —excitándose el panadero estraperlista y mamón—. ¡Que ni crecen ni reverdecen de la maldad que se los come!

—Bueno, no se ponga usted así.

—Se empieza con pistolas de juguete y atracos de película. Balas de saliva, muertos de mentira. Pero un día serán de verdad, señora, como el sombrero de éste. Habrá que verlos de mayores. Peor que la peste.

—Maldito capitán Bligh —masculló David—. Maldito seas.

—Sí, ¿por qué no se lo tragaría el mar?

—Es un bocazas —dijo Marés—. Un soplón y nada más, no hay que hacerle caso.

—Pero anda por ahí diciendo que el padre de éste está en la Modelo y además criticando su sombrero —dijo Jaime—, y eso es tener muy mala leche.

—Ni caso —insistió el jefe—. El *Lagartón* es un mal bicho, de acuerdo, y algún día nos ocuparemos de él. Ahora sigue, Roca.

Cuando dijo lo de mi padre en la cárcel, yo agaché la cabeza, me quité el sombrero y lo escondí entre el pecho y la camisa; no porque sintiera vergüenza, sino de la rabia que me dio. Es un sombrero muy flexible, de los buenos, un Stetson auténtico, especial para seguir de cerca a rubias peligrosas en días de lluvia. Lo hice por mi padre, por respeto a su memoria de pistolero republicano rojo separatista con sombrero de ala flexible sobre los ojos...

—Bien hecho —dijo David—. Padre no hay más que uno aunque esté en la trena.

—O en la tasca y mamado todo el puto día, como otro que yo me sé —se lamentó Jaime.

—¿Habéis terminado, cotorras? —Marés impaciente, limpiando el cristal del parabrisas con el puño, furioso—. Entonces continúa, Roca. ¿Qué más has podido leer en sus labios? ¡Qué más, qué más!

Entonces ella por fin empieza a caminar de espaldas, empieza a irse dejando al chismoso panadero con la palabra en la boca. ¿Qué, no ha vuelto a saber nada de su marido?, susurra todavía el *Lagartón* mirándole las caderas: Ay, estos niños fisgones que nos siguen en nuestras escapaditas y espían nuestras intimidades por el ojo de la cerradura, qué malos son, ¿verdad, señora?, qué situación más comprometida a veces para una mujer casada, ¿no le parece...?

—¿Todo eso decía?

—Más o menos —dije—. A ratos la lluvia no me dejaba leer en sus labios. Lo que importa es el sentido de lo que dijo. Ella ya no le hace caso y se aleja Salmerón abajo por la acera de la derecha.

Había tallos de clavel pisoteados y gladiolos tronchados sobre el asfalto húmedo en el cruce con Travesera, y un ciego furioso golpeando el bordillo con su bastón, esperando que alguien lo pasara al otro lado, escupiendo a las nubes. Y el olor a pan calentito en la esquina de Luis Antúnez, y un poco más abajo mi otro olor preferido, a bacalao seco y aceitunas aliñadas en barricas sobre la acera. Suelto la zarpa al pasar y pesco un puñado de aceitunas, sigo calle abajo y delante de mí un vagabundo piojoso arrastra un cesto de mimbrés con una cuerda y en el cesto va un niño sobre botellas vacías de champán y envuelto en harapos. El crío me mira con sus ojitos legañosos mientras vamos caminando, y me saca la lengua sonriendo, y yo le voy tirando aceitunas y él las pillaba una tras otra abriendo la boca como un cazo.

Pasamos el cine Miramar y, delante del bar Monumental, la señora se para. Antes de entrar, mira a un lado y a otro recelosa. Espero un par de minutos y entro tras ella.

La señora Yordi está sentada con un hombre fuerte y moreno en una mesa del rincón, al fondo del grandioso bar, detrás de los billares. En una de las mesas de billar juegan dos chicos muy serios y bien peinados, con pantalones de golf, con tacadas estudiadísimas y mucho cuento. Me acerco simulando asombro ante su estilo finolis y desde allí controlo de reojo a la pareja, quietos y susurrantes en la penumbra. El hombre es mayor, de unos cuarenta, gafas negras, nariz de cuervo, bigotillo recortado y un palillo entre los dientes. La cabeza gacha, las manos en los bolsillos de la gabardina, ella se mira las rodillas muy juntas y calla todo el rato. El tipo le habla al oído, el brazo en el respaldo de la silla y sin tocarla a ella, pero como si estuviera muriéndose de ganas de hacerlo. La luz es tan mala que no distingo sus labios, apenas el movimiento del palillo que la lengua del tío desplaza de un lado a otro.

Luego afino la vista y capto que le dice: «Haré lo que pueda, señora, se lo prometo...» Sólo se oye el toca-toc de las bolas de billar. Ella sigue callada y él añade: «Confíe en mí, no se deje llevar por la desesperación, todo se arreglará, tengo amigos influyentes...», más o menos.

—He tenido mucho cuidado de que ella no me viera —dije—. Ha sido fácil, la pobre no levantaba la vista del suelo.

Diez minutos después salieron juntos del bar y pararon un taxi. Se fueron de prisa y lo último que vi de ella fue su mano abierta aplastada contra el cristal de la ventanilla, como si la estuvieran besando a la fuerza o estrangulando.

4

Juanito Marés repiqueteó los dedos sobre el volante del coche y miró afuera. El viento había cesado pero en el cielo sombrío las nubes corrían veloces apelotonándose y la tarde se encendía como una luz roja arcillosa, como si fuera a llover barro.

—¿Qué dirección tomó el taxi?

—Para arriba —dije—. Plaza Lesseps.

—Está bien —Marés buscó la cara de David en el retrovisor—
Ahora tú, David. Cuenta.

David carraspeó antes de decidirse a hablar. Su informe

empezaba con una afirmación sorprendente:

—El hombre que yo he seguido, te estaba siguiendo a ti mientras tú seguías a la señora. —Excitado e intrigado, añadió— Pasó por aquí cuando acababas de salir tras ella, y el jefe me ordenó: sigue a este hombre. Te «marcó» hasta el bar Monumental. Se paró cuando tú te paraste, te esperó cuando el encuentro con *Charles Lagartón*, cambió de acera cuando tú lo hiciste. Todo.

—¡Cáspita! :

—Y mantuvo siempre la misma distancia, unos veinte metros.

—¡Fantástico! Pero te lo estás inventando, David.

—Jaime también lo ha visto. Que diga si miento.

—Por mi madre que es verdad —dijo Jaime.

El jefe no decía nada. Lo miramos esperando su veredicto. Marés sólo dijo: «Descríbelo.»

Un hombre delgado y un poco cabezón, dijo David, de estatura mediana tirando a bajo, de unos treinta y cinco años, pelo negro planchado con raya en medio y la cara blanca como el papel, relamida, anticuada y galante y como si llevara colorete en las mejillas y usara fijapelo, como si alguna vez hubiese sido muy fino y educado y rico, o muy amado y feliz, lejos de aquí, en otra barriada y en otra época. De cerca te das cuenta que la palidez de la cara es una mascarilla de polvos de arroz, y que los labios afilados y prietos parecen labios de madera pintados. Lleva un paraguas de señora con mango de marfil y adornos de plata y pedrería, pero con una varilla rota, y abrigo negro sobre el pijama a rayas y zapatillas de felpa de estar por casa, como si hubiese salido de una función de teatro a comprar el periódico en la esquina.

—Al meterte tú en el bar Monumental —continuó David—, se plantó en la acera, cerró el paraguas y pensé que también iba a entrar. Pero se quedó allí como una estatua, mirando la puerta.

Al lado, en la boca del callejón, un joven perdulario con gafas de aviador o de motorista y una astrosa manta militar sobre los hombros se desploma indiferente con las manos en los bolsillos, sonriendo a los que pasan. Lo arriman contra la pared y le dan cachetes, pero él no reacciona, aunque mantiene los ojos abiertos y las manos en los bolsillos del pantalón, tan campante.

—El hombre maquillado y en pijama debajo del abrigo no veía nada a su alrededor, sólo la puerta del bar —dijo David—. De pronto se acercó y se dio de morros en el cristal.

Mantuvo la nariz pegada al cristal un rato, sin moverse, y cuando se apartó era otro hombre. Como si le hubiesen caído veinte años encima de golpe. Cruzó muy abatido la calle y alcanzó la otra acera de verdadero milagro, pues casi lo pilla un tranvía. Y girando sobre los talones, se quedó allí en el bordillo mirando fijamente la puerta del bar con el paraguas cerrado bajo el sobaco, calándose hasta los huesos como un tonto, los afeites de pálido galán enamorado chorreándole por las mejillas de muerto. Sus pies chapoteaban en las zapatillas, bajo los bordes enfangados del pantalón del pijama. Luego retrocedió hasta un portal, pero no lo hizo pensando en la lluvia, sino porque no le vieran llorar como un niño abandonado al borde del arroyo. La gente pasaba por su lado sin hacerle caso.

—Entonces, con mano temblorosa, saca el pañuelo del bolsillo y se le cae al suelo un billete. No se da cuenta, o no le importa. Parece un hombre sonado, tocado del ala.

Desde hacía rato, a David no le divertía nada contar esta triste historia y se notaba. Abrevió el final: el hombre se cansó de lloriquear bajo la lluvia y se fue. Vagó sin rumbo por los sucios callejones de Gracia como un viejo chiflado y desmemoriado, y acabó sentado con cara de lelo en el portal de una torre de la calle Legalidad.

—Entonces lo dejé y me vine —dijo David, controlando a duras penas un nuevo brote de su tos bronquítica en conserva— Y se acabó.

—¿Y el billete?

—Aquí está.

Era de piel falsa de cocodrilo, pequeño y tan plano que no parecía contener nada. Pero dentro había cinco billetes de a duro y una amarillenta y sobada fotografía de retratista ambulante en la que se veían palomas y un soldado y una muchacha muy borrosos cogidos de la mano en una plaza. La foto se caía a trozos y olía a polvo. El impacto de un sol antiguo y congelado en los jóvenes rostros de la pareja borraba sus facciones y persistía solamente una palpitación de la sonrisa, un parpadeo espectral, una antigualla de felicidad.

5

David volvió a toser y miró al jefe esperando su aprobación. Todavía era un novato, pero con este trabajo podía ganarse

definitivamente las credenciales.

Marés reflexionaba. Chasqueó la lengua y dijo:

—Está bien. Toma.

Sacó del bolsillo la cartulina y se la dio. Llevaba escrito con tinta invisible: *David Bartra. Agencia de Detectives «Donald Lam/Berta Cool». Pesquisas, seguimientos, misiones secretas, sabotajes. c/. Verdi, Campo de la Calva, s/n.*

—Pero no te lo has ganado, que conste —añadió Marés—. Tu informe está mal desde el principio, porque se basa en una deducción equivocada.

—¿Equivocada?

—Sí.

Marés encendió otro cigarrillo perfumado de los suyos y miró aviesamente a David a través del espejito retrovisor. Dijo:

—Piensa un poco con el cerebelo, chaval.

—Ya lo hago, jefe...

—Veamos. Basándote en todos los datos que tenemos, no sólo en los tuyos, sino también en los de Roca sobre la señora Yordi, ¿cómo lo enfocarías?

David alzó la mano y miraba la punta enrojecida de los dedos y bizqueaba, confuso.

—Hum. No lo sé.

El jefe volvió la cara hacia él y arrugó la nariz. Los asientos de atrás soltaban un agrio pestucio. De noche los vagabundos solían dormir en el Lincoln abrazados a sus pringosas botellas de vino.

—¿Qué dices tú, Jaime?

—Es un asunto enrevesado, jefe.

Marés esperó un poco, por si Jaime quería exponer alguna teoría, y luego me miró a mí.

—¿Y tú, tienes alguna idea?

—Tengo una, pero no me convence.

—Adelante, chico.

—No sé —dije encogiéndome de hombros—. No quiero aburrirte, jefe.

—Abúrreme. Es una orden.

Carraspeé, y con la voz fría, sin inflexiones, aventuré:

—Esta señora tiene un fulano porque necesita comida para su niño pequeño, y porque está sola, sin marido. Se cita con su amante en el bar. Ese taxi iba al meublé La Casita Blanca. Y ese hombre pintado y con pijama y zapatillas me seguía a mí porque es un marica.

Marés ronroneó como un gato ensayando su voz impostada

y tardó unos segundos en contestar:

—Casi aciertas —el humo del cigarrillo le hizo entornar los ojos, y también su natural malicia y puñetería. Ahora habló otra vez sin mover los labios y su voz parecía venir de lejos, como la voz de los ventrílocuos—. Sí, todo coincide para hacernos creer que el tío del pijama te seguía a ti, Roca. Sin embargo, a quien seguía es a ella. Tú lo que hiciste fue interponerte entre los dos, y en realidad él ni siquiera te vio. La seguía a ella igual que tú, pero de lejos, siempre por detrás de ti. —Miró a David por el retrovisor—. Cualquiera se habría dado cuenta menos un novato como tú, David. Piénsalo: ¿por qué razón este señor, que pasó por aquí como un sonámbulo, había de ponerse a seguir a Mingo Roca, un *xava* del barrio al que seguramente no había visto en su vida? ¿Eh?

David bajó los ojos y en tono de excusa murmuró:

—A mí una vez un desconocido me siguió desde las Atracciones Apolo hasta el Monte Carmelo.

—Sería un bujarrón.

—¿Y cómo sabes que éste no lo es?

—Porque los conozco. —Guardó silencio unos segundos y añadió—: ¿Se os ocurre alguna otra explicación?

Se replegó sobre sí mismo ondulando como una oruga y puso los pies sobre el volante, se quitó un zapato y un calcetín y se rascó las junturas de los dedos. Después, alzando la maloliente pezuña hasta tocarse la nariz, pinzó entre el dedo gordo y el índice el cigarrillo colgado en las comisuras infectadas de la boca y siguió fumando tranquilamente con el pie, las manos cruzadas en la nuca. Era medio contorsionista, además de medio ventrílocuo, habilidades que le habían enseñado antiguos compañeros de trabajo de su madre, artistas de variedades derrotados y sin trabajo.

—Bien. Recapitulemos.

Siempre decía lo mismo y se comportaba del mismo modo, retrasando cuanto podía la solución del enigma. Oídos nuestros informes, Marsé se convertía en la Araña Que Fuma y se quedaba reflexionando envuelto en el humo azul del pitillo que manejaba diestramente con la pata. Analizaba todos los datos, los confrontaba, requería ciertos detalles en apariencia banales, y, finalmente, después de rechazar nuestra sugerencia, imponía su criterio mediante deducciones generalmente convincentes sobre causa y efecto, otorgando al comportamiento de los sospechosos, por enigmático que fuese, una motivación que nosotros no habíamos previsto, casi siempre amarga y

desoladora. Desde muy chico había dado muestras de esa extraña y terrible facultad: diríase que adivinaba el dolor del alma de las personas, que percibía su pena y su infortunio con sólo mirarlas a la cara o verlas pasar por la calle yendo al trabajo, por un detalle de nada. Un día que vimos al señor Elías llorando en la taberna, solo, sentado en un rincón y escuchando en la radio una marcha militar, Marés dijo que el hombre lloraba porque la radio le estaba recordando una hija suya que hacía de puta en Zaragoza, detrás de un cuartel de Infantería donde una brigada criaba mil cerdos con las sobras del rancho. ¡Y era verdad, lo supimos cuando el hermano mayor de David volvió de la mili y nos habló de la Puri! ¡Y los mil cochinos cebados con las sobras de la cocina del cuartel, también dijo que era verdad!

A fin de cuentas, Juanito Marés era algo mayor que nosotros, se había criado aquí y era catalán, además de un poco contorsionista y ventrílocuo: más serio, con más lenguas, más preparado. Por eso era el jefe.

6

Cuando Marés empezó a hablar, yo miraba a través de la ventanilla del Lincoln una gigantesca nube de plomo en forma de puño alzándose iracundo contra el cielo desde el horizonte borroso del mar, muy lejos del puerto, allá en los confines del Oriente. Pensé en el destino incierto de la señora de ojos de china bajo la lluvia, y pensé en el destino cumplido y atroz de la furcia cuya cabeza cercenada y calva yacía enterrada debajo de nosotros: vida y muerte extrañamente juntas, fundidas en la misma soledad y en la misma fiebre adolescente, en una sola carne de mujer soñada, sojuzgada y al fin destruida. Y pensando confusamente en todo eso sentí un vértigo y me quedé de pronto como sordo o como atontado de las bombas. Me asusté e interrumpí a Marés:

—¿Y qué hacemos con la foto y el dinero, jefe?

—De momento que lo guarde David —Juanito Marés me observó unos segundos y luego prosiguió—: Decía que el hombre del paraguas roto y polvos de arroz en la cara, tiene que ser un actor de teatro. Y que, además, se trata del marido de ella, del propio señor Yordi, que dicen que abandonó a su mujer hace algún tiempo. Y no me preguntéis nada por el momento, es una corazonada... Ante todo aclaremos que Yordi

no puede ser un apellido: Yordi es la manera que vosotros los charnegos pronunciáis Jordi, que es el verdadero nombre catalán del marido, no su apellido, que juraría que es Jardí. Jordi Jardí, actor secundario y fracasado. Los conozco y los huelo de lejos, por mi casa han pasado muchos. Así que ella sería la señora Jardí, no Yordi. ¿Está claro, analfabetos, kabileños sin escuela, jodidos murcianos?

Acurrucados al fondo del Lincoln, David y Jaime parpadearon desconcertados y Marés continuó: porque este infeliz que se pone a hacer pucheros en la calle, delante del bar donde ella se ha citado con un fulano, está bien claro que es su marido. Y como es actor, y los sábados y domingos tiene función en algún teatro de aficionados de los muchos que hay en el barrio, en L'Artesà o en Els Teixidors o en el Orfeó Gracienc, donde seguramente hace pequeños papeles de galán maduro y refinado a lo Charles Boyer, con las sienes plateadas y botines y guantes, pues a veces ya sale de casa maquillado y vestido para la función, muchos lo hacen; quizás él lo haga porque en la calle prefiere el anonimato, ir disfrazado de otro, ser otro, añadió Marés pensativo, muchos actores sin fortuna sueñan con ser otro... Todo concuerda: se dice en el vecindario que dejó plantada a su mujer, pero en realidad se fue para esconderse en otra casa porque hay una denuncia contra él y la bofia lo está buscando. Así, locamente enamorado de su mujer, y sospechando que ella va a verse con un hombre, esta tarde los celos lo han desviado de su trayecto habitual hacia el teatro encaminándolo a la pensión Ynes, ha esperado hasta verla salir y la ha seguido.

—Todo concuerda —repitió, rascándose la oreja con el dedo gordo del pie—. ¿De acuerdo?

Asentimos con la cabeza.

—Ahora bien, el infeliz se equivoca —prosiguió Marés—. Ella no le está engañando por gusto, porque sea un pobre diablo y un fracasado. El fulano que la espera en los billares del Monumental, no es propiamente ningún querido o macarra consentido de la señora. ¿Quién es entonces? ¿Por qué se ven a escondidas?

—Hombre, tú qué crees —sonreí burlón—. Al tío le gustaban sus piernas una cosa mala, se le iba la mano. En este momento se la está follando, jefe.

—Tal vez. Pero no es su querido ni su amante. ¿Desde cuándo una mujer enamorada acude tan triste, tan desgana de todo y llorando a una cita con su amante? Os digo que es

otra cosa. ¿No habéis visto sus medias zurcidas, su gabardina tan corta y con el cinturón tan apretado bajo los pechos, y esos zapatos de mujer fatal que no le van a una señora tan fina, que la hacen tambalearse un poco? ¿No os parece que quiere gustar como sea a alguien, gustar mucho y de prisa y con vicio, y después vestirse de otra manera? Hay que verla como yo la estoy viendo, chicos, hacedme el puñetero favor de imaginarla de otra manera, si de verdad queréis destacar en este oficio de detectives. Espabilad, venga, esforzados un poco más en atar cabos sueltos y en aventurar audaces conclusiones, aprended a ser más perspicaces y mal pensados, o nunca llegaréis a nada...

Veamos ahora, añadió bajando la voz, a este fulano del palillo entre los dientes y la nariz ganchuda sentado en lo más oscuro del bar, detrás de los billares, como un buitre esperando alguna carroña. Ahí está, echado sobre los hombros lleva un chaquetón de cuero negro con solapas de terciopelo y en su mano enguantada abultan las sortijas como sabañones cuando levanta la panzuda copa de Fundador. ¿Quién es, un estraperlista, un funcionario rumboso de la Comisaría de Abastos, un poli, un chulo putas? ¿Cómo lo has descrito, Roca, ya no te acuerdas? Yo sí: unos aires de tío pistonudo y pavelo, camisa azul, bigotito negro, fijapelo y brillantina en la cabeza de zepelín y gafas negras. ¿Y no le viste la araña negra en la solapa? Porque es un falangio, claro está, un enchufado de los luceros, un Flecha de esos que tienen cogida la vaca por la mamella y no la sueltan. ¿Y ella qué busca en este camarada imperial, qué puede querer de un hombre así una mujer tan bonita casada con un actor fracasado?

Pues un gran favor, un aval, precisamente para su marido. Porque un falangista bien relacionado y dispuesto a hacer favores, sobre todo a una mujer sola y desesperada, ya se sabe, tiene influencias, puede conseguir un certificado de buena conducta, una recomendación, lo que ella le pida.

—Confíe en mi discreción, señora, haré lo que pueda, dices que le dijo con la zarpa en la rodilla. O sea, todo concuerda.

Pero nosotros no lo veíamos tan claro.

—¿El qué? —dije sacudiéndome el lío de la cabeza. De pronto todo aquello me parecía un camelo, una tomadura de pelo—. Anda ya, jefe. Es demasiado.

Miré a través de la llovizna y me puse a pensar no sé por qué en la ciudad aterida y promiscua que se extendía a nuestros pies bajo un manto de neblina, en las largas colas del sábado frente a los cines con calefacción, en los tranvías repletos

bajando por las Ramblas, en los vestíbulos de las casas de putas abarrotados de hombres, en las alegres muchachas con chubasqueros de colores entrando cogidas del brazo en las salas de baile. Y nosotros aquí arriba rumiando musarañas.

Permanecemos en silencio, mareados por la historia y el tufo a perdulario que anidaba en el auto, y, por segunda vez en poco tiempo, en total desacuerdo con el jefe. Aun sin haberlo comentado, los tres pensábamos lo mismo: sus famosas deducciones esta vez le habían llevado demasiado lejos.

—Todo es muy raro y complicado—murmuró Jaime—. No puede ser tan complicado.

—No lo es. Es muy sencillo.

—Hum —hizo David—. ¿Y por qué tiene que ser su marido ese payaso llorón y lelo?

—Sí —dije—. ¿Por qué? Yo creo que este hombre no es más que un borracho que se ha escapado de casa en pijama, que no tiene un céntimo y que llora por eso, porque no puede entrar en el bar a tomarse un vaso de vino.

Marés sonrió:

—¿Con cinco duros en la cartera?

—Una cosa es segura —reflexionó David—. No vive con ella y con el niño en la pensión. Tal vez sólo venía a visitarlos, pero ¿en pijama? ¿De dónde ha venido? Dice Roca que después de deambular por ahí le vio meterse en una torre de la calle Legalidad. Eso está bastante lejos.

—En esa torre vive escondido de la poli —dedujo Marés fulminantemente—. Está clarísimo.

—No dispaes a ciegas, Coyote —le dije.

—Eso —intervino Jaime—. ¿Cómo sabes que vive allí?

No contestó. Cerró el puño y mordisqueaba los nudillos.

—Pruebas, jefe —entonó David palmeándole la espalda—. No tenemos pruebas.

Marés reflexionaba. Con la mano en forma de trompetilla delante de la boca, tarareó una melodía extraña y sombría. Esta melodía lo acechaba siempre como una tristeza de atardecer, como una pena muy sentida, una fatiga rara o una enfermedad. Su madre, que era adivina y médium y que había actuado en cafés cantantes y nidos de arte cuando era joven, los sábados por la noche recibía en casa a dos desastrados matrimonios de vicetiples y tenores retirados y juntos cantaban zarzuelas y se emborrachaban de vino, llorando de emoción lírica alrededor de un viejo piano hasta la madrugada, a veces acompañados de otros curiosos desechos de la farándula que a nosotros nos

fascinaban: viejos rapsodas, vedettes gordas, joteritos famélicos y Magos sin trabajo que hacían juegos de manos. El Mago Fu-Ching ya no tenía dientes y estaba tísico y alcoholizado, pero aún nos maravillaba con sus elegantes trucos, su precisión gestual, su fría autoridad.

El fulgor de un relámpago alumbró fugazmente una cueva de nubes crapulosas en el cielo, y seguidamente la ronca voz impostada de Marés se confundió con el trueno:

—Perseguir a una mujer bajo la lluvia de esta manera, llorando, en pijama y zapatillas y maquillado como una figura de museo de cera —dijo muy despacio—, seguirla por las calles como si le empujara una fiebre, una calentura mala, sólo puede hacerlo un hombre locamente enamorado —y en un susurro insistió—: Enamorado de una mujer hasta más allá de la muerte.

Durante un rato su voz remota de ventrílocuo siguió construyendo la historia con los oscuros materiales de la tormenta. Escrutó el parabrisas ciego del Lincoln, ahora impoluto —ya no llovía— como si contemplara una película en la pantalla, y finalmente se calló.

David se removió inquieto en su asiento.

—Bueno, vamos a suponer que sí, jefe, que ésa es la intrínquilis del caso...

—Yo no lo creo —cortó Jaime—. Que ya empezamos a ser mayorcitos, tú.

—Pero aunque fuera verdad —insistió David—, no tenemos pruebas.

—¡Silencio! —ordenó Marés—. ¿Quién dirige aquí las pesquisas? —Todos mudos, y él añadió—: Pues entonces, las cosas son como yo digo. El caso está resuelto. Fuera. Se acabó.

Se dejó resbalar un poco en el asiento y se ovilló cruzando los pies en su cogote, y yo noté sus ojos de gato en mi perfil, suaves, como esperando de mí una señal de complicidad. Se había replegado en alguna de sus intrépidas aventuras interiores, y por un momento me pareció que su furiosa cabeza rapada olía a pólvora. David y Jaime abandonaron el automóvil en silencio, como un reproche. Yo también me apeé, y, cerrando la maltrecha puerta de golpe, dije:

—Mañana veremos, jefe.

Le dejamos solo dentro del Lincoln, engatillado tras la cortina de humo de sus perfumados cigarrillos de mentira. Por debajo de su pie tranquilamente asomado a la ventanilla, la puerta abollada y herrumbrosa lucía un trozo de plancha

milagrosamente bruñida y en ella se reflejó fugazmente el perfil de la ciudad lejana y andrajosa, dormida bajo un cielo desplomado.

7

Al día siguiente, domingo, a primeras horas de la mañana, algunos vecinos de la calle Legalidad se congregaron en la esquina con Escorial alertados por los gritos histéricos de dos muchachas que iban a misa y vieron algo que les heló la sangre. Marés nos mandó aviso con un chico y fuimos corriendo, pero al llegar ya había tanta gente en la calle que no dimos con él.

Se podía ver perfectamente mirando hacia arriba desde la acera frontal, al otro lado de la calle: al borde de la azotea de una vieja torre de dos pisos, debajo de una pequeña glorieta de madera, un hombre ahorcado giraba muy despacio en el aire, la cabeza recostada en el hombro y la lengua afuera, grande y negra como un zapato. Bastó que yo me mirara un segundo en los ojos asombrados de David, que ayer lo había visto tan de cerca bajo la lluvia, para reafirmarme en la horrible sospecha. Jaime también lo identificó en el acto. Temblando un poco, muy juntos los tres y cogidos de la mano como si temiéramos perdernos en medio de la gente, nos abrimos paso hasta situarnos en primera fila para desde allí mirar, larga y obsesivamente, entre maravillados e incrédulos, las zapatillas de felpa en los pies rígidos que aún se balanceaban, los bordes enfangados y desgarrados del pantalón del pijama, los cabellos negros y lisos impecablemente peinados con la raya en medio y las sienes plateadas. Pulcro y anticuado suicida, todavía con restos de colorete en las mejillas y churretones negros bajo los ojos, parecía ciertamente haber sido otra persona en otra vida, en otra historia y en otra época, un verdadero señor escapado de un escenario.

Primero llegaron las autoridades y después una camioneta negra. El ahorcado giraba en la cuerda y se le desprendió la zapatilla del pie izquierdo, rebotó en la baranda de piedra y cayó a la calle. Un vecino la recogió cuidadosamente con las yemas del índice y el pulgar, como si temiera infectarse, la trasladó al portal de la torre y la dejó apoyada contra la verja de hierro, como puesta a secar al sol.

De pronto todos estos sencillos pormenores de la tragedia

nos parecían incomprensibles, y encontramos a faltar a Juanito Marés. Sólo después que descolgaron el cadáver y los curiosos empezaron a desfilar, lo vimos apoyado tranquilamente en la fúnebre camioneta, mirándonos con sonrisa burlona. La camioneta se fue y Marés se sentó en la acera, contorsionándose. Cuando llegamos a su lado se había convertido en un escorpión.

Una semana después, en el Campo de la Calva, nos armamos de valor y paramos a la señora de la gabardina corta para hacerle entrega del billetero. El jefe nos obligó, empeñado en que el billetero del ahorcado pertenecía ahora a su viuda, y que nadie le discutiera eso porque se liaba a hostias con él. Fue su última orden y fue obedecida con nuestros bolsillos repletos de garbanzos cocidos y todavía calientes, acabados de birlar en una tienda de la calle Sostres.

—Señora, esto es suyo —dijo David, ofreciéndole el billetero de piel de cocodrilo con los ojos en el suelo y la voz de pito más estrangulada que jamás le habíamos oído—. Él lo perdió en la calle.

Llevaba la misma boina gris, los mismos zapatos negros y el mismo bolso de correa, pero no iba pintada en absoluto y parecía más alta. Abrió el billetero, vio los cinco duros y después miró detenidamente la fotografía del soldado y la muchacha bajo el mustio sol antiguo que los manchaba como un ácido. Ni negó ni admitió que aquellas cosas le pertenecieran, no dijo nada, apenas nos miró, apenas nos sonrió. Su delicada nariz captó fugazmente el aroma de los garbanzos cocidos que salía de nuestros bolsillos, y sus ojos rasgados se demoraron un breve instante en la contemplación de la vieja fotografía, vimos su lento y dulce parpadeo, luego cerró el billetero, lo guardó en su bolso, murmuró «gracias» y continuó su camino.

Aquellos fantásticos días de peligro y maldad quedaron lejos al fin, y ya nadie se acuerda de su olor a pólvora y a carroña ni de nuestra intrépida vocación de detectives. Yo he vuelto a pensar a veces en el ahorcado con zapatillas y fijapelo y más aún en la señora con ojos de china caliente y perversa mirando todavía aquel dinero que debió caerle como llovido del cielo... A fin de cuentas, en aquellos tiempos, cinco duros eran cinco duros. Pero sobre todo pienso en Juanito Marés agazapado en la oxidada carrocería del Lincoln Continental, solo, los pies en el cogote y envuelto en el humo azul purísimo de sus aromáticos cigarrillos de regaliz, intoxicado de crímenes y viudas peligrosas, de enrevesadas intrigas y amores desdichados.

EL FANTASMA DEL CINE ROXY

*...mis sueños son muy razonables.
En uno de ellos me encontraba en
Sunset Boulevard, a la sombra de unos
árboles, esperando un taxi amarillo para
ir a almorzar. No aparecía ningún taxi
amarillo, todos los coches que pasaban
por allí eran de 1916. Y entonces me dije
«Es inútil que esté aquí de plantón
esperando un taxi amarillo, puesto que
estoy teniendo un sueño de 1916.»
Después de esta reflexión, me fui
andando hasta el restaurante.*

ALFRED HITCHCOCK,
El cine según Hitchcock,
por François Truffaut

És quan dormo que hi veig ciar.
J. V. FOK

1

—**Y**a partir de esta escena —dijo el escritor—, en el preciso instante en que el enano cabezudo vestido de boy-scout parpadea nervioso e inicia su escalada político-montserratina hacia las cumbres de la patria con la mochila a la espalda, aclamado por el gentío que le arroja flores y calderilla, entonces es cuando aparece la pierna desnuda y luminosa de Ivy/Miriam Hopkins balanceándose al borde del lecho en sostenida sobreimpresión, a lo largo y ancho de toda la secuencia y en todos los planos siguientes, el muslo inmortal de la puta Ivy pendulando en la pantalla como una dulce amenaza venérea o como una romántica pesadilla de felicidad con su liga negra y sus chancros purulentos, perturbando así la clamorosa ascensión patrioter y floral del enano parpadeante, hasta que aparece la palabra FIN.

—Estás loco —dijo el director—. Olvídalo, no pienso rodar ninguna de tus calenturas infantiles.

—¿Calenturas? Te estoy hablando de la historia contemporánea de este país.

—Háblame del vagabundo bajo la lluvia, en la posguerra.

—Entonces concédeme un respiro y bebamos algo.

Empuñando sendos bolígrafos de punta fina, las caras tapadas con pañuelos negros como si fueran a atracar un banco o asaltar un tren (en realidad no pueden verse el uno al otro) colaboran por última vez el escritor y el director de cine en el guión original de una película que no debería rodarse jamás, cuando, en una pausa moderadamente alcohólica, solicitada por el novelista, éste evoca la época feliz de sus aventuras infantiles con la pandilla en los espesos y ardientes cines de barrio. Programa doble, No-Do y paja, recuerda:

Aquel tronante gallinero con bancos de madera y el palco lateral izquierdo cuya pringosa barandilla yo cabalgaba y espoleaba en la penumbra plateada, galopando disparando dentro fuera de la pantalla al mismo tiempo estoy en «Arizona» con Destry/James

Stewart y la guapa Frenchie/ Marlene Dietrich con su peca junto a la boca y suntuosos párpados de seda advierte el peligro en el Saloon y le salva la vida a *Destry rides again* interponiéndose entre él y la bala, muriendo en sus brazos vestida de puta del Oeste.

—Maldito literato —gruñó el director—. Maldito mirón de cine malo.

—En ese palco fantástico que olía a meados y a serrín —prosiguió el literato sin inmutarse— he visto yo el mejor cine malo del mundo y además nos hacíamos pajas durante la proyección. Una tarde, Juanito Marés, que siempre veía la película enfundado en su viejo chubasquero con capucha, se la estuvo meneando cada vez que en la pantalla aparecía Ella Raines, una artista de ojos verdes venéreos que hacía películas malas de esas que a ti no te gustan y a mí sí.

El director asintió, impaciente.

—Bueno, vamos a seguir trabajando.

—La Dama Desconocida. Cuando la preciosa Ella cruzaba las rodillas enfundadas en medias color de humo, veíamos la mano verdinegra de Juanito deslizarse por debajo del chubasquero como una serpiente.

—¿No me has oído? Por favor.

—Como quieras.

—Así no acabaremos nunca.

—Me proponía simplemente estimular tu escasa imaginación visual, *regista*.

—Bien. ¿Dónde estábamos? Ah, sí...

—Por ejemplo, había pensado la emocionante escena del tórrido casibeso entre Susana y el vagabundo en el cine, justo en el momento en que empieza a nevar silenciosamente sobre la platea.

—¿Casibeso? ¿Empieza a nevar dónde...?

—En la platea del Roxy y en la sesión de tarde, hace muchos años. O mejor, no empieza: ellos en la butaca se casibesan, plano picado y entonces desde arriba, entre remolinos de copos blancos, vemos en torno a ellos toda la platea ya nevada, silenciosa y fantasmal, bellísima.

El director dio un puñetazo sobre la mesa.

—El inconveniente, mi querido y reputado narrador —dijo irritado y confuso— es que el Roxy ya no existe. Lo derribaron.

Se desploma en la plaza Lesseps la fachada del cine en medio de una roja polvareda, el techo se abate sobre el patio de butacas, el escenario permanece erguido un instante, se rasgan y desprenden y caen las viejas cortinas azules, los apliques de metal y de yeso, y la pantalla se agita y se repliega cayendo sobre sí misma como una vela desinflada todavía con la piel estremecida por otras imágenes de otro desastre, otras voces, otra memoria: sobre las calles de *San Francisco* se desploman las casas entre nubes de polvo la gente huye despavorida muriendo aplastada o cayendo en las profundas grietas que se abren en el asfalto. Entre las ruinas de la cabina de proyección asoman trozos de película como rizos decapitados y la mano yerta de Jack Holt aplastado bajo los escombros en la calle Blackie deambula con la cara ensangrentada buscando a Mary. Una hora antes, en su poco recomendable Salón de variedades «El Paraíso», Blackie Norton/Gable esboza su cínica sonrisa ladeada frente a Mary/Jeanette MacDonald cursi remilgada que le pide trabajo: «Soy cantante.» Blackie el simpático rufián: «A ver las piernas.»

—Pero no fue un terremoto lo que acabó con el Roxy — argumentó el director.

—Lo sé —dijo el escritor—. Fueron tus aburridas películas.

SECUENCIA 37. CINE.

Interior/Exterior Noche (Blanco y Negro)

Cine Selecto en la barriada de Gracia, verano de 1941, público dicharachero picantón en la platea un rancio olor a jabón barato de fabricación casera y a tortilla de cebolla y en el foso de los músicos una catipén a sobaco estofado.

En el escenario selectas variedades: conjunto de señoritas vicetiples de caderas como armarios y musculosas pantorrillas vistiendo el uniforme azul de la Sección Femenina de Falange y brincando cogidas de las manos al son de una dulce sardana frente a la montaña de Montserrat pintada de purpurina plateada en el bamboleanante telón de fondo. La orquestina del foso se esmera en la interpretación de la sardana autorizada, y las maduras y poco entusiastas vicetiples brincan con sus falditas negras plisadas y sus camisitas azules y sus boinas rojas, y ahora el público tocado en su fibra más íntima y

vernácula por los méritos artístico-patrióticos del cuadro enmudece respetuoso y lírico con los ojos empañados por un sentimiento de nostalgia, lo que de todos modos no le impide escudriñar el robusto muslamen y las saltarinas pechugas de las artistas. En medio de un gran estrépito sobre las tablas polvorientas, la Montaña purpurada se tambalea peligrosamente desprendiendo una brillante constelación de luceros de plata, y resbala sobre las rollizas sardanistas la nerviosa luz de las diabras, azul y rojo y amarillo y verde y otra vez azul. En el apoteosis final aparecen en escena monaguillos montserratinos saltimbanquis, coro de graves payeses cantores entonando el Virolai vestidos de falangistas y cabezudos bailando vestidos de boy-scouts. Y mediante un golpe teatral sorprendente, un revolcón futurista diabólicamente concebido por el anónimo director escénico, uno de los traviesos enanos cabezudos que pasea su ancha faz de cartón con la mochila a la espalda y atuendo excursionista, y que simula escalar la Montaña Santa entre el clamor popular, se parece asombrosamente a Jordi Pujol, futuro president de la Generalitat.

El público simple y vulgar de barriada trabajadora silba y se emociona y aplaude el bonito pastel patriótic-sardanístic-joseantoniano sin sospechar, por supuesto, el devenir siniestro de la Historia.

—De la coreografía no opino —dijo el director—. Pero ni el cine Rovira ni el cine Selecto me sirven. Escogeré el local en su momento.

—No los has conocido, eres demasiado joven.

—Ni ganas. Yo veo vídeo.

Dijo este último sin inmutarse. Se hizo el longuis, sonriendo al vacío. Su sonrisa era la de Margaret Drumont simulando no ver la pierna de Grouxo Marx en su regazo.

—Que alguien haya puesto en tus manos 80 millones de pesetas para que hagas una película —dijo lentamente el escritor— constituye para mí un enigma indescifrable. Viendo vídeo, según tu deplorable expresión, has aprendido el oficio, sin necesidad de sumergirte en aquellos cines de barriada de programa doble. Te felicito. Eres un señorito de celuloide, un degustador de zooms y travellings enlatados. ¡Pero si supieras lo que te has perdido en los gallineros!

El espacio mágico del Roxy lo ocupan hoy las glaciales dependencias de un Banco. Desde la calle, al anochecer, cuando el reflejo neurótico de los faros de los automóviles se desliza a lo largo de la fachada de cristal, en su amplio vestíbulo cifrado en mármol y felpudo se ha visto en ocasiones navegar silencioso y esbelto entre la niebla a un transatlántico en ruta hacia Nueva York con Charles Boyer acodado a la borda con abrigo negro y *foulard*, elegante pasajero transcontinental de achampañada sonrisa parisina contemplando, más allá del mar apacible y plateado y del punzante recuerdo de un amor contrariado, el tráfico ruidoso y enloquecido de la plaza Lesseps.

Hacia el mediodía de una pesada jornada laboral, desde su pequeña mesa escritorio, cautivada y mecida por el hilo musical y por el parloteo pajaril del dinero entre los dedos, la solterona y romántica señorita Carmela, empleada en la sección de Créditos, ve a Clark Gable apoyado en un extremo del mostrador. A la señorita Carmela le tiemblan las rodillas. Con la americana desabrochada, Gable luce un chaleco de fantasía y la famosa sonrisa ladeada y socarrona. No parece un cliente del Banco, sino Rhett Butler en persona disponiéndose a entrar en un salón lleno de hermosas damas y petulantes caballeros del Sur. Gable, mientras se ajusta los guantes, obsequia a su fiel admiradora con un seductor y taimado fruncido de la frente y luego le guiña el ojo.

—El único fantasma que hay en ese Banco —repuso el director muy serio— es el de un crédito que me negaron...

—Habla con la señorita Carmela y te convencerás. Hace un par de meses vio a James Cagney abofeteando frenéticamente a una rubia platino en el despacho del director, y la semana pasada pilló a Tyrone Power y a Gene Tierney besándose apasionadamente en los lavabos...

—Vale, tú ganas —masculló el realizador—. Será el Roxy.

SECUENCIA 37. CINE ROXY.

Interior/Exterior Noche.

La luz plateada del proyector como un blanco parpadeo de alas de mariposa atravesando las tinieblas del local entre suaves copos de nieve que flotan sobre la gran platea blanca, inmaculada y fantasmal.

Y casi desierta. Cinco espectadores distantes solitarios con guantes y bufandas de lana y embutidos en gruesos ceñidos

abrigo años 40, dos con sombrero tres con boina hasta las cejas y todos con nieve hasta las rodillas y en los hombros. No se mueven, encogidos y ateridos de frío, sus ojos tristes muy abiertos absorben espectros y quimeras, luces y sombras de otra vida más intensa, más hermosa. A su alrededor se perfilan bajo la nieve las filas de butacas —aunque ya sólo se ven los respaldos—, el pasillo central y los laterales con las herrumbrosas estufas de leña apagadas y frías, y enfrente el escenario donde cuelga la frágil pantalla a cuyos pies la nieve se arremolina ovillándose sucia como un perro callejero que se echa a dormir, creciendo rápidamente su espesor ya cubre las botas destrozadas del joven vagabundo despeinado macilento de pie inmóvil macuto a la espalda, mirando extenderse ante él un mar de fango negro y nieve pura.

Encadena a Simone Simón carita de gata enfurruñada juntando las manos ante la boca como si rezara con los ojos al techo diciendo: «Chico, Diana, cielo.»

Estallan los obuses en las enfangadas trincheras de la Primera Guerra Mundial y el gas de la muerte se expande silenciosamente por la platea del Roxy desde finales de enero de 1939.

Encadena a escalinata parque Güell con su Dragón de cerámica brillante batido por una lluvia encendida, un chaparrón abrilero traspassado de sol. Recibiendo esta lluvia florecida, tres niños harapientos descalzos cabalgan el Dragón espoleándose empapados y blandiendo espadas de madera.

Encadena a papelería-librería Estevet y tres caras sucias de niños aplastadas contra el cristal del escaparate (mirando desde dentro afuera) en medio de carpetas y libros y lápices de colores y el vagabundo que avanza, lejos todavía, sin rostro (un reflejo borroso en el cristal) al otro lado de la explanada interminable como un mar de fango. Los niños que aplastan los morros contra el cristal son los mismos que hemos visto cabalgar el Dragón bajo la lluvia dorada.

NIÑO 1.º: «Ya viene.»

NIÑO 2.º: «Este vagabundo no es como los otros.»

NIÑO 3.º: «¿Avisamos a Susana? Parece peligroso.»

En primavera, al azar de nuestras correrías por el barrio, aguaceros sorprendidos y luminosos nos retenían ocasionalmente

en las miserables encrucijadas del hambre y la indigencia, portales oscuros y solares ruinosos, nidos de pedigüños. Un día nos refugiamos en el Salón de las Cien Columnas del parque Güell, donde se hallaban acampados aquellos férreos vagabundos de la posguerra. Y allí, sentados en corro igual que ellos alrededor de un cacharro con brasas, bajo la gran plaza sostenida por las altas columnas, muy cerca del Dragón, mientras veíamos caer la lluvia soleada nos contábamos aventis furiosas.

Hoy he olvidado el furor de las aventis, pero sigo viendo caer esa lluvia clara erizada de luz y oigo todavía sobre la ciudad su convencional rumor de lejanías, que hace soñar a niños y a vagabundos: una sosegada respiración de la tierra, el majestuoso pulso de la libertad.

Invierno 1941. Rambla de Cataluña en panorámica tarjeta-postal, el paseo poco transitado y la doble hilera de tilos deshojados, oscuros, raquílicas ramas arañando un cielo gris de plomo. Frente al cine Kursaal serpentea de frío una cola de cien personas, se oyen gritos, la compulsiva cola se rompe, la gente huye despavorida.

Aguerridos falangistas intelectuales peinados con fijapelo y envarados de furor estético asaltan el cine Kursaal, invaden la platea nevada y silenciosa y avanzan por el pasillo central alborotando los copos de nieve que la luz del proyector rescata de las tinieblas. Se paran los escuadristas ante la pantalla y arrojan huevos y pintura negra contra Noel Coward y sus patriotas amigos náufragos en el océano en torno a un bote salvavidas después de ser torpedeados por un submarino alemán en la película inglesa *Sangre, sudor y lágrimas*.

—Un momento —rugió el director—. Que ya no sé dónde estoy. ¿En qué historia me has metido?

—Estás en casa, muchacho —dijo el escritor—. En la triste historia de siempre, en la idea y en la rabia de siempre.

—Puede ser. Pero recapitulemos.

—Muy bien.

—¿Qué estamos contando, pluma ilustre?

—Una historia de amor... si te atreves.

—Bien. ¿Y qué tenemos por ahora, además de mucha nieve?

Pulcro, tieso y elegante con su camisa de cuello de cartón a

rayas y sus sólidas gafas de ejecutivo adicto a la hamburguesa y al agua tónica, el director de cine esperaba de su guionista una respuesta hollywoodense y brillante, pero no obtuvo más que esto:

—Tenemos a un joven charnego paria-desertor-quincallero o como quieras que en 1941 llega medio muerto a un barrio alto de Barcelona y el destino le convierte en defensor de una joven viuda catalana y de su hija pequeña, enfrentándose a unos «Flechas» chulitos y matones de la vecindad y trabajando para ellas el resto de su vida.

—¿Andaluz?

—Por su acento, dirías que sí. Y analfabeto.

—¿Y por qué hace eso, literato? —Digamos que necesita calor de hogar. —¡Por el amor de Dios! ¡Estas cosas ya no se dicen!

SECUENCIA L. ESCALINATA PARQUE GÜELL. Exterior Atardecer.

En la primera escena aparece el vagabundo cabalgando el Dragón de cerámica en medio de la escalinata, al caer la noche, bajo una fuerte ventisca de aguanieve. Nimbado por la neblina, le vemos rendir la cabeza sobre el pecho y llevar lentamente su mano derecha a la cadera.

Sucio, sin afeitar, el ala del viejo sombrero ocultando sus ojos, parece dormido borracho desesperado a ratos muerto. Travelling lento y envolvente, aproximándose. Tonos grises y negros desleídos por el torbellino helado, como en sueños.

Inicia música cuando ya la cámara, por su proximidad al personaje, revela algunos detalles: bajo la mugrienta americana gris de solapas alzadas, no lleva camisa, sino hojas de periódico con fotos (el Führer y el Caudillo gordito-feminoide-sonrisa-ratonil de pleitesía y vergonzante vasallaje al teutón en la estación ferroviaria de Hendaya). El ancho cinturón, las botas destrozadas y el macuto a la espalda son de soldado.

Con su cabeza rapada y sus pómulos furiosos, dejándose llevar a lomos del Dragón, yendo/viniendo de quién sabe dónde, oscuro, solitario y terrible, el vagabundo cruza inanimado y espectral un espacio mítico fundido en una sobreimpresión o una doble transparencia de la niñez: crepúsculo en la pradera/jinete solitario.

El aguanieve funde el papel de periódico en el pecho del

jinete, destiñe los ojos y la sonrisa rastrera del Caudillo, deshace la trama del horror, emborrona la primera plana de la Historia.

—¿Y por qué aguanieve? —receloso el director.

—No lo sé. Me gusta.

—Palabras, palabras, palabras.

—Es una imagen.

—Las imágenes deben tener un sentido, hombre de letras.

—Estamos en la posguerra, no lo olvides.

—Y qué. Qué tiene que ver la nieve.

—Yo de aquellos años recuerdo sobre todo el frío y el hambre. La nieve y el hambre. El viento y el hambre.

El director de películas lo miraba de reojo.

—Esta nieve es falsa —insistió, realista y miope—. Esta nieve se ha deslizado en tu vida desde alguna película.

Estaban en la terraza del escritor sentados bajo el toldo naranja, una tarde gris y bochornosa de octubre, respirando mierda a través de los pañuelos atados a la nuca como bandoleros: el día más contaminado del año, según la radio.

Con dos dedos alzó el escritor el borde del pañuelo y bebió un sorbo de whisky muy aguado. Por la mañana temprano había llovido auténtico barro y sobre la mesa de mármol la botella y los vasos chapoteaban en una charca rojiza. El director se levantó y fue a sentarse en la baranda, de espaldas al vacío y a unos setenta metros sobre la calle. Al acomodarse, se agarró al esquelético laurel plantado en la tinaja, roído de polución y parásitos. En los tiestos sobre la baranda agonizaban claveles y geranios purulentos.

—No te sujetes a las hojas muertas del geranio —lo previno el escritor—. Te necesito aquí arriba.

—¿Cómo se llama el pistolero?

—No he dicho que sea un pistolero.

—Bueno, tu charnego, ¿cómo se llama?

—Vargas.

—¿Qué más?

—Nada más. Y repito: no te agarres a las flores, que te irás al infierno con ellas.

SECUENCIA 7. PAPELERIA-LIBRERIA ESTEVET. Exterior Día.

El pequeño y fascinante escaparate de la papelería de Susana cuando por la mañana le da el sol, caras sucias de niños aplastadas contra el cristal, ojos con orzuelos mirando hipnotizados: mágicas cajitas de lápices de colores, acuarelas, calcomanías, estilográficas que parecen de verdad, plumiers, compases, la bola del mundo, láminas recortables de soldados, de aviones Spitfire y Messerschmitt, de barcos, de la jungla misteriosa, cuadernos de espiral, papel de seda, bolitas de vidrio. Y dos libros en catalán, uno de ellos sobre flores y pájaros.

Una voz de mando sobresalta a los chicos, que se apartan del escaparate:

VOZOFF: «¡Quitaos de en medio, trinchas!»

Cuatro jóvenes falangistas frente al escaparate retroceden de espaldas, remolones y fardones con sus negros machetes al cinto y sus boinas rojas plegadas y sujetas al hombro, uno de ellos se agacha, coge puñados de fango y los arroja contra el cristal, otro lanza una piedra.

Salta el cristal del escaparate con afilado estrépito como una risa.

Fragmento curvo puntiagudo del cristal, como una daga, sobre la cubierta del libro catalán ilustrada con flores y pájaros ahora salpicados de fango.

Corte al chasis oxidado de un automóvil sin ruedas ni motor ni cristales varado entre la alta hierba, en un descampado. Dentro del auto duerme el vagabundo con los pies sobre el volante y el sombrero sobre la cara. Tras él, al fondo del plano, a unos trescientos metros, un decorado artificioso: la suave colina salpicada de amarilla ginesta y el final de la calle Verdi con las últimas casas despintadas y bajas, entre ellas la papelería. Cuando se oculta el sol, el vagabundo se despierta.

Por aquellos años, las calles del barrio no estaban asfaltadas y se podía escribir en la tierra con una navaja.

Vargas llegó un atardecer de invierno. Cruzó el descampado y al final de la calle se paró, pisando con sus botas enfangadas y rotas la tierra acuchillada, las cicatrices de nuestros juegos. Hoy

se le recuerda alto, no sé por qué, pero no lo era. Enjuto y envarado, eso sí, con un aura felina en hombros y nuca y esa parsimonia en las manos y en la mirada que un niño que ha crecido en el Roxy relaciona oscuramente con puntería infalible y sangre fría pasmosa.

Traía Vargas el pelo negro revuelto, la boca dura y enferma y una pelambre joven en las mejillas. Sus ojos fríos y grises miraban a través de una escarcha, una vidriosa ausencia. Tras él, la tarde moría con fulgores de vinagre y oro.

—Los chavales le ven venir desde la puerta de la papelería. Ya saben que se ha pasado el día durmiendo en el auto varado en medio del fango...

—Fango y nieve —gruñó el director—. Vamos a hacer una película de fango y nieve, imira por dónde!

—Se trata de un Lincoln Continental, un cascarón herrumbroso y calcinado —prosiguió inmutable el escritor— que los chavales utilizan para jugar y los vagabundos para dormir. En la película, ese Lincoln Continental es emblemático: el fantasma de la aventura, si quieres.

—¡Una especie de *western* de barrio con mucho fango y mucha nieve rodado en el parque Güell con ese Dragón de cerámica como protagonista ¡és eso lo que quieres?!

Los aburridos domingos nos pateábamos calles y descampados con las manos hundidas en los bolsillos y los ojos en el suelo. A veces, entre los hierbajos y el polvo, encontrábamos formas deshechas de felicidad: un paquete chafado de cigarrillos Lucky con uno dentro, un cordón usado, varillas de paraguas para hacer flechas, una vaina de bala con el fulminante intacto.

En febrero de 1941, una mañana fría y luminosa, encontramos a un joven perdulario durmiendo dentro de nuestro Lincoln Continental. Tenía pupas en los labios y la cabeza rapada. Calzaba botas militares, pero no calcetines, y debajo de la americana harapienta no llevaba camisa, sino hojas de periódico amarillentas de sol y con las fotos podridas por la lluvia.

SECUENCIA 2. CALLE/FACHADA PAPELERIA-LIBRERIA.

Exterior Anochecer

Frente a la papelería-librería Estevet, tres niños de pie inmóviles miran sin un parpadeo al desconocido que se acerca caminando despacio.

Chaval rubio cabezón con flequillo y dulce mirada bizca coloca ante su ojo derecho un cuaderno escolar enrollado a modo de catalejo.

Corte a Vargas que avanza todavía lejos visto en teleobjetivo-catalejo (con mucho cielo azul sobre su cabeza) el ala del sombrero sobre los ojos y los pulgares engarfiados en la hebilla plateada del cinturón, aunque sus manos no se ven porque estamos en plano medio, por lo que parece un jinete insomne y fatigado viniendo al trote.

(El plano-catalejo es más que convencional, es pura mentira, artificioso y falaz, pero honesto en un detalle: la falsa impresión que produce Vargas de llegar desde muy lejos montado a caballo se debe a una leve cojera del propio Vargas, según veremos en seguida.)

El director sonrió burlón bajo el pañuelo de bandolero que le tapaba la cara.

—No hace falta que planifiques, riguroso prosista, no se te paga por eso —dijo—. Plano medio o primer plano, es asunto mío.

El novelista puso cara de nazi canallesco pero refinado y gentil con la policía y con las mujeres, tipo Alex Sebastian en *Notorius*.

—Termina de leer la secuencia y luego lo discutimos, peliculero.

Encadena con el vagabundo parado entre los niños, que ahora pueden verle de cerca. El chaval de la libreta-catalejo sentado a la puerta de la papelería (caras sucias de tres niños pegadas al cristal) esconde su artilugio a la espalda y rinde la cabeza, avergonzado, cuando la mano grande y oscura de Vargas revuelve sus cabellos rubios a modo de saludo y caricia.

SHANE: *«Hola, muchacho. Me vigilabas mientras venía por el camino, ¿verdad?»*

JOEY: *«Sí, señor.»*

SHANE: *Así me gusta. El hombre que se acostumbra a ser buen observador, llegará siempre a donde se proponga.»*

El director gruñó:

—Este diálogo me suena.

—Está hecho para que suene.

—Y de la planificación, vuelvo a repetírtelo, me ocupo yo. Y todos esos niños viéndole llegar, fuera.

—Entonces ya puedes tirar toda la secuencia a la papelera —dijo el escritor indignado—. ¿No te das cuenta de que estas imágenes y su ritmo nacen de la mirada de un niño, y que sin ese niño no expresan nada?

El director se desplazó arrastrando el trasero sobre la baranda y se agarró al laurel alegremente, una vez más. Dijo:

—Déjame a mí el sentido de las imágenes, literato. Sigamos.

Mirándose en los espejos del suntuoso y confortable lavabo del Banco Central, la señorita Carmela se pinta los labios con la barra de carmín rojo frambuesa dejándose mecer por el hilo musical (una selección de viejos éxitos de la Columbia Pictures con muchos, muchos violines) cuando, repentinamente, un cruce de cables en su ensueño la sintoniza con la melodía de fondo de *Un lugar en el sol* y en un ángulo del espejo se refleja la trémula imagen de George Eastman/Montgomery Clift con su vulgar y raído traje gris abriendo tímidamente la puerta y entrando pasmado en el lavabo como si entrara en un rutilante baile de sociedad, en la gran fiesta que los Vickers dan en honor a su hija Ángela/Liz Taylor hermosa y mal criada muchacha de ojos verdes y hombros desnudos con su precioso vestido blanco tobillero rodeada de jóvenes admiradores. Pasa, muchacho solitario y soñador, ¡oh, sí, pasa y diviértete, Monty, saca las manos de los bolsillos del pantalón, sacúdete ese aire de timidez y desvalimiento y pasa, Monty!

Retrato de familia en blanco y negro: Susana, su marido Jan Estevet y su hijita Neus de pocos meses (en brazos de su padre)

quietos sonrientes en una luminosa fotografía junto al Dragón de cerámica del parque Güell.

El marido serio pulcro dominguero, ella muy joven y rubia ojos claros golosos de luz y boca dorada como la de Madeleine Carroll, una actriz tan guapa que, aunque la filmaran en blanco y negro, daba siempre technicolor.

—Maldito Dragón —dijo el director—. No entiendo qué puñeta pretendes con ese Dragón.

—Se trata del mundialmente famoso Dragón de Gaudí —dijo el escritor deseando impresionarle con la escenografía—. De cerámica troceada, ya sabes...

—Ya sé, hombre, ya sé.

SECUENCIA 22. PAPELERIA-LIBRERÍA.

Interior/Exterior. Día.

La foto del matrimonio y la niña en un porta-retratos de cuero marrón y cantos dorados sobre el pequeño escritorio en un ángulo de la papelería-librería Estevet, un local estrecho y largo, un poco oscuro, polvoriento.

Susana con grueso jersey negro y bufanda roja está subida a un taburete ordenando los estantes. En el suelo junto a la estufa la niña de cuatro años está jugando con una muñeca y un tranvía.

A través del cristal roto del escaparate, parcialmente sujeto con anchas tiras de esparadrapo o de papel engomado, panorámica del barrio alto y a lo lejos la ciudad gris y aplastada y al fondo el puerto, entre la neblina.

En primer término, el vagabundo se yergue como surgido de la tierra y avanza por la calle enfangada cojeando levemente, rodeado de un enjambre de niños, empuja la puerta de la papelería y entra.

—Ya está. El retorno de un pandillero a su antiguo barrio —dijo el director desalentado—. ¿No es ése el tema?

—No.

—Pero ese tipo viene huyendo de algo. ¿De qué?

El escritor se encogió de hombros.

—Del hambre, de la guerra, de la Ley, de su propio infortunio, de sí mismo.

—Entonces es un paria y nada más.

—Cálmate, cineasta.

Furioso, el realizador se arrancó el pañuelo de la cara.

Rodeado ahora de laurel y jazmín sin aroma, se cogió la rodilla derecha con ambas manos y se balanceaba temerariamente de espaldas al vacío.

—Explícate, maldito *writer*.

—Sencillamente, es un charnego procedente del Sur que recalca en Barcelona —dijo el escritor—. Uno de tantos. La resaca de la guerra.

—Pero es un delincuente. Un tipo duro, peligroso.

—Eso lo decidirá el espectador, ¿no crees?

Ofreció al quisquilloso cineasta una tónica bien fría y vio aterrado, por encima del borde del pañuelo, que su mano derecha soltaba la rodilla y se agarraba, inclinándose hacia atrás, al tallo esmirriado del reseco laurel. Añadió:

—Y si quieres vivir para contarlo, te aconsejo que sueltes el laurel y vengas a sentarte aquí a mi lado.

Vació el botellín de agua tónica en su vaso, encendió un cigarrillo rubio con grave riesgo para su salud (no hacía ni dos meses que había dejado de fumar) y se lo ofreció, pero el director seguía aferrado a su laurel. Su horrible fin espanzurrado en la calle era inminente.

—Anda, ven —dijo el escritor angustiado—. Mira, tengo una idea genial para la secuencia diecisiete que te va a enfurecer.

SECUENCIA 17. TÚNEL SUBTERRÁNEO.

Interior/Exterior Noche.

En la profunda y húmeda tiniebla del túnel crece el silencio y un sostenido rumor de brisa en el bosque. Los muros tiznados dejan oír filtraciones de agua ensimismada, espectrales goteras, estertores metálicos. Un doble destello alejándose paralelo y simétrico sobre los raíles, igual que dos alacranes de plata, se distingue al fondo del túnel cuando, inesperadamente, en medio del silencio, empieza a nevar.

Muy lentamente al principio, espaciados y leves copos blancos flotando en medio de la tiniebla subterránea, luego con más intensidad e imponiendo paradójicamente un silencio más hondo en el túnel, cayendo la nieve grávida y esponjosa, abundante y pertinaz.

Está nevando copiosamente dentro del túnel (en blanco y negro, a ser posible).

—¿Qué diablos te propones con tanta nieve?!

—Debe ser —dijo el falaz escritor, tragando la basura atmosférica a través del pañuelo— que añoro la naturaleza, el aire puro de la ficción.

—A ver si te aclaras.

—Comprendo que pedirte que hagas verosímil al espectador una copiosa nevada dentro de un túnel, cuando habitualmente en tus películas ni siquiera has sido capaz de hacerme creer en personajes corrientes haciendo cosas tan simples y cotidianas como conducir un coche o encender un pitillo o abrir una puerta, comprendo que pedirte esa nieve, repito, son ganas de perder el tiempo. El don de crear vida se tiene o no se tiene. Los simples fotógrafos como tú deberíais empezar por el principio, por las «vistas animadas»: salida de los obreros de la fábrica de papá. Y ante todo, deberíais devolver a Hollywood vuestro risible Óscar, los inmerecidos aplausos y el smoking prestado.

—En el fondo, no eres más que un redactor.

—No lo considero un insulto. Recuerdo que de niño, en la escuela del pueblo, un día el maestro me mandó hacer una redacción sobre el almendro en flor. No podía haberme pedido nada que me resultara más grato y más fácil: ese árbol nevado alumbraba mi infancia como una antorcha mágica. Lo que me salió en la redacción, sin embargo, fue una especie de cuento sobre las nieves perennes en la cumbre de no sé qué montaña azul... Nada que ver, aparentemente. —Reflexionó unos segundos y concluyó, bajando el tono—: Pero en el fondo yo estaba hablando del almendro.

—Naturalmente, el maestro te puso un cero.

El llamado redactor se encogió de hombros:

—Tú no lo entenderías. No eres más que un fotógrafo.

—Y a mucha honra. Me revienta el cine de ideas.

—Eso está bien. Sin embargo, no deberías rodar un solo plano que no contenga una idea.

El director sonrió burlón.

—¿En qué quedamos, celebrado prosista?

—Una idea que haga avanzar la acción, quiero decir —aclaró con la voz meliflua el escritor.

—Pero ¿qué historia es la que debe avanzar? ¿Qué película queremos hacer?

De nuevo el moderno realizador, que no creía en la necesidad de hacer avanzar la historia —modernamente hablando, importa poco que la historia se mueva, y menos aún que vaya a ningún lado, solía decir en las entrevistas: «En mis

películas, es el espectador el que debe moverse» (y en efecto, éste se movía, generalmente en dirección a la salida y antes de concluir el film)— se balanceaba entre las flores muertas colgado sobre el abismo.

El fatuo escritor en mala hora contratado como guionista cerró los ojos y dijo:

—Antes de esparcir tu masa encefálica sobre la acera y poner perdido mi viejo Lincoln Continental 1941, termina de leer la secuencia y luego discutimos los diálogos.

—Te he hecho una pregunta.

—Está bien —suspiró el escritor—. Veamos, ¿qué tenemos por ahora? Tenemos a un fugitivo de su propio destino que la marea migratoria de la posguerra arroja a Barcelona, y del que sólo sabemos que se hace llamar Vargas; que no entiende una palabra de catalán, lengua abolida por el Imperio; que se acoge a la hospitalidad de una joven viuda con una hija y que él las protege del miedo y la soledad y los turbios manejos de un vecino, un jefecillo de Falange que gallea en el barrio. Ésa es, digamos, la armazón argumental, pero...

—No me gusta, no me gusta.

—...pero lo que vamos a contar no es eso, no es eso, don Pepote.

—Lláname Josef von Sternberg y olvídate.

—Nunca olvido una cara, y menos si me he sentado en ella. Decía que lo que vamos a contar en realidad es una historia de amor-no-correspondido, muy frecuente en Cataluña: el amor callado del charnego desarraigado y analfabeto hacia una tierra-mujer-cultura oprimida, simbolizada en Susana y en su humilde librería-papelería con libros prohibidos.

—De ningún modo pienso contar una estúpida historia de contrariados amores transidos de sociología política... y de mitología del Oeste camuflada.

—Te hablo de un sueño —susurró el introvertido escritor—. En fin, termina de leer la escena y luego ya puedes desparramar tus aburridos sesos por la calle, pero sin salpicar mi coche, por favor.

Sentada en el otro extremo de la baranda, alzando la rodilla con las manos entrelazadas y mostrando el muslo inmarcesible, Marlene los mira cantando *Falling in Love Again*.

Banda sonora con imagen de Marlene Dietrich en cartón recortable tamaño natural su sombrero de copa ladeado y ella

sentada, no sobre el famoso barril, sino al borde del escenario del Roxy y de cara a la platea. Travelling lento hacia Marlene-cartón mientras oímos un alegre tintineo de bisutería barata, in crescendo: brazaletes de vidrio y de latón, pulseritas de hueso y de carey y nomeolvides y cadenitas de baratija entrechocando musicalmente en las compulsivas muñecas de las pajilleras del cine en plena labor, sus manos calientes y suaves como la seda trabajando en la sombra bajo el abrigo o la gabardina púdicamente doblada sobre el regazo.

—¿Sabes cuál es tu mayor defecto, literato consagrado? —dijo el director manoteando el aire, agarrándose in extremis al clavel—. Que no sabes resistirte a la tentación de crear personajes inolvidables.

Corte a escenas retrospectivas (días antes de la llegada de Vargas al barrio) de Susana en su modesta vivienda-altillo de madera, al fondo de la papelería. Susana en camión cabellera suelta gato negro lustroso restregándose contra sus tobillos. Susana sentada a la mesa del pequeño comedor bajo la turbia luz del Petromax enseña a su hija Neus, acurrucada en su regazo, a leer en catalán un cuento infantil.

Susana (el dedo en el libro abierto): «La llu-na la pru-na ves-ti-da de dol.»

Corte al día siguiente en la papelería los niños pandilleros ayudan a Susana despachando lápices tinteros gomas de borrar mientras ella en el altillo prepara la comida o hace la limpieza o acuesta a la niña. Pelo recogido, falda negra y jersey negro.

Corte a Susana con gabardina clara ceñido cinturón y boina gris saliendo de la papelería con un capacho de palma va a la compra dejando el negocio y la niña al cuidado de los chicos. En el centro de la papelería hay una mesa abarrotada de sobadas novelas baratas y maltrechos tebeos y encima un letrero escrito a mano que ofrece 8 novelas por 5 Cts.

Los niños-guardianes se pasan el día leyendo sentados en el suelo y vigilando a la pequeña Neus, o en la escalera del altillo, o en el portal de la calle si hace sol.

Tres de estos chavales, ahora sentados en el portal, son los que ven venir al vagabundo cojeando levemente.

—Oye, ¿Neus no es Nieves en catalán?

—Me lo temía.

El director alzó los ojos del papel que estaba leyendo y añadió con ensalivada parsimonia:

—Bien. Antes de que él entre en esa papelería, y si no hay inconveniente, los sufridos espectadores de la película y un servidor quisiéramos saber algo más sobre el difunto marido de Susana. Si no hay inconveniente.

El guionista le contó lo que sabía: Jan Estevet había sido un hombre justo, amante de la libertad, luchador catalán cabal y formal, bastante mayor que Susana y muy atractivo, como hemos tenido ocasión de ver en la foto del matrimonio con la niña. A mediados de 1939, hace dos años, una noche lluviosa la policía lo fue a buscar a la papelería-librería y se lo llevó en un coche. Lo acusaron de falsificar salvoconductos y pasaportes y de imprimir octavillas clandestinas en catalán. Pasó un año en la Modelo, después fue trasladado al penal de Burgos y Susana no volvió a saber de él hasta que alguien que lo trató durante su cautiverio, y por mediación de un compañero de lucha clandestina que volvía de Francia —una historia confusa— le hizo saber que Jan había muerto en Toulouse a finales de 1940 a causa de una pulmonía.

—La noche que van a buscarle a su casa, llueve —insiste el escritor—. Se lo llevan preso en un Balilla marrón con cortinitas negras en las ventanillas. El coche se lanza cuesta abajo desde lo alto de la calle Verdi, estrecha y vertiginosa en su parte alta, como un tobogán colgado sobre la ciudad...

—Para, para. ¿Es que vamos a rodar eso? ¿La escena está en el guión?

—No.

—Entonces, ¿para qué quieres cortinitas en el coche? ¿Por qué pierdes el tiempo describiendo lo que no veremos?

—Bueno, tú querías saber qué le pasaba a este hombre. Y te conviene saberlo, aunque no lo ruedes.

—Si no ha de verse, no existe —gruñó el realizador—. En cine, yo sólo creo en lo que veo, como santo Tomás.

—Y así te luce el pelo, *directed by*.

—Pásame la secuencia 17, esa diarrea felliniana.

SECUENCIA 17-B. TÚNEL NEGRO.

Interior/Exterior Noche.

Sigue nevando en las entrañas subterráneas de la ciudad (en blanco y negro otra vez, si no le molesta, *signore regista*) cuando, apoyado por la música, inicia un lento travelling en retroceso desde la boca del túnel hasta descubrir que estamos en:

Un apeadero del metro de Barcelona. Estación Fontana. Noche de bombardeos, febrero de 1938. En el muro de losetas blancas, a lo largo del andén, el rótulo-rombo repetido de la estación Fontana y en el suelo la gente, familias enteras que han huido de sus casas y duermen envueltas en frazadas y abrigos.

Los ojos dorados asustados de Susana se asoman al borde de la frazada, su corta melena rizada y rubia, su niña muy pequeña dormida en brazos, en su hombro una mano masculina robusta manchada de tinta de impresor, la sombra protectora de su marido. Susana durmiéndose mira caer la nieve silenciosa en la boca del túnel. Rumor lejano del bombardeo, un eco siniestro que regurgita la boca del subterráneo, un eructo interminable repetido en las profundas encrucijadas de túneles, muy en lo hondo, donde misteriosamente sigue nevando — aunque nadie pueda verlo, señor director, aunque su cámara no la filme, debajo de la ciudad bombardeada sigue nevando en toda la red de túneles del Metro. Que sí.

Encadena nieve del túnel con platea nevada del Roxy en las últimas filas jadeantes pajilleras con las faldas arremangadas y ligas calientes pringadas de regaliz y caramelo por ansiosos dedos infantiles en medio de un tufo a coliflor y a miseria de ropas agrias y siempre el alegre tintineo de pulseritas baratas y los copos blancos de otra vida otro país otros amores y aventuras arremolinándose al pie de la pantalla donde Charles Boyer elegante gabán solapas de terciopelo se quita el sombrero Stetson en la esquina nevada de la Quinta Avenida neoyorquina y se inclina besando gentil mundano seductor de ojos negros y pestañas apasionadas la mano de ¿Irene Dunne? ¿Margaret Sullivan? ¿Olivia de Havilland? ¿Bette Davis?

—Y bien, intertextual guionista —dijo el director—. Eso del túnel nevado no se lo va a creer nadie.

—¿Por qué no, Cecil B. De Cent?

—¡Porque en febrero del treinta y ocho en Barcelona no nevó! ¡Todo el mundo lo sabe!

La acción del film transcurre en aquella época en que hacía mucho viento o la gente caminaba como si hiciera mucho viento y a veces se caía por las calles. Las trenzas de las niñas olían a castañas asadas, las manos de la taquillera del cine tenían rojos sabañones, a Toni/Annabella se la lleva un huracán de arena en el desierto de *Suez* después de salvar a Ty Power/Fernando de Lesseps (iel tipo cuyo nombre lleva la plaza donde precisamente estaba el Roxy!) atándolo a un poste. En las aceras, en las escaleras del Metro, en las puertas de los cafés y de las iglesias, la gente se desplomaba de debilidad, de miedo, de tristeza. Al caído lo rodeaba en seguida un corro de mirones ociosos que indagaban indiferentes, con las manos en los bolsillos, la palidez de su rostro, la espuma verde que florecía en sus labios, las gastadas suelas de sus zapatos y el estado de su ropa interior.

—¿Te refieres a si llevaba la camiseta limpia o sucia?

—Exactamente, director.

—¿Y por qué tenía la gente esa curiosidad?

—Lo ignoro.

—¿Y qué piensas hacer con semejante y portentosa imagen cinematográfica, literato?

—No lo sé. Todavía no lo sé.

—Vaya, vaya.

El realizador sonrió con expresión de perdonavidas. En tomo a su cabeza enhiesta y sensible como un cactus, en los desérticos alrededores de su persona, la chispa del ingenio podía producir catástrofes. El escritor intuyó esa atroz posibilidad al verle raspar una cerilla para encender el cigarrillo: algo se inflamó fugazmente en la terraza, con una crepitación siniestra, como si el aire de la tarde fuese de celuloide y hubiese empezado a arder.

SECUENCIA 23. PAPELERÍA-LIBRERÍA. Interior Día.

Vargas empuja la puerta y entra, se quita el sombrero y cojeando levemente se dirige hacia la mesa del centro llena de libros de saldo. Sin mirar a nadie, coge un libro y empieza a hojearlo con aire distraído.

Susana subida al taburete, ordenando carpetas en el estante, se vuelve y lo mira con recelo.

Susana: «Ya iba a cerrar, es muy tarde...»

En el suelo, su hija Neus juega con una muñeca y un tranvía amarillo de hojalata.

Los chavales, que han entrado detrás del vagabundo, permanecen junto a la puerta y no le quitan ojo. ¿Qué va a hacer?, se preguntan. ¿Sacará la navaja y le quitará a Susana el poco dinero que tiene? ¿Robará comida, ropa de abrigo, los trajes del difunto señor Estevet...?

Vargas se tambalea imperceptiblemente, la novela resbala de sus manos, sus párpados parecen de plomo, se agacha para frotarse la rodilla dolorida, recoge la novela del suelo y la devuelve a la mesa. Entonces mira a Susana, duda, parpadea y le pregunta si tiene lápices de colores.

Anticipándose a Susana, los niños responden que sí y se apresuran a mostrarle al vagabundo algunas cajas de lápices. Vargas las examina como dormido y pregunta si tienen plumillas, y uno de los chicos dice de qué clase: ¿para letra normal o para redondilla?, añadiendo, como si quisiera aclararle las dudas al cliente: es más bonita la redondilla, señor, sobre todo para escribir artísticas Felicitaciones de Navidad y Año Nuevo.

Vargas no contesta, su mano tantea la mesa buscando apoyo. Susana ha bajado del taburete y se acucilla junto a su hija, como si quisiera jugar con ella o protegerla.

Pero el vagabundo no hace nada. Parece no saber muy bien lo que quiere.

Ahora examina una regla negra lacada, se golpea con ella la palma de la mano, fuerte, hasta hacerse daño.

Jugando, la niña empuja el tranvía que rueda hasta chocar contra el tobillo de Vargas, el cual da un respingo y se revuelve como un felino, la mano en la cadera.

Al encaminarse hacia el despacho del jefe de negociado la señorita Carmela es consciente del vuelo airoso de su falda acampanada. Recorre animosa y diligente un pasillo interior del Banco, una franja de penumbra azul por donde hace muchos años corría precisamente la fila tercera de butacas, cuando, de pronto, su sensible naricilla percibe un hedor corrupto, una insoportable vaharada de huevos podridos.

Se para y oye risas de niños.

Aquí, en este punto del pasillo, donde ella se ha parado tapándose la nariz, Juanito Marés arrojó hace cuarenta años una bomba fétida en protesta porque, debido a un fallo en la cabina de proyección, la película se había parado congelando a Ginger Rogers y a Fred Astaire en elegantes estatuas: él con las negras alas del frac volando abiertas y un pie adelantado como si pisara una moneda para ocultársela a Ginger; ella con el vuelo de su falda y el de su corta melena rubia detenidos en el aire, los desnudos hombros encogidos, la cadera un poco arqueada. La imagen parpadeó un instante y se apagó.

La señorita Carmela huye del mal olor y en el pasillo quedan vibrando algunas notas del Continental y la luz de la linterna del furioso acomodador persiguiendo todavía por entre las butacas al malvado niño-fétido.

Corte a taberna del barrio atmósfera espesa olor a azufre y a vinazo sobre el manchado mostrador de zinc abollado parpadea el reflejo de turbios neones del otro lado de la calle encharcada mientras la radio emite un bolero pastoso entrechocar de bolas de billar y palabras herrumbrosas de borracho al fondo del local.

(La escena merece una iluminación brillante, de convencional sordidez y al mismo tiempo vivificante resplandor, con balanceos sensuales de la cámara y una ternura artificiosa y felina y descaradamente vulgar de barrio canalla apoyada en diálogos enfáticos y coloristas. Que sí, peliculero insulso. Hazme caso siquiera una vez.)

Junto al mostrador, un perro viejo perdiguero y tres muchachos de unos dieciocho-veinte años con camisa azul-falangista escuchan atentamente a un hombre grueso canoso pelo de cepillo, luego salen los tres Flechas a la calle (sin el perro) alzando las barbillas belicosas y el perfil altanero, una jeta dura y unos andares suaves, algo entre matones de barrio y atildados petimetres del Liceo Francés.

La intrépida y madura puta Purita (que no trabaja aquí en el

por supuesto) está sentada recostada contra la pared leprosa de la taberna comiendo pan negro que moja en una lata de sardinas, y llama cariñosamente al perro, y le tira un trozo de pan y lo acaricia, y luego mira con desprecio retorcido en su boca aceitosa y brillante de carmín corrido al tabernero de pelo de cepillo y mandil azul.

PURITA: «Eres un miserable, Fermín. ¿Qué te ha hecho esa pobre chica? ¿Por qué la has tomado con ella?»

FERMÍN: «Come y calla, furcia.»

PURITA: «Flecha cabrón. ¿Qué es lo que te hizo su marido, para que lo denunciaras?»

FERMÍN: «Yo no denuncié a nadie. Pero esta papelería era un nido de rojos separatistas, y lo sigue siendo.»

PURITA: «Sé lo que estás tramando, maricón de los Luceros, facha.»

FERMÍN: «Esta papelería debe ser cerrada, y precintada, la viuda vende libros catalanes.»

PURITA: «¡Tú andas tras ese local hace tiempo! ¡Quieres reventarle el negocio a Susanita, asustarla con tus niñatos escuadristas para que se vaya de aquí! Eres una mala persona, Fermín. Cruzado de mierda, chorizo del Imperio, mamón de la Vieja Guardia.»

FERMÍN: «Cállate, meuca, más te vale. Sabemos lo que eres.»

Y diciendo esto el tabernero suelta una patada al perro metido entre sus piernas, y el animal escapa aullando y se esconde debajo de una mesa.

—Es dudoso que el hombre sea el mejor amigo del perro —dijo el guionista con aire pensativo.

—¿Quién habla así? —inquirió incrédulo el director—. ¿Purita?

—No, pobre chica.

—La frasecita se las trae. Scott Fitzgerald fue desterrado de Hollywood por mucho menos que eso.

—Debería decirla el propio perro, claro está, pero tú no te atreverías a hacer hablar a un perro. Además, no sabes dirigir a los perros.

—Tú nunca has creído en mi trabajo, ¿verdad que no?

—No se me paga para eso.

—Si no crees en mi trabajo, ¿por qué has aceptado escribir esta película?

—Lo hago por estar cerca de las *estrellas*.

El director lo miró severamente y dijo: —Entonces no hables de mí a la ligera. He leído tus declaraciones a la prensa y me han molestado bastante.

—¿Hablar yo de ti a la ligera? ¿A qué te refieres?

—Me ha parecido que ponías en duda mi competencia como director de cine.

El escritor a sueldo sonrió ampliamente, saboreando por anticipado la respuesta que iba a dar. En este momento le habría gustado tener dientes como fichas de dominó/Fernandel.

—Te equivocas —dijo—. Jamás he tenido la menor duda sobre eso: tú eres el más incompetente de cuantos he conocido.

Corte a los tres jóvenes Flechas avanzando en línea por la calle oscura inflamados de espíritu nacionalsindicalista y con expresión de soplagaitas abanderados, uno de ellos recitando en alta voz engolada:

FLECHA 1.º: «¿Dónde estará aquella novia que en los senos ocultaba mi pistola de escuadrista...?»

Corte a papelería-librería donde Vargas, rodeado de chavales que le miran fascinados sin pestañear, empuja suavemente y ya relajado el tranvía de hojalata con el pie, devolviéndolo a la pequeña Neus.

La niña sonríe confiada al desconocido y después a su madre.

Vargas de pronto muy cansado busca con los ojos dónde sentarse y lo hace en la escalera de madera del altillo al fondo del local, en los primeros peldaños. ¿Permite que descanse aquí cinco minutos, señora?, pregunta con los ojos y sonríe: En realidad no puedo comprarle nada, señora, no tengo ni un céntimo.

SUSANA: «¿Se encuentra mal?»

VARGAS: «No, no. ¿Podría darme un vaso de agua...?»

SUSANA: «¿Quiere un vaso de leche?»

Vargas sonríe agradecido, mientras hace esfuerzos por quitarse las botas destrozadas y enfangadas. El enjambre de

niños pandilleros se precipita para ayudarlo, inútilmente: el cuero de las botas parece estar pegado a la piel. Susana se dispone a subir al altillo cuando suena violentamente la campanilla de la puerta. Los tres falangistas irrumpen en la papelería.

—Y bien, pluma consagrada —gruñó el director balanceándose sobre el abismo urbano con los dedos entrelazados sujetando su rodilla—. Me temo que no llegaremos a ninguna parte con todo eso.

—Como quieras.

—Una vulgar historia de perdedores en un arrabal enfangado. —En su balanceo insensato se fue hacia atrás un poco más de la cuenta, y su mano, como una centella, agarró el tallo del clavel—. La película parece un homenaje a los charnegos que aterrizan en Barcelona buscándose la vida... Estos claveles no huelen a nada.

—Te aconsejo que los sueltes.

—Son artificiales, de plástico, como el clima austero y estático, de *western* enfangado, de tu historia. Por cierto, todo lo que escribes para el cine es artificioso y convencional.

—Hubo hace mucho tiempo un tipo de cine artificioso con grandes estrellas convencionales, que me gustó con locura. Pero esos claveles a los que ahora tú te agarras para no precipitarte al abismo, no son artificiales, no son de brillante plástico con duros alambres por dentro. Son de verdad, maestro, es decir: frágiles, enfermos, y se partirán en tus manos porque la atmósfera de la ciudad los ha podrido.

—Sigamos con la secuencia 23.

—Pero no te agarres al clavel español.

RAIKER: «*¿Quién eres, forastero?*»

SHANE: «*Un amigo de los Starret.*»

Corte a la papelería-librería de Susana cuando se abre la puerta y entran los tres Flechas de la Centuria de Fermín Palacios. Las mismas camisas azules, los mismos correaes negros, los mismos cabellos planchados y los mismos himnos idiotas y canciones ratoneras que se traen habitualmente de sus mítines y asambleas —pero sonando sólo en sus propios oídos sordos,

en sus huecas cabezas-sonajero y en sus mentes taradas, es decir: banda sonora subjetiva españoleando castiza y cutre, estúpidamente patriotera, autojaleándose.

Cierran la puerta tras ellos y, sin mediar palabra, empiezan a revolver los libros de saldo de la mesa, a manosearlos, a hojearlos desdeñosamente y a tirarlos al suelo.

Susana con su hija en brazos retrocede unos pasos. La pandilla de chavales se apiña en un rincón.

FLECHA 1.º: (A Susana) «¿Cuándo te vas a enterar, bruja? Los libros en lengua vernácula están prohibidos en todo el Imperio.»

FLECHA 2.º: «Si no te denunciarnos es porque a mi tío Fermín le das lástima, que conste. Roja. Masona. ¿Quieres ir a la cárcel?»

FLECHA 3.º: «¡Fuera toda esa mierda intelectual!»

Su mano enguantada y torva, como una negra manopla, barre el contenido de un estante, la mesa del centro y el pequeño mostrador. Un lápiz rueda hasta los pies de Vargas sentado en la sombra, y al que los escuadristas azules no han prestado atención o todavía no han visto. Es un grueso lápiz que escribe por ambos extremos, las puntas muy afiladas, la una roja y la otra azul.

Vargas, con extraña parsimonia, se inclina a recoger el lápiz y lo cuelga en su oreja. Se queda mirando al Flecha 1.º entornando los ojos.

La pequeña Neus asustada se agarra al cuello de su madre mientras los libros rebotan malamente en el suelo, descosidos, inermes.

SUSANA: «¡Basta! No tenéis derecho a hacer eso. Los compro a peso, no me fijo en el título ni en el autor...»

FLECHA 3.º: «¿Ah no? ¿De veras? Pues entérate de la basura que tienes escondida aquí, escucha: (*Leyendo la cubierta de los libros que va tirando*) Carner, Sagarra, Riba, Salvat, Papasseit, Foix, Maragall, López-Picó...»

FLECHA 2.º: «Bueno, éste por lo menos es mitad español: López.»

FLECHA 3.º: «Tienes razón, camarada.» Y devuelve el libro al estante.

FLECHA 1.º: «¡Vamos a hacer un buen fuego con todos estos bolcheviques del Ampurdà!»

Patea los libros tirados al suelo y uno de ellos rueda

desencuadrándose como un pájaro herido llega a los pies del vagabundo.

Vargas mira el libro sin tocarlo y habla en tono seco:

VARGAS: «Este libro es mío. Acabo de comprarlo.»

Permanece sentado en la escalera del altillo, en la penumbra, y los escuadristas lo miran como si acabaran de advertir su presencia.

FLECHA 1.º: «¿Y tú quién eres, perdulario?»

VARGAS: «Un amigo de los Estévet.»

(Nota importante: el charnego Vargas pronuncia mal el apellido —que conoce por haberlo leído en el rótulo sobre la puerta de la calle— cargando el acento en la penúltima sílaba en vez de hacerlo en la última. Así, al decir Estévet, casi le oímos decir Starret.)

Vargas se incorpora despacio.

FLECHA 2.º: «No te metas en eso y sigue tu camino.»

FLECHA 3.º: «Sí, será mejor que te largues, vagabundo.
No te busques líos.»

No le prestan más atención, pero Vargas sigue mirando fijamente al falangista 1.º y sus ojos brillan en la sombra delgados y fríos como el filo de la navaja. Y cuando vuelve a hablar, en su voz calmada anida una ronquera abyecta, súbitamente despiadada:

VARGAS: «Tú, muchacho. Recoge mi libro y ponlo sobre la mesa.»

El aludido lo mira con asombro, sonriendo por un lado de la boca:

FLECHA 1.º: «¿Habéis oído?»

FLECHA 2.º: «¿Qué ha dicho este piojoso? Pídele la documentación, Gonzalo.»

FLECHA 1.º: (*Burlón, a Vargas*) «¿Y para qué quieres tú un libro, charnego asqueroso? ¿Acaso sabes leer?»

VARGAS: (*Avanzando dos pasos*) «Cógelo, mamón. Que eres un mamón y un hijo de perra.»

Con ademanes fulgurantes y a la vez suaves, apenas entrevistados por los niños, Vargas se ha quitado el lápiz rojo/azul de la oreja al tiempo que en su otra mano aparece súbitamente una navaja de tamaño regular, más bien pequeña. Sacándole punta al lápiz, se acerca cabizbajo y pensativo al Flecha primero, se para a un palmo de su cara y lo mira a los ojos.

Susana y la pandilla contemplan la escena expectantes y asustados.

Todo ocurre muy rápido. Las volutas del lápiz que hace saltar el filo de la navaja salpican una tras otra el pálido y crispado rostro del escuadrista azul, que al fin ha comprendido. Todavía intenta una salida airosa, irguiéndose, cuando ya sus camaradas retroceden hacia la puerta:

FLECHA 1.º: «Está bien, luego veremos su documentación...»

VARGAS: (*Tirándole volutas a la cara*) «Luego no verás nada, capullo. Tú no eres quién para pedirme la documentación. Recoge el libro.»

Finalmente el joven Flecha obedece, se agacha, coge el libro y lo pone sobre la mesa. Da media vuelta, el rostro encendido y el gallardo pecho sembrado de volutas rojas y azules, se junta con sus camaradas y los tres salen de la papelería cerrando la puerta violentamente.

Fundido y encadenado.

Y esa misma noche, después de cerrar la tienda, explicó el guionista, mientras los chavales recogen los libros del suelo y ordenan los estantes y el escaparate ayudados por Vargas, Susana en camisón, el pelo suelto y un largo abrigo de su marido echado sobre los hombros, desciende la escalera del altillo —acaba de acostar a la niña— con un vaso de leche que ofrece sonriente al vagabundo.

Calló el escritor a sueldo, y el realizador parpadeó confuso:

—Y qué más.

—Nada más. Te basta con esa imagen. No se Puede expresar más con menos elementos. La Susana hogareña, nocturna y cálida con un vaso de leche en las manos. —Sonrió irónico, añadiendo—; Podrías tal vez iluminar la leche por dentro, a la manera de Hitchcock. El vagabundo debe percibir esa luz y el espectador también.

—Tal vez. Pero no veo la necesidad de expresar ningún calor de hogar en la escena, con esa nocturnidad que dices, ese camisón y esa leche.

—Cuando yo propongo una imagen —dijo el fatuo guionista, en tono algo despectivo—, esa imagen, si la ruedas, debe expresar exactamente lo que yo he decidido que exprese. Ni más ni menos.

—El asunto es —dijo el director incompetente y zafio— si a mí me interesa que esa imagen exprese esto o aquello o lo de más allá.

—El asunto es —replicó el escritor con la voz impertinente y meliflua de Humpty Dumpty— quién es el maestro aquí. Eso es todo.

SECUENCIA 24. LIBRERÍA-PAPELERÍA. Interior Noche.

Arriba en un rincón del altillo mal iluminado Susana y Vargas de pie, a su lado se amontonan algunos muebles viejos, papel de embalaje y una colchoneta enrollada. Vargas con el rostro en la sombra, el macuto a la espalda y el sombrero en la mano. Susana con el abrigo negro de su marido echado sobre los hombros, las mejillas sonrosadas y el vaso de leche (vacío) en las manos.

SUSANA: (*Indica la colchoneta*) «Puede dormir aquí, por una noche... Desde esa ventanita se ve el parque Güell. (*Sonríe tímida*) Bueno, hasta mañana, que descanse.»

VARGAS: «Buenas noches, señora. Y gracias.»

Corte a Susana de pie en el altillo alumbrado por relámpagos con su hija llorando en brazos, en camisón y con el largo y pesado abrigo de hombre echado sobre los hombros desnudos. Paso del tiempo: noche de tormenta, Vargas tumbado en su colchoneta, fulgores amarillos y el eco del trueno retumbando ampliando a lo lejos ámbitos de soledad y desventura y terror que hacen llorar sin saber por qué a la pequeña Neus en brazos de su madre.

Vargas se incorpora y mira a Susana. (Inicia música entre el lejano retumbar de los truenos.)

SUSANA: «Los truenos le dan miedo.»

VARGAS: «Encenderé una vela.»

Encadena a sucursal bancaria ex cine Roxy bajo una gran tormenta la animosa y eficiente señorita Carmela se afana en los inhóspitos y solitarios archivos del sótano buscando unos documentos cuando, súbitamente, se va la luz dejándola completamente a oscuras. Asustada enciende su linterna de pilas y nota en las medias una carrera subiéndole por el muslo como una maligna y diminuta araña de hielo. Oye el suave

aleteo alrededor de su cabeza y percibe en la frente el roce frío y viscoso de una telaraña o unas alas que no son para volar en este mundo.

Retrocediendo aterrada la señorita Carmela deja caer la linterna y la carpeta con los papeles y se dispone a gritar. A su lado el fru-fru de la seda agitándose anuncia la inminente transmutación del murciélago en Drácula/Bela Lugosi ya su capa negra y su negro pelo engomado transpira el perfume del musgo y de la neblinosa noche Universal Pictures cuando, ceremonioso y cortés, el pálido conde se inclina, recoge del suelo la linterna y los documentos y los entrega a la señorita Carmela.

DRÁCULA: «Le ruego disculpe este recibimiento. Mi criado tiene la noche libre.»

Advierte el conde los ardientes deseos de la empleada bancaria por regresar a su oficina y le indica una salida de emergencia al parking. Ameno conversador, mientras la acompaña guiándola a través de la oscuridad comenta en tono desenfadado algunos pormenores de su famoso y tórrido romance con la pizpireta Clara Bow, pero la señorita Carmela cree percibir en su voz un deje de melancolía y una vibración maniaco-depresiva.

Corte a Vargas en su rincón-dormitorio la espalda recostada contra la almohada y un libro abierto en las manos, el pitillo humeante en sus labios reseco cuarteado a la luz de la vela que arde sobre un taburete a su lado.

Mira directamente a la cámara y sonríe con timidez.

VARGAS: *(Por el libro)* «A ver si aprendo...»

Susana descalza en camisón y con el abrigo echado sobre los hombros pasea de un lado a otro del altillo para tranquilizar a Neus y que se duerma. La manita de la niña, moviéndose entre el sueño y el sobresalto, hurga en el cálido escote de su madre. Una pátina de sudor una púrpura plateada cabrillea entre los pechos de Susana como una brillante cola de pez. Ella mira la boca dura del vagabundo y luego aparta los ojos.

Vargas deja también de mirarla, se inclina a un lado de la colchoneta para apagar el cigarrillo en una lata y ve en el suelo, entre los trastos, un rótulo de madera despintado escrito en catalán:

PAPERERIA I LLIBRERIA «ROSA D'ABRIL»

SUSANA: «Me obligaron a quitarlo.»

VARGAS: «¿Y eso por qué? (*Intenta leer el rótulo, se esfuerza por deletrearlo*) ¿Qué dice? No sé leer, señora. Abro este libro todas las noches y miro y remiro las letras, a ver si aprendo, pero...»

Susana sonríe y señala el rótulo:

SUSANA: «Está en catalán.»

VARGAS: «Algún día lo aprenderé.»

Un relámpago y el trueno inmediato sobresaltan a la niña. Susana la mece, pensativa, mirando el rótulo en el suelo. Sonríe al ver a Vargas coger el rótulo y ponerlo detrás de su espalda a modo de cabezal.

SUSANA: «Algún día volveremos a colgarlo en la calle, encima de la puerta, y todo será otra vez como antes. ¿Me ayudará a ponerlo?»

VARGAS: «Sí, la ayudaré.»

Encadena paso de tiempo explosión de luz primaveral en la papelería-librería Vargas el pelo limpio negro bien peinado hacia atrás camisa blanca jersey amarillo despachando detrás del mostrador papel rosa de cartas y sobres rosas a dos muchachas que se ríen sonrojadas, y papel carbón para copias a un señor serio larguirucho con perfil de pájaro.

SEÑOR: (*Carraspeando, tímido*) «Y también quería una lámina recortable con aviones Spitfire y otra con submarinos...»

Hacia el mediodía acude la pandilla y lo ayudan a despachar y sobre todo a sumar.

Susana prepara la comida arriba en el altillo y se oye una canción en la radio y luego noticias del descalabro alemán en el norte de África. Al atardecer, la pandilla prefiere charlar con Vargas sentados en el portal antes que leer tebeos o contar aventis de la guerra de Birmania.

Siempre que se le pregunta por la guerra, Vargas habla de la lluvia.

Vargas (Primer Plano) con los tensos labios marcados de cicatrices imita el ruido del viento en el bosque y el de la lluvia sobre los tejados y los campos y el desierto y también la furia de los ríos cuando se desbordan e inundan los valles y los pueblos ahogando a personas y animales. Vargas habla siempre

de la guerra nuestra como de una terrible inundación y con el dedo se señala la frente:

VARGAS: «Hasta aquí llegó el agua. (*Agachándose en medio de los chicos cierra los ojos y hace:*) Glu-glu-glu.»

Susana y la pequeña Neus se ríen. Dentro de su desgracia, este charnego analfabeto deja entrever formas seductoras.

Encadena a mesa camilla en el comedor con Susana de noche enseñando a leer y a escribir a Vargas a la luz del petromax. La mano de Susana guía la mano del alumno torpe y sonámbula agarrotada con el lápiz traza en un cuaderno de hojas pautadas letras-palabras-oraciones en progresión caligráfica: primero garabatos y luego la caligrafía se estiliza, la pluma sustituye al lápiz.

Paso de tiempo: en sobreimpresión páginas y páginas del cuaderno escolar escritas por la mano de Vargas. Cerca, la mano de Susana, quieta, expectante. Vargas se traba en una palabra con la pluma hace un borrón. La mano de Susana se posa en la suya y la guía de nuevo trazando la oración: *Señora maestra, soy un comediante.*

Encadena a ropa mojada tendida en alambres en azotea gris barrida por el viento que hace restallar la colada como un látigo en la cara de Vargas, de pie al borde del terrado y contemplando lejos la ciudad crepuscular con las manos en los bolsillos del pantalón y el viento en los cabellos. Atardecer de verano, el barrio bullicioso a los pies de Vargas, un resplandor de oro y grana sobre su cabeza y un intenso olor a jazmín en el aire traspasado por alegres chillidos de voces infantiles y pájaros como flechas, en el cielo un cohete de verbena como una palmera de luz cobija a una pobre pesada cometa hecha con papel de periódico y cola de trapos.

Corte al Roxy sesión de tarde y chavales que fuman furtivamente un cigarrillo compartido agachándose entre las butacas, lanzando al aire rosquillas de humo que flotan en el haz luminoso plateado del proyector y que se reflejan en la pantalla —sombras deshilachadas de un sueño mezclándose con las sombras de otro sueño, con el otro humo del cigarrillo que

fuma el sonriente villano Rupert de Hentzau/Fairbanks Jr. Sombras siniestras que se deslizan en la poderosa frente arrebatada de pasión de Heathcliff/Olivier, en sus ojos arrasados por el amor y la locura y la venganza, Heathcliff el huérfano de pie en un gótico tenebroso ventanal de su mansión habitada por la soledad y el infortunio, las manos en los bolsillos, los cabellos al viento.

HEATHCLIFF: (*Desesperado*) «Cathy. Cathy.»

—Maldito novelista —gruñó el director inventando quizás sin saberlo un insulto de doble filo: contra el novelista y contra el cineasta—. Maldito seas, tú y tus pajilleras sesiones de tarde de sábado.

—Sugiero que en esta escena emblemática del terrado con viento romántico en los cabellos y mirada soñadora y desafiante —dijo el escritor—, a Vargas lo filmes con una camisa negra, amplia de mangas y abierta en el cuello, donde debe llevar atado un pañuelo verde con un arpa dorada.

—Vete al cuerno.

Bastantes años después de la guerra, cuando fueron autorizados por el Gobierno Civil las primeras audiciones de sardanas los domingos por la mañana en el parque Güell y acudían jóvenes falangistas provocadores a burlarse y armar follón y reventar la fiesta, Vargas acompañaba a Susana y a su hija al *aplec* y se esforzaba cómicamente en aprender a bailar (nunca lo conseguiría) aunque, al cabo de un rato, después de matar de risa a Neus y a Susana y a la pandilla, se retiraba del corro.

Sentado en el banco ondulante de la plaza, los codos en las rodillas y entretenido en cortar una ramita de abeto con la navaja, Vargas permanece cerca de Susana y Neus y al mismo tiempo observa las evoluciones de los Flechas alrededor de los sardanistas. Tres de ellos llevan un bote de pintura negra y una brocha y repintan el borroso emblema, la araña negra, en las esferas de piedra del paseo con palmeras, sobre la plaza, y luego en el mismo banco ondulante de cerámica troceada, acercándose al sitio donde se sienta Vargas.

Vargas simplemente se incorpora, y los Flechas tal vez no se han fijado en él. Pero pasan de largo.

De vuelta a casa, en la colina cenicienta al final de la calle Verdi, la pequeña Neus corre alegremente hacia su madre con

una brazada de ginesta que le tapa la cara. Susana y Vargas la esperan un poco más arriba. Cuando la niña está a punto de llegar a ellos —Susana rodilla en tierra abriendo los brazos— un golpe de viento le arrebató algunas flores arrojándolas al aire: tallos de ginesta cuelgan de los cables del tendido eléctrico como notas amarillas en un pentagrama.

El viento silbando allá arriba en los cables y una mota de polvo en el ojo de Susana, Vargas intenta quitársela soplando suavemente, los dos arrodillados frente a frente en la colina. Corriendo y palmeando alrededor la pandilla canta:

PANDILLA: «Tiene Susana / la cara / de manzana...»

Corte a Gary Cooper y George Raft camisas blancas y gorras de marino mercante fin de siglo cantando «tiene Susana cara de manzana» borrachos de ron y moviendo como marionetas sus dedos pulgares vendados. Raft lleva un aro de plata en la oreja, según observa la pequeña Neus sentada muy tiesa y maravillada entre su madre y Vargas en la séptima fila, los tres comiendo cacahuètes. La niña sostiene el cucurucho y de vez en cuando las manos sonámbulas ardorosas de Vargas y Susana — aparentemente absortos en la película— coinciden en el cucurucho y se rozan al coger cacahuètes.

Ya hemos hablado del peculiar encanto de Raft con su aro en la oreja, pero ¿cuál era el de Cooper en este film? Probablemente su alegría de trabajar con Frances Dee, la hermosa mujer de su amigo Joel McCrea, y el estar por vez primera a las órdenes de Henry Hathaway, un director que sería muy importante en su carrera. Cooper se salva en el único bote y el barco naufraga y Susana tantea en la sombra del cine la manita de su hija y piensa, no sabe por qué, de pronto, en su marido que tal vez se podía haber salvado.

George Raft yace para siempre junto a su amada francesita en el camarote sumergido bajo el océano en medio de algas cimbreadas y un banco de pececillos acerados que da bandazos compulsivos recorriendo las entrañas espectrales del barco de vela hundido en el fondo del mar, sobre una roca y ligeramente escorado a estribor. (Plano desechado del guión y al parecer no rodado por Hathaway ni por nadie, pero que un servidor, por si te interesa, *registra* de secano, guarda en su anegada filmoteca mental.)

El 8 de enero de 1950 Jan Estevet Mas sale de la cárcel en libertad vigilada y escapa al sur de Francia acompañado por dos camaradas. El activista volverá a Barcelona en diversas ocasiones, pero siempre clandestinamente y sin avisar a Susana.

Dos años después, Susana recibe una carta de una amiga exiliada en Toulouse, en la que le dice que su marido vive con otra mujer.

SECUENCIA 57. ALTILLO/PAPELERÍA.

Interior Noche.

Después de cerrar la tienda y apagar las luces, Susana sube fatigada la maltrecha escalera del altillo y Vargas sube tras ella, al llegar arriba sus hombros se rozan en la penumbra, ella viste un pijama de hombre y ha llorado, tropieza y se tuerce el tobillo. Se dobla hacia un lado cayendo y Vargas la sujeta por la cintura, Susana rinde la cabeza, los rubios cabellos se derraman sobre su cara y la carta de Toulouse resbala de su mano y

Corte a labios de Susana entreabiertos húmedos sin color la cabeza recostada en el brazo de Vargas, el brazo de Vargas en el respaldo de la butaca del cine, sábado sesión de noche invierno del 52: Susana dormida en la butaca entre su hija y Vargas, muy abrigados los tres y cerca de la estufa lateral. Neus (14 años, espigada, rubia como su madre) fascinada con la película *Cumbres borrascosas* y Vargas inclinándose hacia Susana como si fuera a oler sus cabellos o a besarla. Suavemente con la mano aparta un mechón sobre sus ojos y

Corte a Vargas subiendo por la escalera del altillo llevando en brazos a Susana con su pijama de hombre y la carta en la mano y el tobillo dolorido. Él la deposita en la cama, le quita la zapatilla del pie, masajea con suavidad su tobillo y hasta lo sopla. Ella tiene cosquillas y se ríe entre las lágrimas.

Vargas se incorpora y busca los ojos dorados en la penumbra. Espera, de pie, inmóvil, respetuoso, fiel, encendido. Su magro rostro cubierto de cicatrices retrocede un poco más en la penumbra, y el telón de sombras cae sobre él.

Susana desde el lecho lo mira con tristeza y temor, esboza una débil sonrisa y bruscamente vuelve la cara sobre la almohada. Con su voz sin inflexiones Vargas le da las buenas noches, da media vuelta y sale del cuarto.

—Para una sola secuencia, dos escenarios —gruñó el director olisqueando su vaso de agua tónica, que se estaba volviendo misteriosamente de un color verdoso negruzco—. Caprichos de guionista derrochador y romántico. ¿Tú crees que nos concederán los millones suficientes para rodar tus depravadas virguerías escenográficas, literato, y no hablo de las submarinas...?

—Respecto a esta escena —prosiguió el eventual guionista sin hacerle caso—, me preocupa tu famosa incompetencia para iluminar los rostros y los cuerpos que se desean y tu notoria incapacidad para representar el amor auténtico y profundo, el amor más allá de los tópicos visuales de la pornografía blanda. Tiemblo al pensar la cantidad de posibilidades calenturientas que habrás visto en Susanita metida en ese holgado pijama de hombre, tal vez sin botones...

—Intelectual depravado —cortó el director—. Eso es lo que eres.

—Depravado, quizás. Lo de intelectual lo considero un insulto.

SECUENCIA 58. FACHADA PAPELERÍA-LIBRERÍA. Exterior Día.

El escaparate luce un cristal nuevo que al atardecer refleja el paso ensimismado y perezoso de nubes blancas gordas algodonosas teñidas de rosa, pacíficas nubes viajando hacia el Sur.

Súbitamente la imagen se hace literalmente añicos: una pedrada rompe de nuevo el cristal.

Encadena a Vargas en la calle barriendo con una escoba los diminutos cristales astillados en medio de una gran polvareda obliga a apartarse a dos chiquillos descalzos. Es verano, los fangos del descampado se han convertido en polvo rojo y la misma calle parece un incendio. Uno de la pandilla ayuda a Vargas con una pala y una caja de cartón. En seguida ven acercarse a Fermín Palacios flanqueado por dos fieles escuadristas con cara de tango y ojeras.

FERMÍN: (*A Vargas*) «Quiero hablar con la viuda Estevet.»

VARGAS: «Ella no quiere hablar con usted.»

FERMÍN: «Tú, chaval (*Al de la pandilla*), entra y dile que estoy aquí. Rápido, tengo que ir al banco.»
(*Con la mano tantea el billeteiro sobre el corazón*)

Vargas retiene al niño con la mirada. Deja de barrer, apoya indolentemente las manos y la barbilla en el palo de la escoba y, mientras a su alrededor se aquieta el polvo rojo, entorna los ojos escrutando al tabernero y a su escolta azul.

VARGAS: «No está, camarada imperial. ¿Quiere saber adónde ha ido?»

FERMÍN: «No tengo nada contra ti, muchacho. No te hagas mala sangre.»

VARGAS: «Pues ha ido a encargarse otro cristal para el escaparate. Doscientas pelas del ala, una auténtica fortuna en estos tiempos, ¿no cree?»

Fermín Palacios lo mira en silencio. Uno de sus jóvenes centuriones da un paso al frente y su jefe lo contiene con un gesto. Luego sonríe vagamente al charnego:

FERMÍN: «Me caes bien, Vargas, así que voy a explicarte algo.»

El tabernero ha venido a parlamentar acicalado y endomingado (americana gris a rayas y cruzada, pantalón crema, zapatos de dos colores y muchos emblemas en las solapas) seguramente para impresionar a Susana. Amigablemente ahora le explica a Vargas que él nunca ha querido perjudicar a la viuda Estevet y que es mentira lo que dicen de él en el barrio, aunque, en efecto, le gustaría alquilar este local para instalar un Salón de juegos para la juventud, futbolines y billares y demás, nuestra juventud merece un esfuerzo. Está dispuesto a ofrecerle a la viuda una cantidad razonable por el traspaso, y a él, a Vargas, un buen empleo en el nuevo negocio. Y concluye con la voz ensalivada:

FERMÍN: «Me gustan tus maneras, muchacho. Piénsalo, y mira de convencer a tu ama. Con la literatura nunca te harás rico, tanto si los libros son en catalán como si son en castellano. ¡Para morir de hambre!»

VARGAS: «Estoy acostumbrado a morir de hambre. ¿Ve esa ventana? Ahí, mire.»

Ahora la pandilla, expectante desde el inicio de la escena, va a ser testigo de algo asombroso. Cuando Fermín Palacios

empezó a exponer sus planes acerca del Salón de juegos, ellos habían visto que Vargas, aparentemente interesado en la propuesta, había soltado la escoba acercándose al tabernero con toda confianza, mirándole como hipnotizado con la cara casi pegada a la suya. Y ahora, al indicarle la ventana ciega sobre la puerta de la papelería, y hacia la cual ya levantan los ojos Fermín y los dos Flechas, ven, o mejor sólo llegan a entrever el movimiento fulgurante de sus dedos al deslizarse entre las solapas de la americana del tabernero y extraer limpiamente, visto y no visto, un billetero plano de piel color salmón que oculta rápidamente a la espalda.

VARGAS: «Pues en una ventana igual pero no tapiada, una que está detrás del altillo, un servidor se pasa las horas muertas leyendo libros muerto de hambre...»

Vargas retiene la atención de los tres falangios el tiempo justo para que sus veloces manos hagan un trabajito en la espalda: articulándose con endiablada precisión y rapidez, los dedos abren el billetero y extraen doscientas pesetas —que adivina por tamaño y textura—, el precio exacto del cristal nuevo. Y con la misma maravillosa limpieza y habilidad, visto y no visto, las manos de Vargas deslizan otra vez el billetero entre la americana y el arrogante pecho de Fermín Palacios, y luego, engatillando el índice, sacude unas motas de polvo en su solapa:

VARGAS: «Así que no perdamos el tiempo. Tengo trabajo.»

Vargas le vuelve la espalda.

FERMÍN: «Eres un chulo y acabarás mal, muchacho. Te conviene pensar en mi propuesta...»

VARGAS: «Lárguese. Y si el mamón de su sobrino o alguno de sus valientes señoritos azules vuelve por aquí a romper el cristal... (*Sonríe*) usted volverá a pagarlo, jefe.»

Los niños pandilleros se sonríen por debajo de las narices mocosas.

SHANE: «*He de marcharme.*»

JOEY: «*¿Por qué, Shane?*»

SHANE: «*No puede uno dejar de ser lo que es. Yo lo he intentado inútilmente.*»

—Pero no se irá.

—No.

Así pues, añadió el escritor, la línea argumental se tensa como un arco ensartando cinco fechas clave en la historia: 1941, la llegada al barrio del joven delincuente, su protección a la viuda (supuesta) y a su hija, su trabajo en la papelería, su alfabetización, su veneración por Susana. 1950-52, Vargas arraigado en Cataluña, fiel servidor y guardaespaldas de Susana, enamorado de ella y viviendo en secreto su mal de amores. El punto de flexión más tenso del arco está ahí: los planos del charnego aplicándose en la lectura de libros catalanes echado en su colchoneta y a la luz de una vela, la llegada de la carta de Toulouse que hace llorar a Susana, el cine de barrio en invierno, la noche de la torcedura del tobillo, etc. 1960, el inesperado regreso al hogar de Jan Estevet con su prestigio de héroe, aclarando malentendidos y suscitando el perdón, la alegría de Susana, la soledad de Vargas. Y la curva ya en descenso: 1975, Vargas es un viejo *murciano* afable y pintoresco, cojo y servicial, algo borrachín y pendenciero, del que hacen mofa los chiquillos y que aún trabaja en la *Papereria i Llibreria «Rosa d'Abril»*, ampliada y con nueva fachada. Un buen hombre al que el barrio aprecia, pero que ha empezado a olvidar. Y fin.

SECUENCIA 80. FACHADA (remozada) PAPELERÍA-LIBRERÍA. Exterior Día.

Vargas embutido en un mono azul está terminando de pintar la puerta de la papelería, cuya fachada luce ahora un flamante color marfil.

La joven Neus (22 años) hermosa y rubia como su madre (la misma actriz interpreta los dos papeles) avanza desde la puerta hacia nosotros sonriendo con las manos a la espalda y una rebeca naranja echada sobre los hombros, hasta ocupar totalmente con su cara la pantalla en primer plano.

NEUS: (*A la cámara*) «Nunca se fue del barrio, nunca se casó, nunca aprendió (*Sonríe como avergonzada*) a hablar correctamente el catalán, aunque tal vez la culpa fue mía y de mi madre, que no supimos enseñarle... Nunca dejó de trabajar en la papelería ni de ayudarnos en la casa, y siguió haciéndolo

cuando papá volvió de Francia. Durante años ha sido el criado de mamá y mío, nuestro amigo más fiel, nuestro ángel custodio. Nunca he conocido a un hombre como Vargas.»

Encadena mismo escenario quince años después, en 1975. Vemos a Vargas (60 años) subido a lo alto de una escalera de mano apoyada contra la fachada de la papelería, terminando de colgar sobre la puerta el viejo rótulo que, en su rincón-dormitorio del altillo, le sirvió de cabezal durante más de treinta y cinco años.

Luego baja de la escalera, retrocede de espaldas y observa el rótulo a distancia. De la tienda salen corriendo tres niños, golpean la escalera y casi la tiran. Restregando las encallecidas manos en los pantalones, refunfuñando, el martillo y los alicates colgando del cinto como revólveres, cansado, achacoso, hablando solo, el viejo Vargas carga la escalera en su hombro y se retira de escena.

—En este largo plano crepuscular —se le ocurrió al escritor— podríamos volver a escuchar parte de aquel diálogo entre la hermosa viuda y el charnego la primera noche que él durmió en el altillo, cuando descubre apoyado en la pared el rótulo represaliado porque está escrito en catalán y ella dice:

SUSANA: «Algún día, volveremos a colgarlo sobre la puerta de la calle.»

VARGAS: «Algún día, sí.»

SUSANA: «¿Me ayudará usted cuando llegue ese día?»

VARGAS: (*Sonriendo animoso*) «La ayudaré, sí, señora. Cuente conmigo.»

—No decían exactamente eso —masculló el director.

—Bueno, ¿pero te vale o no?

El escritor obtuvo una mueca desdeñosa por respuesta. Observó el confiado balanceo del cineasta sobre el abismo y súbitamente recordó una película mala de Joan Fontaine haciendo de mujer mala llamada Ivy (*Abismos*) en la que se mataba malamente cayendo por el hueco del ascensor.

Y entonces vio al director de cine caer hacia atrás muy despacio, su mano crispada aferrándose inútilmente al tallo del putrefacto y rojo clavel español; vio las suelas cremosas de sus flamantes puntiagudos zapatos italianos en el instante de

voltearse y los ojos desorbitados de terror en su entrepierna, girando todo él en el vacío como quien improvisa una voltereta hacia atrás en el césped del jardín para hacer reír a su hijo pequeño... Finalmente vio los titulares de los periódicos del día siguiente:

HORRIBLE MUERTE DE UN DIRECTOR DE CINE

Y en caracteres más pequeños: «En el momento de la tragedia estaba escribiendo una película en colaboración con un novelista que en diversas ocasiones, siempre que la prensa le pidió su opinión —y cuando no se la pidió, también—, declaró que el ahora difunto cineasta era tonto de solemnidad.»

—Ya veremos —contestó por fin el director—. Las mejores ideas se me ocurren durante el rodaje.

—Ya.

—De veras. Me gusta arriesgar, con los personajes sobre todo. Yo soy partidario de lo que Truffaut llamaba una situación caliente con personajes congelados.

—¿Seguro que decía eso? —el escritor sonrió—: Me recuerda a la pobre señorita Carmela.

—¡Maldición! ¿Qué hacemos con ella?

Hitchcock con su barriga de violoncelo sube al tren en Metcalf portando un violoncelo. Poco después, casi a la hora de cerrar el Banco, la señorita Carmela lo ve cruzar impertérrito el vestíbulo, siempre acarreado el voluminoso celo, y pararse a hablar con el vigilante armado de la entrada. Entonces, mientras ella recoge sus objetos personales y los mete en el bolso, ya para irse, Hitchcock y el guardia vuelven la cara al mismo tiempo y miran a la señorita Carmela de soslayo, como si sospecharan de ella.

El simpático asesino psicópata Bruno/Robert Walker con los hombros delicados encogidos como si tuviera escalofríos se dirige a la estación Pensilvania a coger un tren que le llevará a Metcalf en cuyo parque de Atracciones, junto al lago y sobre la hierba de Isla Mágica, debe dejar un encendedor que lleva las iniciales G. H. grabadas y un pequeño relieve como adorno representando dos raquetas de tenis con los mangos cruzados.

El reloj del Banco Central señala la 1.30 horas y la señorita Carmela recoge su bolso y sale a la plaza Lesseps. Aunque tal

vez demasiado tarde, ha comprendido al fin: dos violoncelos, dos pies que se topan, dos raíles de tren, dos raquetas cruzadas, dos chicas que se parecen y las dos con idénticas gafas de miope (itres, contándose ella también!) y dos elegantes y guapos asesinos, aunque sólo uno de ellos cometa asesinato. Vuelve la cabeza atrás y comprueba que no la sigue nadie. Conforme se aleja de ese Banco que fue cine populoso, de esos ámbitos embrujados llenos de sombras y de voces muertas, la señorita Carmela se tranquiliza.

Bajo el alegre sol de mayo, esperando frente a un paso de peatones con el semáforo en rojo, saca un cigarrillo del bolso y a su lado un hombre atento y elegante y de hombros como frioleros le ofrece lumbre de su mechero.

—¿Me permite? —sonríe el desconocido.

Buena suerte, señorita Carmela.

Encadena imagen última de Vargas: un anciano cojo y abstraído que está limpiando con un paño el cristal del escaparate de la PAPERERIA I LLIBRERIA «ROSA D'ABRIL», y que tiene un sobresalto cuando unos chicos pasan alborotando con cohetes y petardos y arrojan un *trueno* de mano entre sus pies.

Sobre la cabeza encanecida del viejo charnego, en el cielo rojo del atardecer, estallan cohetes de fiesta y una música vulgar y chillona se derrama por la colina. Verbena de San Juan, verano de 1985.

—Bueno, ¿y qué diablos hacemos con esta cursi que ve visiones? —insistió el director.

—En mi opinión, la pobre señorita Carmela merece una oportunidad. —El escritor reflexionó—. Bastaría un ligero retoque en la secuencia 82. El encendedor en la mano del hombre (no vemos su rostro) que le ofrece lumbre, lleva grabada la letra V. Es Vargas, ya en sus años de madurez.

El cineasta bramó:

—¿Estás sugiriendo que Vargas tiene una aventura con esa loca solterona?!

—Querido *directed by*, deberías mostrarte más respetuoso y más comprensivo con tus personajes, sobre todo si son perdedores. La señorita Carmela es una mujer solitaria, sensible y cultivada. No ha tenido mucha suerte en la vida, pero ella suple esa carencia con imaginación y ternura. Y tiene una bonita

figura.

El director asintió, resignado:

—Ciertamente, Vargas es un perdedor.

JOEY: *«Shane, sabía que ganarías. Estaba completamente seguro. ¿Ése era él? ¿Era Wilson el pistolero?»*

SHANE: *«En efecto, era Wilson. Rápido, muy rápido en disparar... (Sin ; poder contenerse) ¡Pero yo soy aún más rápido!»*

—¡Corten! —ordena George Stevens saltando de su silla de director y encaminándose hacia Alan Ladd, que interpreta la escena final montado a caballo—. Alan, creo que esta última frase no está en el guión.

—Pues debería estar, George.

—No es necesaria, y por eso no está.

—Cosecha propia —dice Ladd con su encantadora sonrisa rubia—. ¿No te gusta? Se me acaba de ocurrir.

—Pero ¿por qué, Alan?

—Porque es verdad, George. ¡Yo soy el más rápido de la película!

—Cierto, muchacho, lo acabamos de ver. Has liquidado a los hermanos Raiker y a Wilson. Por eso no es necesaria la frase.

Alan Ladd tenía una gran disciplina profesional, además de una puntería infalible. Con su mano enguantada aparta un rubio mechón caído sobre su frente y reflexiona unos segundos. Las muchachas del plató admiran su sonrisa triste de pistolero solitario, su recta espalda desdeñosa de la muerte y los flecos de su elegante cazadora de gamuza blanca bien ceñida por el ancho cinturón.

—De acuerdo, George. No diré la frase.

—Bien, Alan, así me gusta.

—Era muy pretenciosa. Estoy listo para rodar. Cuando quieras.

Stevens mira a su actor con afecto y le guiña el ojo:

—Vamos allá. La humildad es importante en este oficio, hijo.

Vuelve el director a su silla de lona al tiempo que la potente voz de su ayudante ordena:

—¡Silencio! ¡Rodamos!

Y con voz todavía más autoritaria y poderosa resonando en el silencioso plato, Stevens dice:

—¡Motor! ¡Acción!

Plano general de Barcelona y en sobreimpresión los protagonistas Susana, Vargas, Neus y los niños pandilleros todos en línea cogidos del brazo y sonrientes caminan hacia nosotros surgiendo de las ruinas del cine Roxy cubiertos de polvo y con las ropas desgarradas mientras sobre sus cabezas nimbadas de luz y desde el fondo de la pantalla se acerca agrandándose la palabra

FIN

TENIENTE BRAVO

*Ni por ley ni por deber combato,
ni por los hombres públicos, ni por los vítores del gentío.
Un solitario impulso de placer
me atrajo a este tumulto en las nubes*

W. B. YEATS,
Un aviador irlandés prevé su muerte

El ansiado potro de saltos que el teniente Bravo hizo traer una noche al campamento en una camioneta desvencijada, conducida por un musculoso ex legionario de andares felinos, albergaba un ratón en su barriga de paja. El potro era una antigualla, zanquilargo y pesado y con tantos costurones que bien podía haber vivido el desastre de Annual y hasta la guerra de Cuba. El mismo ratón que lo habitaba parecía de otra época, bigotudo y altanero y un poco rubiales, un poco decimonónico y colonial. Cuando el aparato de gimnasia era descargado de la camioneta, el sargento Lecha vio fugazmente el hocico impertinente del ratón asomado a una raja del cuero y frotándose las patitas delanteras, y golpeó repetidas veces el lomo del potro con la mano para obligarle a salir de su escondrijo. Como era noche cerrada, no vio si el ratón escapaba o no. La camioneta emprendió el regreso a Ceuta, el sargento se encaminó hacia los sombríos barracones del campamento y el potro quedó plantado en medio de un páramo de tierra bermeja, acogotado y sordo al fragor de la resaca que el viento subía desde la playa. Una de sus patas de madera había sido sustituida por una rama de cerezo delgada y torcida. Viejísimo y quebrantado, con la piel raída y mugrienta, bajo la furiosa noche sin estrellas parecía un animal manso y estúpido abrevando en el polvo.

Poco después del toque de diana, el ratón salió a pasear cautelosamente a lo largo de la pata postiza, recorriéndola un par de veces antes de esconderse de nuevo en la tripa perforada. La madera de cerezo de la pata tenía grabada a punta de navaja, de arriba abajo, una vieja inscripción casi ilegible e interminable: *No somos los novios de la muerte y que le den pol culo a Abd-el-Krim. Luisito y Fermín.* Las gaviotas empezaron a chillar y a volar bajo, y de pronto la niebla retrocedió sobre las oscuras aguas del Estrecho como si un viento la chupara rápidamente desde la bahía de Algeciras. Iba a romper el día, pero arriba en el cielo los nubarrones color vino, entre los que a ratos emergía el Peñón como una máscara de hierro suspendida en el aire, seguían acumulándose, formando negras covachas y ensombreciendo el amanecer. Si el viento era del Estrecho traía olor a pescado, si del Sahara, a rebaños escuálidos y mugrientos conducidos por niños

marroquíes de ojos vivísimos.

Un pelotón de reclutas soñolientos y atolondrados corría a formar delante del potro, restallando en la oscuridad la voz carrasposa del sargento Lecha y los trallazos de su correa. Apenas se veía nada a una distancia de tres metros, salvo el tenue rubor del alba en las azulinas cabezas rapadas de los reclutas.

A primeros de marzo de 1955, el campamento de instrucción militar de la Agrupación de Transmisiones de la Comandancia General de Ceuta, zona occidental del Ejército de Marruecos, ocupaba un breve y escarpado territorio entre las yermas colinas al oeste del istmo. El desolado páramo donde los reclutas formaban en línea de a dos a trompicones era un balcón corrido sobre el Estrecho y a menudo, según los vientos, exhalaba una repentina efusión de polvo rubio y sanguíneo que podía distinguirse desde alta mar. Debido a la proximidad de las porquerizas, unas cercas de cañas y uralita donde el brigada Gómez criaba cerdos con las sobras del rancho, frecuentaban la explanada —además de algún solitario recluta gallego que, en horas de asueto, paseaba su morriña frente al mar— tres gallinas viejas, dos patos resabiados y una cabra negra y esbelta que los veteranos llamaban *Carmencita*.

—¡A cubrirse! ¡Rápido, si no queréis que os meta un paso ligero de buena mañana! —La tez colorada, el pelo rizado y entrecano, grueso y paticorto pero sorprendentemente ágil, el sargento Lecha corría en pos de los remolones esgrimiendo el cinto—. ¡Estáis dormidos, coño! ¡Los cuatro últimos, imaginaria!

Extendían el brazo y se cogían la distancia a empujones sintiendo silbar la correa sobre sus cabezas pelonas, erizadas de frío. «¡Atentos! ¡Fiiiiirrr... mes! ¡Izquierda! ¡Ar!» El sargento pasó revista y consultó su reloj. Los reclutas vestían calzón de deporte de un sucio color marfileño, jersey caqui y botas viejas, algunos sin calcetines.

El sargento ordenó descanso.

—Hoy no haremos gimnasia sueca —dijo, provocando un murmullo de entusiasmo que atajó en el acto—: ¡Pero si creéis que en vez de gimnasia habrá partido de fútbol o alguna carrerita de esas para mariquitas esprintadores, estáis muy equivocados! ¡A más de uno se le van a caer los cojones por los suelos cuando sepa lo que le espera!

Ellos ya habían reparado en la borrosa silueta que se alzaba a unos treinta metros, en la punta de una franja de tierra esponjosa y gris que, en su extremo opuesto, alcanzaba a las

porquerizas. Más de uno pensó que era *Carmencita* madrugadora que mordisqueaba alguna raíz con la cabeza escondida entre las patas, rumiando su triste destino de cabra cuartelera. Para muchos, era el primer potro de gimnasia que veían en su vida, y todos sabían que su presencia aquí se debía a una gestión personal del teniente Bravo, su animoso instructor. Después de cursar diversas solicitudes a la Comandancia reclamando un aparato de gimnasia, cansado de esperar, el teniente había decidido adquirir este potro de segunda o tercera mano en un modesto gimnasio de Ceuta, pagándolo con su dinero y con la complicidad del sargento Lecha —aunque el sargento, que intervino en la compra como mediador, declararía más adelante, una vez consumada la tragedia, que el potro le pareció peligroso y traicionero desde el primer momento y que él intentó disuadir al teniente de su compra. El viejo potro se había pasado diez años tirado en una leñera del Monte Hacho, cojo y cubierto de polvo y telarañas, hasta que en 1949, de forma casual, dos legionarios que cumplían condena en la fortaleza por haber sido pillados en una garita besándose en la boca durante un relevo de guardia, en Larache, lo rescataron y le cambiaron la pata rota y empezaron a ejercitarse con él, convirtiéndose en consumados gimnastas, de tal modo que tres años después, al obtener la libertad y la licencia y habiendo decidido instalar un gimnasio en Ceuta, se llevaron el potro con ellos.

—¡Tú y tú! —el sargento apuntaba con el dedo a dos reclutas adormilados de la segunda fila—. Traedlo aquí, más cerca. ¡Rápido!

—A la orden, mi sargento.

Cargaron con el potro y lo trasladaron jadeando, depositándolo delante del pelotón, según les indicó el sargento: a unos cinco metros. Visto de cerca, con las gallinas revoloteando entre sus patas, su compostura defraudó a los reclutas, que consideraron solamente su altura. De pronto, mientras lo miraba aprensivamente con el rabillo del ojo, el recluta Folch vio las lustrosas gallinas de su abuela picoteando maíz entre los apacibles cascotes de su viejo burro plagado de moscas, parado tontamente bajo un sol rabioso en una era del Berguedá. «A casa tenemos un burro que es paresido», dijo en voz baja y trasegando mucha saliva y mucha añoranza. «¡Qué dices, si éste es para gimnasia de alta competición, macho!», respondió a su lado el madrileño Amores deletreando muy relamido, mano sobre mano los dos y en primera fila de la

formación. El potro podía medir más de metro y medio, pero aparentaba menos debido a una engañosa mansedumbre de las patas, una cualidad servil y rastrera. «¿Y tendremos de saltarlo cada día, tú?», se lamentó Folch, y Amores sonrió burlón: «Está chupado, pardillo. ¡Que eres un pardillo, catalán cagá, que t'han fotú y no t'han pagá!»

Suspirando con tristeza, el recluta Folch desvió los ojos hacia la cresta del Peñón que asomaba a lo lejos entre la niebla. La imponente Roca lo fascinaba, veía en su cumbre borrascosa e inaccesible un símbolo de la vastedad del mundo. Folch era un payés añoradizo que nunca había salido de su masía perdida en el valle del Berguedà, salvo para venir a la mili. Miró luego las nubes turbulentas sobre el Estrecho y el difuso resplandor agazapado en los confines del Oriente. «Y pensar que estoy tan lejos de casa, aquí, en el África remota y misteriosa», se decía a menudo, sintiendo confusamente a su espalda la presencia y el olor animal del continente negro, el borroso ensueño del desierto y la quimera esmeralda de la selva... «Amores, Amores», dijo en voz baja, viendo al sargento alejarse un tanto de la formación, «Amores, ¿es verdad que hay monos en lo alto del Peñón, y un puñal inglés clavado?» El madrileño sonrió con sus ojitos de ratón: «¿Serás cateto? Los monos los tenemos aquí y llevan estrellas y galones en la bocamanga, je je.» Folch no le rió la gracia; no porque pensara que hay algunas cosas sagradas en este mundo, y que una de ellas era el Ejército — que sí lo pensaba —, sino porque vio acercarse de nuevo al sargento, impaciente por la espera.

Oyeron relinchar un caballo y el sargento miró el sendero gris que bajaba desde la trasera del pabellón de oficiales, y después miró su reloj. El teniente se retrasaba. Además de las tres gallinas, la pareja de patos ya andaba también curioseando alrededor del potro, y la cabra se había acercado a los reclutas y olisqueaba sus ropas agrias, confiada y sumisa, habituada a los piropos o los insultos que le dedicaba la tropa: «*Carmencita*, reina, que te folle un mono», dijo una voz ronca de ventrílocuo en medio del pelotón. Súbitamente se abrieron las nubes y, por un instante casi mágico, Folch vio que el mar se transfiguraba centelleando, como si millares de espejitos se deslizaran sobre el agua hacia España. Al Este empezaba a dibujarse la ciudad de Ceuta y el Monte Hacho con su fortaleza-presidio recostada contra un tumulto de pesadas nubes purpúreas y un cielo teñido de rosa y malva, irreal. Mucho más cerca, pero no menos irreal, una descolorida bandera española ondeaba furiosa sobre las

porquerizas con un engañoso efecto óptico —de hecho, la bandera ondeaba bastante más lejos, exactamente en la punta de una estaca de la entrada del campamento—, flanqueada por una batería de gallardetes podridos y andrajosas camisas caqui crucificadas en espantapájaros para ahuyentar a las gaviotas de la comida de los cerdos.

—¡Compañía, a cubrirse! —ordenó de nuevo el sargento, dirigiéndose a grandes zancadas hacia la cabeza del pelotón. El frío de la mañana juntaba a los reclutas hombro con hombro y los zarandeaba en bloque. La voz cavernosa del aprendiz de ventrílocuo dedicó a la cabra otra especie de eructo-reclamo cuando, por fin, el teniente Bravo apareció detrás del pabellón de oficiales y se detuvo un instante en la falda del cerro contemplando la explanada roja, el pelotón comandado por el sargento y el potro. Ajustándose los guantes negros, la fusta sujeta al sobaco, el teniente bajó a la carrera por el sendero pedregoso y retorcido.

Era un hombre pequeño y envarado, joven, bigote fino y hermoso mentón moreno, algo levantisco, hombros caídos y apariencia frágil, pero fibroso y pechugón. Llevaba el gorro ladeado sobre la ceja tupida y negra, la sahariana color caqui clarito de corte muy personal —que algunos oficiales le recriminaban y otros le envidiaban secretamente—, botas altas y calzones de canutillo, flamante correa con la pistola enfundada al cinto y el tirante en diagonal muy ceñido sobre el pecho. Aún no se había quitado las espuelas y sus botas estaban cubiertas de polvo; venía de galopar entre matorrales secos y algarrobos silvestres, como cada mañana, más allá de las dunas al sur del campamento, en dirección a Xauen: entusiasta y madrugador, envarado y pulcro sobre el fogoso caballo blanco, el viento le traía una lejana calentura del desierto, la miseria de las kabilas y los malolientes rebaños de la indigencia, y él galopaba de perfil hasta el toque de diana.

—¡Firrr...mes! —gritó el sargento al pelotón, yendo al encuentro del oficial y saludando—. A sus órdenes.

—Buenos días, sargento.

El teniente ordenó descanso y se plantó delante del potro con los brazos en jarras. Los reclutas retomaron su posición de descanso, mano sobre mano y con esa mirada vidriosa y bovina de los servidores de la patria en reposo, y él se paseó alrededor del potro golpeándose suavemente las hombreras de la sahariana con la fusta. El tintineo de sus espuelas evocaba la camaradería nocturna de jóvenes oficiales reunidos en la Sala

de Banderas, risas viriles, taconazos y rumor de sables saliendo de las vainas.

—Por fin —dijo—. ¿Cuándo lo han traído, sargento?

—Anoche, mi teniente.

—Bien, bien, bien —en sus ojos bailaba un destello alegre—. Entonces, ¿todo arreglado?

—Bueno —el sargento bajó la voz—, ya era muy tarde, pero convencí al socio de Fermín para traerlo en su camioneta desde Hadú... y pensé que debíamos tener una atención con él, mi teniente. Así que lo invité a un coñá. No, fueron dos...

—Hizo muy bien. ¿Algo más, sargento?

—...dos o tres copitas, sí.

—Luego me lo recuerda, cuando pasemos cuentas.

—No lo decía por eso, mi teniente, qué va —se apresuró a sonreír el sargento—. Si yo todavía le debo a usted por lo menos una docena...

—Luego, sargento —lo interrumpió con sequedad el teniente, dedicando su atención al potro.

Ya había tenido ocasión de examinarlo detenidamente en el gimnasio, pero ahora lo miraba a la luz del amanecer cómo si lo viera por primera vez.

Dio una vuelta a su alrededor y, con la mano enguantada, acarició suavemente el lomo como si fuera un animal. A pesar del cuero deslucido y la raja en el costado, su serena fortaleza imponía respeto. El teniente examinó la raja y hurgó en ella con la fusta. Lo menos satisfactorio era la pata postiza; aunque parecía sólida y bien encolada, esa pata retorcida le daba al potro un aire funesto de alimaña, una dislocación perversa. El teniente retrocedió dos pasos ajustándose los guantes y, encarándose con el pelotón, entrelazó los dedos con tanta energía que se oyó claramente el crujido de los huesos.

—Tal como os había prometido, hoy vamos a saltar el potro —dijo con la voz suave—. Hay dos maneras de hacerlo; una, con las piernas abiertas, como si jugáramos a saltar y parar, y la otra con los pies juntos, pasándolos por encima del aparato. Este salto presenta una mayor dificultad, así que —sonrió por un lado de la boca, divertido—, muchachos, tendremos que empezar por él. Lo más importante, en esta disciplina atlética, son las manos y los pies. Poned atención: cuando yo lo diga, os vais situando de uno en uno allí, a unos veinte metros; cogéis carrerilla y, a un metro del aparato, más o menos, saltáis con los pies juntos y las manos por delante, apoyándolas un poco separadas sobre el potro, así, para que entre ellas puedan pasar

los pies con las rodillas encogidas. ¿Me explico? Se cae del otro lado juntando los tacones, tieso y con las manos pegadas a los costados, así, fíjate —ahora miraba al recluta que tenía enfrente—. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—No me llames señor, recluta. Yo no soy señor de nadie.

—A sus órdenes, mi teniente.

—Eso es. —Arqueó la fusta con las manos y dio un par de vueltas más alrededor del potro escrutando su aparente mansedumbre y su edad, recelando su impostura: como si el potro le ocultara algún secreto—. Bien, creo que eso es todo.

Movió bruscamente la cabeza, buscó con los ojos risueños a los gallegos, siempre juntos y ateridos en la cola del pelotón, y sonrió con aire de chungu:

—Me parece que ya tenemos a más de uno acojonado —ajustándose de nuevo los guantes, miró al catalán—. ¿Verdad, Folch, que nos vamos a reír?

El recluta bajó la vista.

—Si usted lo dise, mi teniente...

—¿Te gustaría ser el primero, Folch?

—¿De saltar esto?

—Es muy fácil, hombre.

—Me parese que no, mi teniente.

Se oyeron risas en la formación. El sargento ahuyentó a la cabra con el pie. Cerca del potro, los patos picoteaban un reguero de agua pútrida que venía de las porquerizas.

—¿Conque no, eh? —dijo el teniente—. Está bien, yo saltaré primero. Pero sólo una vez, así que fijaos bien porque no habrá repetición. ¿Has comprendido, Folch? Después saltarás tú, y después tú —con la fusta apuntó a un muchacho taciturno con cabeza de pájaro y sedosas pestañas, Marcelino Pita Vega, el gallego que siempre se lamentaba de no haberse alistado en la Marina—. Si me lo saltas a la primera, Pita, mira lo que te digo: te pago un polvo con la puta más cara de Hadú. ¿Qué te parece? Pero has de prometerme que no se lo dirás al pater...

En medio de la rechifla general, que ya el sargento se aprestaba a reprimir, el recluta Pita esbozó una mansa y taimada sonrisa, y bajó los ojos al suelo y volvió a ver el cafetín moruno del barrio de Hadú, el té con yerbabuena en los vasos pringosos, los pinchitos calientes, los pajaritos fritos alineados en el mostrador y al propio teniente Bravo acodado en él, vestido de paisano con sombrero de ala flexible sobre los ojos y camelando a una mora de labios púrpura y ojos glaucos, la

popular Aixa, que según los veteranos hacía maravillas en la cama, era un domingo lluvioso al anochecer y Pita y varios paisanos suyos habían decidido por fin, venciendo la timidez, requerir los servicios de la furcia exótica... pero ese día el teniente se cruzó en su camino.

Ahora el teniente se alejaba con paso elástico hacia *Carmencita*, que trasquilaba hierbajos a medio camino de las porquerizas. Se paró y se volvió, encarándose al potro. Lo tenía a unos treinta metros y marcó la distancia trazando una raya en la tierra con la fusta. Mientras se quitaba las espuelas le hizo una seña al sargento, que acudió presuroso. «Déjelas por ahí, sargento», dijo al darle las espuelas. El sargento permaneció a su lado en espera de lo demás, pero el teniente no se desprendió de las botas ni de la pistola ni de la fusta, ni siquiera se aflojó el correa, así que los reclutas pensaron: debe de ser un salto muy fácil. Algo asustó a la cabra, dio un brinco y se alejó.

—Usted también, sargento, puede retirarse —dijo el teniente. Y mirando a los reclutas—: Fijaos bien.

Los brazos en jarras, la barbilla enhiesta, miró al potro con desafiante apostura, calculando la velocidad y el ímpetu del salto. No se lo pensó mucho. Doblando un poco la cintura, dio un imperceptible saltito a modo de estímulo y emprendió la carrera, espoleándose el muslo con la fusta. Corría con buen estilo, pero no daba la impresión de velocidad ni de empuje —le ocurría exactamente lo mismo cuando jugaba al fútbol con los reclutas: mareaba al adversario con endiablados quiebros y fintas, pero nunca daba la sensación de poder llevarse el balón hasta la portería contraria, a no ser que ellos se lo permitieran, lo cual ocurría a menudo.

Mucho antes de llegar al potro, el teniente se dio cuenta de que andaba lento. Cuando le faltaban un par de metros sujetó la fusta con los dientes y dejó las manos libres, juntó los pies y saltó. Se elevó poco, y además no soltó a tiempo las manos del potro y la bota izquierda tropezó con la muñeca. Llevaba tan poco impulso, que casi no fue una caída; se abrazó al potro y se dejó resbalar suavemente del otro lado hasta apoyar la mano en el suelo. Todo ocurrió tan rápido que nadie tuvo tiempo de reaccionar, y cuando el sargento inició un ademán de ayuda, el teniente ya se había incorporado.

—No pasa nada —dijo recuperando la fusta y el gorro, que se encasquetó jovialmente sobre los ojos echando la cabeza hacia atrás, dedicándole muecas al sol y a sí mismo. Sonriendo,

flexionó las piernas un par de veces y hubo risitas en el pelotón, pero no exactamente de burla; risas solidarias con el teniente, con su estilo acrobático y volatinero, con su deportiva manera de encajar un revés.

Se quedó un rato observando al potro de cerca, mientras se ajustaba los guantes, y luego se encaminó otra vez hasta más allá de la línea que él mismo había trazado. Dos gallinas le siguieron un trecho, luego se desviaron picoteando la tierra con saña. Al darse el teniente la vuelta en la orilla de la explanada, cerca de las porquerizas, los cerdos empezaron a chillar todos a una como obedeciendo a una orden, una lenta ráfaga de viento levantó un ala de polvo bermellón y el recluta Folch vio a su abuela sentada en una silla baja junto a la era, desplumando una gallina en su regazo, a miles de kilómetros de allí.

Cuando el recluta volvió a abrir los ojos en medio del polvo, el teniente Bravo estaba inmóvil en la línea de salida, la mirada fija en el potro. Se concentró unos segundos, bajó la vista, se gritó a sí mismo «¡Ya!» y emprendió una carrera más reflexiva y voluntariosa, más estratégica; balanceaba ligeramente los hombros, parecía ir más confiado, sobrado de facultades. Sin embargo, no llevaba más velocidad ni más fuerza que la vez anterior, era solamente una especial confianza en sí mismo que le proporcionaba la bondad de su estilo, sus buenas maneras y su entereza y serenidad ante cualquier riesgo. En eso era muy exigente consigo mismo y con la tropa: «¡Folch, destripaterrones, manejas el fusil como si fuera un azadón!», gritaba en las prácticas de tiro, «¡La bala hay que mimarla! ¡No basta con tener puntería, manazas, payés del carajo, hay que tener estilo! ¡Modales de soldado, coño!», y sus duros ojos negros, mientras se paseaba a lo largo de la línea de fusileros cuerpo a tierra, espiaba por encima del hombro la furtiva relación personal que cada recluta establecía con su fusil: la mano golpeando rabiosamente el cerrojo, metiendo la bala en la recámara, restregando suavemente la mejilla en la culata, acariciando el gatillo con el dedo. A mitad de carrera el teniente vio la cabra que se le iba a cruzar, pensó «*Carmencita*, cabrona» dulcemente y parpadeó confuso como si despertara de un sueño. La cabeza enhiesta, una gallina trotaba en el reguero de agua negra y hedionda que provenía de las porquerizas, salpicando a la cabra. El teniente cambió el paso y afrontó el potro alegremente, el cuello muy estirado y el elegante torso envarado en el aire como si volara sentado con la espalda muy recta. Pero el pesado lastre de las piernas impuso su ley y,

mientras todavía se elevaba, el teniente recibió la certeza del descalabro como una bofetada en la frente y echó la cabeza para atrás igual que un caballo frenado en plena carrera. Con la punta de las botas —las dos, esta vez— rozó el lomo del potro y cayó escorado sobre el costado, de manera fulminante, como si la tierra quisiera tragárselo.

Esta segunda caída lo hundió en la perplejidad y permaneció sentado en el suelo durante unos segundos, meditando su mala suerte. Tenía una raspadura en la barbilla, difusa, como si sudara sangre, y desgarrado el guante de la mano derecha. El sargento ya había recogido el gorro y la fusta y estaba indeciso a su lado, mirándole con sus pequeños ojos amarillos incrustados en morcilla que reflejaban preocupación y alarma, cuando, en el pelotón, se escuchó la voz ronca y estomacal: «Se va a caer, mi teniente.»

El sargento dio un respingo como si le hubiese picado una avispa.

—¿Quién ha sido el gracioso?! —bramó—. ¡Que salga de la formación ahora mismo o de lo contrario os mando a todos a la cocina a pelar patatas hasta que os licencien! ¡Pero ya, rápido!

—Tranquilo, sargento —el teniente se incorporó elásticamente, de un brinco, y esta vez apenas sacudió el polvo de la sahariana ni recompuso el correa—. Luego nos ocuparemos de eso.

—Por lo visto tenemos aquí a un listillo —dijo el sargento—. ¡Da la cara, payaso! ¡Con el fusil y el macuto y una emisora en la espalda les obligaría yo a saltar, mi teniente, a ver si les quedaban ganas de cachondeo!

—Saltarán cuando yo diga.

Jadeando un poco, el teniente se paseaba de nuevo alrededor del potro con los brazos en jarras. El sargento, furioso, en tres zancadas se situó detrás de la formación farfullando amenazas y escrutando los cogotes pelados de los reclutas como si quisiera taladrarlos con los ojos: «Os voy a meter otro pelado a navaja que se os verán los sesos.» El teniente le reclamó la fusta y se golpeó con ella los tacones altos y bruñidos de las botas, examinándolos a la patacoja, pensativo. Son las botas, se dijo a regañadientes, lamentando no habérselas quitado. El sargento carraspeó a su lado:

—Son las botas, mi teniente. Pesan lo suyo. Debí quitárselas antes de venir.

—Sé muy bien lo que pesan mis botas, sargento.

—Con su permiso, yo que usted me las quitaría —dijo el

suboficial con la voz neutra, rasposa—. Seguro que el problema está ahí...

—No hay ningún problema con las botas, sargento. Estoy calculando mal la distancia, eso es todo.

—Ah, si es eso —concedió el sargento—. De todos modos, mi teniente, esos tacones, y además el correa y la pistola...

—Vamos a dejarlo, sargento.

Una bandada de frenéticas gaviotas sobrevoló las porquerizas y los cerdos arreciaron en sus chillidos.

El sargento Lecha no se daba por vencido:

—Con su permiso, mi teniente —añadió con talante reflexivo—, se me acaba de ocurrir una cosa... ¿Y si ponemos el potro más lejos?

El teniente lo miró en silencio y, mientras se frotaba vigorosamente la barbilla dolorida, esbozó una mueca de fastidio. «Soy yo el que debe situarse más lejos», murmuró lanzando un guiño de complicidad al pelotón: «Siempre más lejos, ¿verdad, muchachos?» Algunos reclutas asintieron sonriendo, en especial el grupito de sabihondos pelotillas barceloneses —Malet, Marés, Molist, Munné—, y el teniente añadió: «Me está bien empleado, por confiarme. Bien, a la tercera va la vencida.»

Respiró hondo llenándose los pulmones de brisa marina. El sol empezaba a calentar. Sintió una dolorosa punzada en la cadera y la súbita impresión de tener una pierna más corta que otra. Se echó el gorro sobre la ceja, saludó jovialmente a la formación y, dando media vuelta, regresó con el paso largo y resuelto al punto de salida. Delgadas y melodiosas voces de ánimo se elevaron desde la cola del pelotón, y el sargento tronó: «¡Al primero que vuelva a chistar le corto los huevos!» El sol se había desmarcado del cárdeno horizonte. Rayos sonrosados atravesaban las juntas de las cañas en las porquerizas y encendían los morros de los cerdos. Se hacía más sordo el rumor de las olas abajo en la playa invisible, un pedregal tiznado de alquitrán y de irisados pellejos de medusa como pompas de jabón.

Parado en el extremo del campo, el teniente Bravo avanzó el pie derecho inclinando el cuerpo hacia adelante, como los corredores de medio fondo, y escrutó la sumisa quietud del potro entornando los párpados. Tenso, con la cólera aplazada, se balanceó ligeramente, presto a dispararse. En cuanto logre el primer salto, pensó, los demás vendrán rodados. La cosa no tenía la menor pega, simplemente había que elevar los pies un

poco más y evitar cualquier roce: saltaré con las botas y el correaje o no saltaré. En realidad, se decía el teniente, es una simple cuestión de centímetros...

En el pelotón se había hecho el silencio, Folch y los gallegos contenían la respiración mano sobre mano. El sargento ahuyentó a las gallinas con el pie y después se quedó inmóvil y como agarrotado mirando de soslayo al teniente —quería y no quería verle saltar—, que por fin arrancó a correr espoleándose con la fusta. Una mueca horrible y resolutiva torcía su boca y parecía ir más fuerte y más rápido, espoleándose con saña. Viéndole correr así, congestionado y con ojos de loco, el sargento y el pelotón presintieron esta vez no sólo el batacazo inmediato, sino también la magnitud del desastre que se avecinaba. Las botas del teniente parecían de plomo y pasarlas por encima del potro de gimnasia una tarea imposible. El salto fue, en efecto, peor que los anteriores, por cuanto toda la fuerza generada durante la carrera para obtener un mayor impulso sirvió precisamente para remachar aún más la escalofriante caída. El descalabro se produjo de forma tan rápida y contundente que dejó a todos estupefactos: visto y no visto, el teniente ya estaba en el suelo, peleándose consigo mismo en medio de una nube roja de polvo. ¿Cómo se podía encajar semejante morrazo sin decir ni pío?, se preguntaban los reclutas.

Con dolor intensísimo en el hombro, hematomas en la frente y en el pómulo, y un roto en el pantalón a la altura de la rodilla, que asomaba sangrando, el teniente permaneció unos segundos sentado en el suelo, jadeando, y luego rebrincó como un torero revolcado alejando a los subalternos.

—¡Quietos, coño! ¡Me cago en la leche puta, quietos!

A decir verdad, nadie en la formación se había movido. Los gallegos especialmente, y el propio Folch, estaban paralizados por un vago sentimiento de frustración y de pena. Otros reclutas, más próximos al potro —Farías, Fisas, Faneca, Falcón— dieron por fin un paso al frente precipitándose en ayuda del teniente, y lo mismo hizo el sargento Lecha. Pero el teniente los frenó a todos aullando:

—¡Que nadie se mueva o le meto un paquete! —El revolcón le había girado el pantalón de montar y lucía la bragueta casi en la cadera—. ¡Quietos ahí, sargento, no necesito nada!

El sargento se mantuvo apartado durante unos segundos, y luego, las manos a la espalda, mirando de reojo al potro, se acercó:

—Con su permiso, mi teniente, me parece a mí que este bicho tiene una pata torcida y que, al saltar, se mueve.

—¿El qué, sargento?!

—La pata esa. ¿Se ha fijado?

—No, sargento, no me he fijado.

Los patos también se habían acercado, culeando, a picotear entre las pezuñas del potro.

—Y tiene una inscripción, ¿no la ha visto? —dijo el sargento—. Mire, mi teniente, aquí. Se lee muy mal.

Los reclutas miraban al sargento con una mezcla de curiosidad y de miedo. ¿Qué se proponía con tanta charla, hacer estallar al teniente? Éste terminó de sacudirse el polvo y de enderezar nuevamente su correa, y no parecía hacerle caso. Entonces, con la voz compungida y susurrante, renunciando a hacerse oír, el sargento añadió:

—Y además hay un ratón.

El teniente se disponía a agacharse para recoger la fusta y suspendió el gesto.

—¿Qué anda usted murmurando, sargento?

—Decía que hay un ratón escondido en el potro. Anoche lo vi, mi teniente. No es que el ratoncillo tenga nada que ver con saltar bien o mal, no digo eso; es para que usted lo sepa, con su permiso.

Se había acercado al teniente, que ahora lo miraba erguido y algo confuso, sin un parpadeo, reprimiendo la cólera.

—Está bien, sargento. Haga el favor de permanecer donde le he dicho. Y sin comentarios.

—A sus órdenes.

El sargento se apresuró a coger del suelo el gorro y la fusta, pero, intentando ganar tiempo, lo mismo que la vez anterior, antes de entregar ambas cosas al teniente esperó un poco, examinando su cara con respetuosa atención.

—Tiene usted sangre, mi teniente.

—¿Dónde cojones ve usted sangre, sargento?

—Aquí, mi teniente, con su permiso —indicó la frente rasguñada y el pómulos, y añadió—: Con su permiso, es sangre.

—Narices. ¿Dónde está la sangre, eh? —tanteándose la frente el teniente—. ¿Dónde ve usted sangre, joder, dónde?!

Le arrebató de las manos el gorro y la fusta. Llegaba un débil cante moruno del otro lado de los barracones, el sonido de una armónica y luego voces de mando, y un repentino silencio; el viento intermitente traía el fragor y el olor a sal del oleaje, los cerdos afilaron sus gruñidos súbitamente y entonces los reclutas

más analfabetos y torpes del pelotón, los más ineptos y asustadizos y negados para la milicia —los dulces gallegos, pero también Folch— tensaron los nervios y alzaron el mentón y adoptaron instintivamente la posición de firmes, sin que nadie hubiese dado la orden; algo en el ambiente lo aconsejaba, cierta distensión que la sangre había captado antes que la mente, una merma sutil en la autoridad del teniente. Y en esa espontánea posición de firmes, miraban en torno esperando alguna ayuda, que llegara una autoridad y mandara parar aquello, romper filas y todos a desayunar el cazo de agua sucia con sabor a café... Pero no era probable que se acercara ningún otro oficial del campamento. En lo alto del sendero, dos moros viejos que ocasionalmente hacían de pinches de cocina acarreaban una gran perola, y a un lado, asomado a la ventana del barracón-dormitorio, el gordo cabo furriel sacudía su manta seguramente plagada de chinches; ninguno de ellos prestó atención a lo que ocurría aquí en la explanada.

Esgrimiendo la fusta, con talante maniático y la respiración quebrantada, el teniente Bravo se paseaba alrededor de su enemigo. «Me cago en tus muertos», dijo serenamente, reflexivamente. El sargento lo miraba sin saber qué hacer, su preocupación iba en aumento.

—Suai-suai, mi teniente, créame —aconsejó—. Tómese lo con calma, por el amor de Dios...

—Eso es lo que hago, sargento.

Y escrutaba el potro con mirada taciturna, como si recelara de sus medidas reglamentarias o de la bondad de los materiales con que había sido fabricado, mientras enrollaba un pañuelo blanco y ceñía con él su maltrecha frente, anudándolo en la nuca: inmediatamente florecieron en la tela diminutas rositas de sangre. El pelotón se removía inquieto, fatigado por la misma postura. El teniente inclinó la cabeza vendada y cerró los ojos un instante, mordiéndose los labios. Bruscamente volvió la espalda y se encaminó hacia su línea de salida; iba cabizbajo, maldiciendo su suerte, abrumado por una adversidad cuya porfía y contundencia inesperadas le desconcertaban. Al llegar a la línea de salida la borró con el pie, trazándola cinco metros más lejos. El hedor de la pocilga le envolvía ahora por completo, deprimiéndole. No le pareció una distancia suficiente y se alejó aún más, pisando precavido un terreno blando y resbaladizo. Se paró y giró en redondo de espaldas al griterío de los cochinos, y mientras se quitaba los guantes a tirones, respiró en el aire caliente la bazofia encharcada y nauseabunda y también el

tufillo zorruno de su propia impotencia, la enfurecida sangre que le taponaba la nariz y le golpeaba las sienes. Esta vez se tomó su tiempo: prendió los guantes del cinto, revisó los tacones de las botas golpeándolos con la fusta, se ajustó el correaje y flexionó las rodillas un par de veces. «Las botas, bueno, seguramente», pensó otra vez, «pero no me verán quitármelas».

En el pelotón, todas las caras estaban vueltas hacia él, como en un desfile, y no se oía una mosca. El sargento se había situado junto al potro, quizás en previsión de otra caída y esperando poder atenuarla de algún modo. El recluta Pita prefirió mirar hacia el lado contrario, a lo lejos, al Peñón que parecía elevarse espectralmente de la tierra con un anillo de neblina azul en su base, y su imaginación asustada voló sobre el Estrecho como una gaviota planeando libre y feliz, y de pronto, con los ojos lelos muy abiertos —los de la gaviota que él imaginaba ser ahora— vio desde el aire la sombra imponente de un acorazado hundido bajo las aguas con la quilla apuntando al sol...

—¡Fuera de ahí, sargento, hágase a un lado! —El teniente Bravo hizo silbar la fusta en el aire. Los ojos clavados en su odiado enemigo, escupió en la tierra apestada y pisó suavemente la imaginaria línea de salida. Se balanceó dos veces sobre el pie y se lanzó impetuosamente a la carrera, espoleándose con una punta de histerismo en el codo y en los giros furiosos de la muñeca. Ahora braceaba menos y sacrificaba el estilo en beneficio de la fuerza, consiguiendo una zancada más larga y poderosa. Afrontó el salto con los pies impecablemente juntos, pero pesados y tardones, como si calzara botas de plomo soldadas entre sí. Por contra, la cabeza se le fue para atrás, pareció que se desnucaba en el aire. Tropezó, esta vez, no ya con los pies, sino con las piernas, casi con las rodillas; de hecho, antes de apoyar las manos en el potro tensando la espalda, el resto del cuerpo ya se había entregado a la derrota y abortaba el vuelo, aceptando la costalada. El teniente cayó malamente, rápido y de morros, sin tiempo de atenuar el choque interponiendo los brazos. Un hilo de sangre brotó de su nariz y súbitamente se le infló el labio.

El sargento y dos reclutas se precipitaron en su ayuda. «Se ha pegado un hostión del carajo», murmuró Pita, abandonando momentáneamente el acorazado hundido en el fondo del mar junto con sus frustradas ansias marineras.

—Por Cristo, mi teniente, ya está bien —dijo el sargento—.

Se va a hacer daño.

Desde el suelo, el teniente lo contuvo con una maldición:

—¡Cago en la puta madre, sargento, ¿no le he dicho que no se mueva?! ¡Cago el copón divino y la madre que parió a Abdel-Krim en el desierto! —Hizo una pausa, y, pensativo, se miraba las rasguñadas palmas de las manos—. ¡Fuera todo el mundo! ¡No ha pasado nada!

—Pero mi teniente, hágame usted caso...

Se calló el sargento esperando una cascada de insultos, pero el teniente se limitó a jadear. Recostado en un codo, el rostro manchado de sangre y polvo mezclados, con el rabillo del ojo atisbaba la puñetera quietud del potro erguido a su lado, incólume y vetusto, ensimismado y maligno sobre sus escuálidas cuatro patas; lo miraba el teniente con los dientes apretados y el corazón en un puño, resoplando, mientras los patos se acercaban de nuevo meneando el trasero, husmeando en las suelas de sus botas la plasta de mierda que se había traído de las proximidades de la pocilga.

Tardó un poco en levantarse, pero lo hizo ágilmente, lamiéndose el labio y estirando los faldones de la maltrecha sahariana.

—Si le parece, mi teniente —carraspeó el sargento—, mando romper filas y lo dejamos para mañana...

—¿De qué me está hablando, sargento?! ¿De qué cojones me está hablando?!

Se había quitado el pañuelo liado a la frente para limpiarse la sangre de la nariz. Después de un minuto de silencio, el sargento se plantó delante del potro e hizo el siguiente comentario:

—Pues no señor, que no veo yo bien a este potro de gimnasia. Juraría que se asienta mal, que está torcido, el cabrón.

—No diga tonterías, sargento.

—Tiene una pata postiza, mi teniente, ¿se ha fijado?

—¡Sí, me he fijado!

—Me parece a mí que su altura no es la reglamentaria.

—¡Ah, muy bien! —estalló el teniente—. ¡Y ahora el sargento nos va a decir cuál es la altura reglamentaria de un potro de saltos! ¡Naturalmente!

Su mirada hastiada tropezó a lo lejos con la silueta fantasmal del Peñón y automáticamente pensó: 425 metros de roca calcárea, la espina clavada en el corazón de todos los españoles, el sargento es un cretino pero buena persona... Con

la fusta se golpeaba nerviosamente las botas y se paseaba otra vez alrededor del potro mirándole como si quisiera arrancarle su maldito secreto, parecía un hombre acosado y sus compulsivas maneras impresionaban a los reclutas, sobre todo su creciente deterioro físico: la sangre que ahora fluía de su ceja y le tapaba el ojo, el labio partido, las erosiones en la barbilla y en la frente, las manos atropelladas y el roto del pantalón. La cabra taciturna se acercó y miró al teniente con el rabillo del ojo de charol, grande y limpio, y luego se dirigió a la cabeza del pelotón a husmear las piernas peludas. «*Carmencita*, chúpamela», se escuchó ronca pero dulcemente, casi en tono de verdadero cariño, al recluta ventrílocuo amparado en el anonimato.

El viento firme del Estrecho traía rumor de olas estrellándose en la rompiente y chillidos de gaviotas, cuando el sargento Lecha ahuyentó a *Carmencita* de un puntapié y volvió hacia el teniente su roja faz muy compungida, procurando sonreír; lo único que podía hacer era ganar tiempo, intentar retrasar el próximo salto con cualquier pretexto:

—Con su permiso —empezó en tono risueño— yo diría que se ha ganado usted un coñá, mi teniente...

Antes de contestar, el teniente observó, muy interesado, una repentina efusión de polvo rojo alrededor del potro.

—¿De qué demonios me está hablando ahora, sargento?

—Del coñá que todavía le debo a usted, mi teniente.

—Usted no me debe nada, sargento. —Volvió a ceñirse en la frente el ensangrentado pañuelo, mientras se lamía el labio partido.

—Un coñaquito, ande, uno sólo. Es bueno para los nervios —insistió el sargento, pero ya sin convicción, extraviado en su propio discurrir—, aunque sea de garrafa, eso dicen, que el brigada Mir rellena la botella cada noche... Y nos tomamos un descansito. Ande ya, mi teniente, que aquí los muchachos se están durmiendo de pie.

—¿Qué se propone, sargento? —inquirió el teniente, receloso—. ¿Y quién le ha dicho a usted que esta bazofia que sirven en la cantina es buena para los nervios? ¡¿Por qué tenemos que tomarnos ningún descanso?! ¡¿Por qué me induce usted a discutir bobadas delante de la tropa, sargento?!

El viejo chusquero bajó la cabeza y se rascó el cogote. Vio a una de las gallinas picoteando en el polvo y consideró seriamente la posibilidad de arrearle una patada en el culo capaz de hacerla volar hasta la cima del Peñón, cuando, al levantar la vista, advirtió que el teniente Bravo, escurridizo,

imparable, estaba ya una vez más asomado a su abismo particular, allá en su línea de salida. Por Cristo, se dijo el sargento, ¿no habrá nada capaz de frenar a este hombre?

En el momento en que echaba a correr, *Carmencita* levantó la cabeza y lo miró desde la orilla del campo, Folch cerró los ojos y el gallego Pita volvió la cara ensimismado y prefirió contemplar un viejo petrolero que navegaba lento y silencioso por el Estrecho, un trémulo espejismo de herrumbre y soledad deslizándose sobre el alegre cabrilleo del sol en el agua.

La carrera del teniente fue corta y compulsiva, y el salto un garabato ansioso que se fijó en el aire un brevísimo instante. Apenas se hubo elevado, el teniente quiso suplir con su buen estilo lo que las fuerzas le negaban, pero los brazos se le doblaron y cayó pesadamente del otro lado como un saco de patatas. La boca todavía abierta, golpeó con la barbilla contra el suelo y la formación entera oyó el estrépito de dientes entrechocando y hasta el crujido de los huesos de la mullera. Revolotearon asustadas las gallinas y quedó flotando en el aire un plumón irisado que se mecía unos segundos sobre el potro.

«Una castaña de puta madre», susurró un recluta en la segunda fila del pelotón.

—¡Quieto todo el mundo! —ordenó el teniente arrodillado, las manos apoyadas en tierra—. ¡Va también por usted, sargento! ¡Me cago en la leche que mamó el potro, que nadie se mueva!

El sargento Lecha, perplejo, miraba la faz contraída del teniente, la sangre espesa que manaba de su nariz, e intuyó súbitamente que su perplejidad ante esta sangre derramada no era tal vez lo que mejor se correspondía con un militar. Así que meneó la cabeza y pensó en otra cosa.

—Mi teniente, usted dirá lo que quiera, pero este aparato no está en condiciones. —Con las manos apaciblemente cruzadas en la espalda, el sargento se acercó a examinar el potro—. Hum.

Tranquila, remolona, las flácidas odres pendulando entre las piernas, *Carmencita* merodeaba detrás del pelotón, y se paró a olisquear las pantorrillas blancas y muelles, casi femeninas, de los gallegos. El teniente se incorporó con una resabiada parsimonia, mirándose las manos despellejadas con extrañeza, como si fuesen las manos de otra persona. El sargento observó a dos hormigas rojas y grandes, articuladas como artefactos mecánicos, paseándose alrededor de la estrella bordada en el pecho del teniente. Con los oídos silbándole, magullado, terco,

irreductible, el teniente se tragó la sangre de la nariz y miraba el potro con talante reflexivo.

—Hum —repitió el sargento, inclinándose sobre la pata postiza para examinarla más de cerca—. Algo tiene esa pata, mi teniente. No sabría decirle si es más larga o más corta que las otras —se emperró el sargento en la idea, cabeceando ceñudo— pero yo diría que no se asienta bien...

—Retírese, sargento.

—Si da usted su permiso, yo creo que los muchachos ya se han hecho cargo de cómo hay que saltar...

—¿Cómo van a hacerse cargo si todavía no me han visto saltar? ¿Quiere usted explicarme eso, sargento?

—Ya, pero de todos modos es como si hubiera usted saltado, mi teniente.

—Pero aún no he saltado...

—Sí, pero ya tienen una idea...

—¡Sin embargo, sargento, lo que resulta evidente incluso para esta cabra es que yo aún no he saltado el potro! Será porque no le tengo tomada la distancia, o porque no es mi día, o por las botas o por mil pollas en vinagre, ¡pero por la leche que me dieron que lo saltaré así tengamos que pasarnos aquí todo el santo día! ¡¿Me explico, sargento?!—

—A sus órdenes.

El sargento se cuadró, dio media vuelta y consultó su reloj. Luego miró hacia la trasera del barracón verde, en la ladera de las basuras: nadie a la vista, aún faltaba más de una hora para ver allí algún soldado pelando patatas o abriendo pescados y sacándoles las tripas. Que llegue alguien, pensó, que alguien interrumpa este disparate. Decidido a ganar tiempo al precio que fuera, el sargento aventuró una nueva hipótesis:

—Mi teniente, ¿y si ponemos un apoyo aquí delante del potro, como un pedestal para facilitar el salto?

—¡¿De qué pedestal de los cojones me está hablando, sargento?!—

—Una piedra, unos ladrillos...

—¡Ladrillos! ¿A qué demonios cree usted que estamos jugando?

Y le volvió la espalda y se fue cojeando un poco, limpiándose la sangre de la cara con desdeñosos fregoteos de la bocamanga. Al pasar frente a la cola del pelotón miró al recluta larguirucho y sombrío que iba para cabo de gastadores —Fermín Freiré Albariño, de Albarín, provincia de Lugo— y le guiñó el ojo amoratado, y el recluta sonrió confuso. De un fuerte tirón el

teniente desprendió los guantes del cinto y se los enfundó nuevamente, quizás para ocultar las manos despellejadas; o era simplemente un ritual de gestos para aplacar los nervios, para darse ánimos.

Se fue mucho más lejos, se paró y se dio la vuelta, y, mientras terminaba de ajustarse los guantes, lanzó al potro — clavado siempre en el mismo sitio, pero ahora con una apariencia trémula de araña dormida, emborronada por las vibraciones de la luz al ras de la tierra ya recalentada por el sol— una mirada torva y venenosa con su ojo circundado de sangre. El teniente sabía que era su última oportunidad. Sobreponiéndose al dolor y a la rabia, rebosante de amor propio, dirigió también una mirada a sus reclutas, pero desde muy lejos, desde una región íntima, despiadada y violenta a donde ellos no podían seguirle, más allá de su propia aceptación del error y la impotencia y la sangre, más allá del polvo y la derrota. Por su parte, los reclutas respondieron afirmándose en su medrosa pero solidaria posición de firmes, asombrados, mirando la nada con resolución. Y a su lado, ya sin capacidad de reacción, el sargento Lecha aguardaba el fin de la insensata aventura con las manos cruzadas en la espalda y la cabeza gacha, observando entre sus pies los furiosos picotazos que la gallina daba a una lombriz.

Agazapado en la línea de salida, el teniente se congeló en una estatua, en suspenso el primer paso, la rodilla casi en tierra y empuñando la fusta paralela a la pierna avanzada. Sentía un intenso dolor en la cadera. Su rostro parecía ya el de un loco, duro y desesperado, fijo siempre en su enemigo con una crispación maniática; como esperando captar en él un falso movimiento, como queriendo sorprenderle en un descuido, desenmascarar su impostura. Se apoyó en un pie, luego en otro, balanceando suavemente la elegante espalda. Tras él, los cochinos del brigada redoblaron su desdichada sinfonía de cuchillos afilándose, y entonces, al bajar los ojos al suelo para concentrarse mejor en la carrera, el teniente vio delante de su pie una estrella de mar reseca moviéndose, girando en sentido rotatorio, transportada por un ejército de hormigas. Quiso concentrarse en el salto, pero su mirada se sentía atraída por la estrella muerta y las asombrosas hormigas (¿cómo había llegado la estrella de mar a este páramo encendido de sol y de banderas sobre la escarpada falda de una colina?) hasta que, finalmente, el teniente cerró los ojos y apretó los puños y arrancó a correr espoleándose maniáticamente, cojeando y con

una breve efusión de polvo rojo en los talones. Corría con el torso envarado y muy adelantado con relación a las piernas, como si la mitad inferior del cuerpo no pudiera ya seguir el mandato de su voluntad, y con la fusta hostigaba su cadera y sus botas sin parar, hablándose a sí mismo entre dientes, mascullando maldiciones. Bruscamente, como si quisiera sorprender al potro empleando una estrategia inesperada, se inclinó y corrió agazapado el resto de la carrera. Algunos reclutas cerraron los ojos para no verlo, y en medio del pelotón, de nuevo la voz de hojalata arrugada, intestinal e inmisericorde del recluta ventrílocuo anunció: «¡A mí la Legión, que me hostio!», pero esta vez nadie se rió. Pita apartó la vista, Amores parpadeó incrédulo y Folch giró lentamente la cabeza a un lado; el teniente Bravo estaba lanzado a una carrera furtiva, de animal acosado y carcovo.

Bastante antes de llegar a su objetivo, el teniente se irguió, arrojó la fusta al aire, clavó la barbilla en el pecho y pegó los brazos a los costados; corrió el último trecho como si cumpliera una penitencia. La funda con la pistola rebotaba en su ingle y él percibía los golpes como una forma más de hostigamiento. En el tramo final que precedía al salto, por su mente desfilaron vertiginosamente todos los saltos fallidos que había dado en su vida y entonces se acordó de la cosa más tonta e incongruente: «Anoche me olvidé de engrasar la pistola.» Al margen de una imprevista sensación de vacío —en el interior del potro, en su mala entraña, al apoyarse en el lomo, el teniente notó algo vivo que pataleaba y que transmitió un hormigueo a sus manos— el salto fue un prodigio de bravura y estilo, pero iba tan mermado de fuerzas y tan sobrecargado de gallardía y de pasión y de cojones que, antes de darle tiempo a retirar las manos, las muñecas se le doblaron como si fuesen de trapo, las rodillas golpearon el canto del potro y su cuerpo se volteó vertiginosamente cabeza abajo como esos muñecos del fútbol que giran ensartados en la barra. El teniente se fue contra el suelo de morros y sin protegerse con los brazos, renunciando a cualquier atenuante o acomodo, y quedó tendido bocabajo, inmóvil, sangrando profusamente por la nariz y la boca. El sargento Lecha corrió hacia él y se arrodilló advirtiéndole en seguida la magnitud de la costalada. El teniente se quiso incorporar y volvió a caer de bruces, extenuado. La sangre manaba de su nariz como de un grifo. Con la ayuda de cuatro reclutas, el sargento intentó organizar el traslado del herido, que ofreció alguna resistencia. Recostado en un codo, rendida la

cabeza, el teniente jadeaba apaciblemente, en una postura incómoda y sumido en una especie de autoconmiseración abyecta. Tenía los ojos en blanco y en su boca torcida florecía una espuma rosada. Lo último que hizo, antes de entregarse, fue arrancar el pañuelo de su frente y arrojarlo lejos. El sargento bramaba órdenes, se acercaron más reclutas a ayudar y se estorbaban entre sí, todos querían sostener al teniente por los brazos y las piernas y por fin lo alzaron y giraban con él en sentido rotatorio, sin enfilar la dirección correcta. Mareado, debatiéndose en la semiinconsciencia, el teniente levantó la mano enguantada en medio de una nube de polvo y dijo: «Quietos, cabrones», y sufrió un acceso de tos.

Cuando por fin se lo llevaron, inerte, con la fusta y el gorro cruzados sobre el pecho, aún tuvo fuerzas para volver la cabeza y, parpadeando, cegado por el sol y la sangre, lanzar a su invicto enemigo, el potro desventrado y cojo, una última mirada que pretendía fulminar una vez más su apariencia inofensiva y bovina, su engañosa sumisión.

El pelotón permaneció clavado en su sitio, viendo cómo se llevaban en volandas al teniente Bravo; lo último que vieron de él ese día fueron sus formidables botas desapareciendo rápidamente detrás del barracón verde, camino de la enfermería. Gritando órdenes detrás de la comitiva, el sargento Lecha volvió la cabeza y sólo entonces advirtió que los reclutas seguían allí en el páramo en posición de firmes, bajo un sol ya rabioso, disciplinados y estupefactos. Llegaba apaciguado y remoto el eco de la resaca marina, que ahora babeaba una espuma negra a lo largo de la costa. El viento se había encalmado. El sargento bramó:

—¡Rompan filas!

FIN

NOCHES DE BOCACCIO

*Más de la mitad de la cultura moderna
depende de lo que no debía leerse.*

ÓSCAR WILDE

Hace ya bastantes años, en la época en que la noche barcelonesa era un *Titanic* navegando alegre y confiado, lejos todavía del iceberg asesino (nadie pensaba en el hielo salvo al solicitar un whisky o el trago habitual), estaba yo tomando copas en la barra aterciopelada de Bocaccio, cuando, inesperadamente, un joven dibujante de cómics y prestigioso ilustrador, al que sólo conocía de vista, recaló a mi lado aferrándose con ambas manos a una copa esbelta, extenuado y empapado, como un náufrago escupido por el oleaje promiscuo de la noche. A nuestra espalda, en las concurridas mesas de la *gauche divine*, chapoteaban las saluciones, las conversaciones cruzadas y las risas.

—Tú eres el escritor, ¿verdad? —Tenía el náufrago una sonrisa inocente y delgada y una voz trasnochada, felpuda, llena de candor y de ginebra—. Me llamo Kim y vengo huyendo del *Ciclón* Benilde, ya la conoces... Ahí está, no te engañó. —Volví la cabeza y, en efecto, allí estaba la temible aventurera nocturna hablando por los codos, de pie, el vaso de vodka apoyado en uno de sus pechos mortíferos y acorralando contra la barra a un conocido cantautor catalán podrido de vanidad al que apenas le quedaban diez minutos de vida—. Ahora vendrá a por ti, me lo ha dicho.

—¡Maldición!

—Sólo tienes un modo de salvarte.

—¿Qué debo hacer?

—Como si no la vieras, y mostrarte muy interesado en lo que yo te voy a contar —dijo el exhausto dibujante—. Escucha. Estoy preparando una nueva colección, un supercómic para adultos con un protagonista inspirado en un personaje de tus novelas, un tipo que me fascina... ¿Qué tal si tú te encargaras de escribir los guiones y los diálogos? Ganarías una fortuna.

—¿Yo? —Sonreí—. Yo nunca he escrito tebeos. ¿Quieres una copa?

—Coca-Cola con whisky. Déjame contarte los detalles.

El *Ciclón* Benilde ya nos estaba mirando de soslayo como un pájaro de presa, de modo que simulé escuchar interesadísimo la propuesta del dibujante. Yo debía escribir un guión semanal que él ilustraría, y el tebeo iba a constituir, dijo, una renovación lúdica del género. Contaríamos las aventuras socio-económico-

amorosas (fueron sus palabras) de un joven soñador, un hijo del barrio sin medios de fortuna, pero listo, simpático y guapo: sorprendentes hazañas románticas con gran despliegue de estrategia sentimental y progre, con profusión de niñas-pijo y de intelectuales de izquierda ricos, con apellidos de solera y en escenarios reales, en sus fincas de verano en l'Empordà y sus palcos del Liceu, desde las más rancias alcobas de San Gervasio y del Ensanche hasta las flamantes y soleadas terrazas con arboleda y piscina, pasando por los espesos *pubs* y tabernas de moda, las todavía clitóricas aulas de la Universidad, las míticas tascas del Barrio Chino, el Club de Polo y los apetitosos bailes de Debutantes.

Poco después, Kim me dejó solo unos segundos para reaparecer en seguida con una cartera de mano, de la cual extrajo unos bocetos a lápiz y a pluma para mostrarme «físicamente y en acción» al personaje. Los dibujos eran magistrales. Pude ver, entre las lágrimas mal disimuladas (de repente la idea de escribir tebeos me resultaba desternillante, impagable), a un apuesto charnego con ojos de gato en celo deambulando bien trajeado y algo envarado por la Terraza Martini, durante una distinguida recepción. Los negros cabellos planchados, el perfil encastillado, olisqueando disposiciones afectivas...

—Este muchacho llegará lejos —le dije—. Pero sin mí.

Expuse mis dudas sobre la viabilidad del proyecto, y entonces el joven dibujante me habló de un colaborador suyo, ex miembro de la *gauche divine* y actualmente exiliado en el Canadá, el cual, antes de irse, había reunido material de diversa procedencia con la idea de utilizarlo para escribir los primeros guiones, y que ahora podíamos aprovechar. Convencido de que yo aceptaría entrar en el proyecto, Kim prometió hacerme llegar este material al día siguiente. En este preciso momento se abrió paso hasta nosotros el *Ciclón* Benilde, a codazos, sonriente y besucona, y me despedí apresuradamente. En la puerta del local un camarero me obsequió con el *Diario de Barcelona* recién impreso, y cuando minutos después, sentado en el taxi que me llevaba a casa, abrí el periódico para echarle una ojeada, ya me había olvidado de Kim y de su extraña propuesta. Sin embargo, al día siguiente recibí un gran sobre amarillo que contenía una carpeta. Era una sobada carpeta azul, con los elásticos llenos de nudos, y dentro había recortes de la revista *Hola* y de notas de sociedad de la prensa diaria, fotos de puestas de largo y de bodas y guateques, y algunas cuartillas emborronadas. Entre

esa enrevesada crónica de banalidades, encontré una libretita de negras cubiertas empastadas, un diario íntimo escrito durante el verano y el otoño de 1968. Las páginas comprendidas entre el 29 de septiembre y el 18 de octubre estaban recuadradas en lápiz rojo con la siguiente acotación en el margen superior de la primera página: *Para episodio n.º 2 titulado «En poder de la Gauche Divine»*.

Los años de mayor esplendor de la llamada *gauche divine*, según los cronistas de la época, fueron los de la segunda mitad de los sesenta y los primeros setenta. Cuando este pequeño diario fue redactado, la G. D. poseía todo su poder aglutinante como grupo. Por supuesto, hoy sabemos que la naturaleza de ese poder no era más que una fantasmal y noctámbula inclinación al reencuentro, una manera de beber juntos y de prolongar la noche, un guiño de la inteligencia en horas de relajo. Dejando de lado a sus miembros más prestigiosos y cualificados, existía el amplio espectro de adictos y seguidores que en Bocaccio y otros puntos de reunión se formaba siempre a su alrededor a modo de esos pececillos-piloto que acompañan al tiburón en sus correrías depredadoras: jóvenes meritorias vagamente conocidas y tenaces mirones y afiliados o simplemente simpatizantes, que no solían conocerse entre sí pero que imaginaban, emocionados, poder reconocerse pronto: la posibilidad del encuentro inesperado, cualquier noche, en cualquier lugar de los habitualmente frecuentados, era para ellos y ellas, en esa época, enormemente excitante.

Era tal su estado anímico de constante disponibilidad, su aportación personal a la pequeña y trasnochada mitología ciudadana, que la llama del equívoco, la chispa que surgió del común frotamiento de sensibilidades y del incesante intercambio de neuras y cariños, se convirtió rápidamente en una gigantesca hoguera. En realidad, lo que se alzó en medio de las nieblas otoñales de aquel legendario 68, fue una especie de malentendido, un simple rumor, una *serpiente de verano* —pero la serpiente esgrimía una sonrisa encantadora y ardientes ojos negros y se llamaba Roberto...

Al diario me remito, y, obtenido el permiso de su remoto autor (hoy tabernero feliz en Quebec) transcribo estas páginas sin quitar ni añadir una coma.

J. M.

29 septiembre

Días y días sin ver a nadie. Lluve melancólicamente tras los cristales. Depresión. Duermo fatal: pesadillas de subdesarrollo cultural pobladas de *Chorizos de las Letras* (en sueños, J. J. Armas Marcelo me regala un libro de Salvador Pániker dedicado a Baltasar Porcel con prólogo de Umbral ie ilustrado por Cuixart!). Exceso de optalidones, visiones terroríficas de librería-tumba ofreciendo cóctel en honor de escritor latinoamericano locuaz.

Toda la tarde corrigiendo pruebas en mi covacha de la editorial. Beatriz de Moura me llama a las siete para almorzar juntos mañana no puedo pasado sí, vale. ¿Asunto? Revista *La Mosca* y su zumbido agónico. No llegará a la séptima caquita, la pobre *Mosca*. Cal Juanito a las dos y media, conforme.

Qué hermoso lecho de hojarasca en la voz de la brasileña, qué vocación de manantial.

Vivo mis últimas horas con la intrépida C. C. Al final, pasa lo que tenía que pasar: después de cuatro meses de maternal solicitud hacia mí, esta noche C. C. se lanza a la calle decidida a olvidarme y a enamorarse otra vez. Falta madurez, hosti. Dice que va a emborracharse, primero en la terraza del Pub y más tarde en Bocaccio. Puede suceder cualquier cosa.

Peligro. Huracán C. C. azota las costas de la *gauche divine*. Se ha puesto en manos de Vidal Teixidor, siquiatra de élite, pero nuestras relaciones han ido de mal en peor, de hecho están liquidadas.

No está bien que ella me encuentre en su cama al volver de madrugada, pero llueve y a dónde voy a estas horas, mejor me largo mañana. Dormiré en el diván del estudio. A ver este *Tele/eXprés*, qué dice del Barça.

Las cuatro y C. C. aún no ha vuelto. Apagaré la luz. Decididamente, el Barça es la llufa.

30 septiembre

Se avecina al huracán. Tal como me temía, anoche C. C. entabló fulgurante relación amorosa en la barra de Bocaccio con un joven desconocido y se lo trajo al apartamento. Desde el estudio oí sus voces en la terraza y luego en el dormitorio. Pensé en la conveniencia de irme, pero me dormí. Más tarde me despertó un rumor de pies desnudos en el estudio.

Era él.

Supuse que C. C., estirada en la cama como un lagarto

insomne, colmada y feliz, habría estado proyectando una tras otra sus visiones afrodisíaco-literarias en la faz paciente y receptiva de su nuevo amor, hasta que el chico se había levantado con la excusa de hacer pis. Conozco estos atajos de la noche tan favorables para huir un rato de los amarillos ojos-tenaza de C. C. Si uno sabe entretenerse en algo antes de volver a su lado, ella se duerme.

El desconocido parece conocer tales artimañas. En el estudio, ha encendido la lámpara de flexo sobre la tabla de trabajo de C. C. y observa cauteloso la máquina de escribir. Yazgo en la sombra y no me ha visto. Lo examino de espaldas, desnudo, grávido, un fluido de desgana muscular enroscado en sus flancos morenos y en su nuca felina. Desdeñoso y primario: un cuerpo capaz de detener el tiempo. Pone una placa en el tocadiscos, el volumen muy bajo. Viejo Sinatra: *My Funny Valentine*. Decididamente el chaval tiene gancho. Piel oscura y satinada y lacios cabellos negros al inclinarse sobre la moqueta color vino revolviendo discos, luciérnagas en una bahía musical. Este tipo puede hacerte daño, C. C., ten cuidado.

Incorporándose, se suena las narices limpiamente con los dedos, deja caer el material en el cenicero y se frota las manos en las nalgas. De nuevo se queda mirando la máquina de escribir, como hipnotizado. Enciende un cigarrillo, teclea un poco en la máquina, da unos pasos, no sabe qué hacer, se aburre, va a la estantería y saca un libro al azar, vuelve a la mesa. Pone un folio en la máquina, se sienta, abre el libro y empieza a teclear lenta y aplicadamente, con los dedos índice de cada mano, copiando del libro.

Anoto escrupulosamente estos pormenores porque son de suma importancia, como se verá más adelante. (*N. del t.*)

Probablemente es la primera vez que este chico se enfrenta a una máquina de escribir. El flexo abatido proyecta en su cara el polvo luminoso de un sueño trivial, un deslumbramiento enternecedor de analfabeto. Teclea por el gusto de hacerlo, torpemente, sin reparar en el sentido de lo que copia del libro: el volumen, poco usado, se resiste a permanecer abierto y las páginas van pasando solas, impulsadas por su propia tendencia a cerrarse —sin que el entusiasta mecanógrafo lo advierta— de modo que el texto transcrito al folio será forzosamente una mezcla de frases, o de fragmentos de frases, pilladas en distintas páginas y en capítulos diversos. Un poema del azar, probablemente.

El tipo escribe tres folios, ensimismado, con una paciencia

digital de afilador. Luego se cansa y se pone en pie, vuelve a dejar el libro en la estantería y sale del estudio. Al poco rato regresa vestido, apaga el tocadiscos, se guarda unos cigarrillos en el bolsillo, apaga la luz y se marcha, esta vez a la calle: oigo la puerta del piso cerrándose despacio.

Una hora después también yo estoy en la calle. Amanece un día luminoso, nada hace pensar que habrá tormenta.

1 octubre

Almuerzo con Beatriz, Óscar y Jorge. *La Mosca*, sin alas, patitiesa, yace panza arriba en la mesa de Cal Juanito. ¿Qué podríamos hacer por ella?, dice Beatriz. Aroma de setas asadas, el ronco tumulto en la voz de Óscar, la piel color lluvia otoñal de Beatriz, la comfortable, meliflua sonrisa de Jorge Herralde.

«¿Sabéis lo de C. C.?», fue la pregunta, un poco por cambiar de tema, pero no recuerdo quién la hizo.

Era el primer soplo del huracán y había llegado a través del teléfono, artefacto caro a la *gauche divine*.

—¿Qué ocurre?

—La noticia circula desde primeras horas de la mañana —gruñe Óscar—. Una collonada. Parece que C. C., excitadísima, ha llamado por teléfono a Gimferrer anunciándole que acaba de hacer un descubrimiento: un novísimo en novela, un novel inédito, al parecer amigo suyo.

—Hum —cavilo yo cabizbajo, y pido más *pa torrat amb tomàquet*. Mucho trasiego de tinto en la mesa. «Hummm», responde con un par de emes más que yo el todavía cauteloso editor Herralde, añadiendo que lo divertido del asunto es que la conversación telefónica de C. C. con Gimferrer ha durado tres horas, un récord que supera el de Terenci Moix hablando por teléfono desde Roma con Enric. Y que esta misma mañana, cuando Colita llamó a Román Gubern pidiéndole información sobre las propiedades de su *bolígrafo luminoso* —aunque Colita no lo quiere para tomar notas en la oscuridad de un cine, como hace Román, vete a saber para qué lo quiere ella—, éste le comentó que ya había hablado del desconocido novísimo con Joaquín Jordá a petición de C. C., y que Jordá a su vez ya había comunicado con José M.^a Castellet, al parecer en Sitges, el cual sólo dijo que algo sabía por la dulce Anna March, pero previniendo: «*Punyeta, no us esvereu!*», y pidió calma ante todo: «*Em fot una por, aquesta quixalle de la gauche divine, són uns enfollits...!*»

Sugiero tímidamente no hacer caso, podría tratarse de un rumor incubado precisamente en la altísima entrepierna ensayística, semántica y estructuralista del *Sheriff*.

—No —dice Beatriz—. Habla con C. C.

—¡Vaya vaya! —brama Óscar—. ¡Por fin C. C. ha puesto el huevo!

2 octubre

Mañana loca de raudo corrector de pruebas mal pagado, el teléfono martilleando mis sesos todo el rato. Me llama todo el mundo. Ignorantes aún de mi ruptura con C. C., me preguntan si le conozco, cómo es el genio, su nombre, edad y antecedentes literarios, y yo: no sé nada de nada. «¿No has leído ese capítulo de su novela que le dejó a C. C.?» Y yo: «No veo a C. C. últimamente, hemos decidido afrontar la inminente agonía de la década feliz cada uno por su lado.» «Ah.»

El huracán ya ruge. Llegan más detalles de las famosas tres horas de C. C. al teléfono: parece que el genio estuvo escribiendo en el estudio de la chica mientras ella dormía y al irse dejó en la mesa un principio de capítulo absolutamente increíble, Gimfe, le dijo, tienes que leerlo, superior al mismísimo Joyce, fabulosamente más allá de Burroughs. En fin, que la narrativa experimentalista española, Benet, Guelbenzu, Cargenio, Leyva, Goytisolo, etcétera, se queda en pañales. Absolutamente urgentísimo que Castellet lea ese texto, Gimfe.

Trepidante noche en Bocaccio, dos sanfranciscos, un optalidón en el gaznate, otro perdido en la moqueta, camareros precipitándose sobre mí con miles de mecheros encendidos. Llega José M.^a Solanes como una jaca meditabunda enjaezada con cámaras fotográficas, oye, ¿sabéis ya la noticia?, y bla bla bla, Carlos Duran me ha llamado pidiéndome el teléfono de C. C. y me lo ha contado, yo no sabía nada.

«Ven a estribor», le digo haciéndole sitio en la barra, «el iceberg ya se ha resquebrajado en las zonas árticas y avanza descomunal y silencioso hacia nosotros...» ¿Estás trompa?, dice él: resulta que tu C. C. ha estado persiguiendo día y noche a Félix de Azúa y a Salvador Clotas hasta conseguir que lean parte de la novela de un amigo suyo, dicen que el libro será la bomba editorial del año, estilo atonal y aleatorio sin precedentes en la sonsa novela española de hoy empeñada en ser realista y argumental, eso dicen que ha dicho Umbral con su pluma-sonajero o tal vez Julián Ríos, nuestro Joyce descafeinado,

comisarios/grumetes siempre en lo alto del palo mayor avizorando verdes continentes de prosa intransitable y alfalfa sintética, pasto de burros eruditos. He visto casualmente a Clotas hace una hora —prosigue Chema, ajeno a mi desinterés por el asunto— y afirma que Félix es un experto en esa clase de prosa, pero también dice que C. C. está grillada. Bueno, ¿qué bebes?, me apunto a lo mismo...

—Se te ha caído el *zoom*, Chema. Tantas cámaras al hombro, tantos objetivos y lentes y super-lentes...

Y pido un café triple.

3 octubre

Visita a C. C. para despedirme y recoger mis cosas. Me recibe dinámica y graciosa con sus braguitas color fresa y el chaleco azul celeste floreado (que perteneció a Marcel Bergés) mal abrochado sobre los senos belicosos. Me dedica una atención esquinada, displicente. Pegada al teléfono, chillando: «¡Cadaqués, Cadaqués!», despeinada, soñolienta, rodeada de agendas y sedantes, ceniceros repletos, discos y anticonceptivos. Parece un ángel exterminador.

Me confirma el rumor sin dudarlo un segundo, sin un parpadeo:

—En efecto, se trata de un principio de capítulo fascinante y conmovedor, increíble, escrito aquí con esta máquina, la mía. Haré fotocopias... ¡¿Cadaqués...?! Un autodidacta, isenorita, ¿qué pasa?! Nadie le conoce ni él conoce a nadie, todavía, ni siquiera yo sé dónde vive y apenas su nombre: Roberto no sé qué. Y es un encanto.

—Cálmate.

—Y me necesita.

—¿Estás segura?

Aporrea el teléfono, impaciente. «De todos modos», añade, «pertenece a la *gauche divine*, le vi sentado en Bocaccio en medio de la pandilla, esa noche que le conocí...»

Inútilmente, porque no me escuchaba, prevengo a C. C. del espejismo: lo que ocurrió esa noche en Bocaccio, según he podido saber por el camarero karateca y judoca, fue que la mesa de la *gauche divine* estaba muy concurrida y no paraban de llegar nuevos contertulios, y poco a poco el círculo fue ampliándose y ocupando más mesas con su guirigay de conversaciones cruzadas y confusas, de modo que, en cierto momento, fue también absorbida la mesa más distante y junto

con ella su único y silencioso ocupante, ese Roberto, que pasó así a integrarse en el grupo, primero manteniéndose callado, luego iniciando cautelosos contactos... «Cuando tú llegaste, al verle sentado junto a Rosa Regás y Oriol Bohigas, creíste que era uno de ellos. Fue la casualidad, o tal vez ni eso: a lo mejor el pájaro acudía allí todas las noches en espera de su oportunidad.»

Pero C. C. no me escucha. «¿Cadaqués, Cadaqués...?, absolutamente de vida o muerte hablar con Castellet. ¡¿Cadaqués?! ¡Mierda!»

Me recuesto en el diván. Ella ha colgado el teléfono violentamente. Brilla una fina película de pasmo en sus rodillas fervorosamente juntas, cerradas a cualquier devaneo. «Hay mucho que hacer», la oigo murmurar. Le pido que me deje leer el famoso capítulo, me responde que no lo tiene. «Todos se lo están disputando, pero quiero llevar esto a mi modo. El chico no está relacionado. Me necesita.»

Descuelga el teléfono, lo vuelve a colgar. Castellet debe estar en Sitges. Suspira. Se levanta, tiene mucha prisa, «¿Me permites? He de cambiarme», y cruza a buen paso el familiar desorden del estudio —aquellos discos que un día le regalé, los libros tan queridos, el batín japonés, los cojines por el suelo, el tranvía de Todó— como el ángel del Señor dejando atrás las ruinas de Sodoma. «Llévate lo que quieras», dice, «menos la máquina de escribir, la *vamos* a necesitar».

Excitada y feliz, volviéndome la grupa respingona, C. C. sale del cuarto.

4 octubre

Presentación de libro y de autor en librería Cinc d'Oros. Vino tinto, tacos de tortilla y croquetas de pollo. Cinco intelectuales goxdivín en ringlera de cara a la concurrencia comentan el libro presentado: *Ondia, quina tabarra el seny!*, textos del travieso Terenci y fotos de Colita sobre la capital catalana y su enigmática condición de *cap i casal*.

Presente la plana mayor de la G. D. excepto Federico Correa, Castellet y Copito de Nieve. Se comenta la anunciada asistencia de C. C. y del novísimo, que se retrasan. Los directores de cine de la Escuela de Barcelona hacen olla aparte. El Cristo de Pasolini bebe tinto con Nunes. En un rincón, Vicente Molina-Foix y Terenci Moix intercambian programas de cine en color: «Tú me das *El príncipe estudiante* y yo te doy *El príncipe valiente*.»

Emocionado, Félix de Azúa le enciende el puro a Juan Benet, de paso —bastante inseguro, pero afable— hacia Madrid.

Pere Portabella comenta que ha leído el dichoso capítulo, que es buena prosa pero no tanto como Brossa. Se dice que Pániker en-las-calles, el editor-filósofo-hindi-catalán, estaría interesado en considerar un contrato de opción para las próximas cinco novelas del protegido de C. C., renunciando incluso al 50 % de derechos secundarios. Al oírlo, la superagente Carmen Balcells se sonríe burlonamente por debajo de la nariz.

Oriol Bohigas, en cuyo hombro Ana Moix apoya dulcemente la cabeza un poco mareada, tararea unos compases del Concierto n.º 20 de Mozart en re menor para piano y orquesta (Richter al piano) sin dejar de hablar al mismo tiempo, es decir, canthabla popeyescamente «No puede ser, nois, esto es un rumor inventado por los miserables dibujantes de cómics eróticos y sofisticados y por esos cretinos adoradores de los Beatles. Vámonos a cenar al Massana, nena.»

Al marcharme birlo de una estantería el E. A. Poe en dos tomos de Alianza Editorial. En la calle descubro que he cogido dos ejemplares del primer tomo. Marcel Bergés, por su parte, sale de la librería con dos ejemplares del segundo tomo escondidos dentro del pantalón. Hacemos intercambio y bona nit.

5 octubre

Conflicto laboral en la editorial. Me quedo sin trabajo. Mendigar traducción por aquí, colocar articulito por allá. Comienza la lenta agonía.

Aumentan mis visiones catastrófico-culturales: Eugeni d'Ors ganador del premio Sant Jordi 1975 de novela / El Premi Moreneta Maca de virolais en prosa, que se concede anualmente en lo alto del Cavall Bernat, ganado por don *Laurayanu* López Rodó y el astro José Mojica al alimón / El personal subalterno de Banca Catalana inicia su triunfal gira por el Japón cantando caramellas con textos de Jordi Pujol / Encerrona de monjes montserratinos en el Jazz Colón / Baltasar Porcel devorado por los cocodrilos de Fu-Man-chú / Don Fernando Lázaro Carreter presenta a la Real Academia de la Lengua el vocablo de nuevo cuño goxdivín, y estrena su nueva obra teatral *La poltrona no es para ti, Paco*.

Copas en la terraza de Tuset Street bullicioso y nocturno con Betina, rubia y nórdica, que me riñe por beber tanto y drogarme

con *optas*. Ella ingiere una negruzca píldora de potentes efectos antieróticos, dice. Tiene un tigre en el culo, esta chica, pero lo mantiene a raya. Aparecen en el Pub Joan de Sagarra y Enric Barbat, luego Nuria y Pere Garcés, luego Portabella. En la mesa vecina, César Malet y Enric Sió deslizan piropos al oído crapuloso de una gordita adolescente y risueña. César cada día más parecido a los Hermanos Marx (los tres juntos).

Nuria Serrahima comenta el regreso de Castellet (no de Cadaqués ni de Sitges, sino de un Congreso de Fabricantes de Corbatas celebrado en Frankfurt) y su conversación telefónica con Pere Gimferrer desde el despacho de Carlos Barral en la Casa Oscura. Según Azúa, que estaba allí, Edicions 62 y alguien de Seix Barral estarían en tratos con C. C., convertida en agente literario del ya famoso novel.

Barbat afirma que hay un malentendido, y por un momento temo que el bonito pastel que se ha cocido en la entrepierna de C. C. se vaya por los suelos... Pero no. Barbat se refiere a que ese Castellet regresado de Frankfurt no es José María, sino un hermano suyo fabricante de corbatas estampadas con pinturas de Miró y versos de Ausias March; ocurre que, aunque vendan distintos productos, el uno corbatas y el otro libros —comenta Sagarra con una sonrisa taimada, tocándose levemente el ala flexible del sombrero bogartiano—, los dos lo hacen basándose en idénticas teorías culturales, idéntica voz e idéntica cara: se parecen mucho, son gemelos o casi. En cualquier caso, el verdadero Castellet aún no ha leído el capítulo.

¿Azúa conoce ese texto?, pregunta César, ¿qué le parece?, y Nuria: que supera a Benet, es duro reconocerlo, dicen que dijo Félix, pero así es. «¿Quién te ha dicho eso, maca?», tercia Sagarra, y ella: «Pregúntale a Pere Fages, que ahí viene.»

Pere Garcés bosteza. Sagarra afirma que el original del célebre capítulo está ahora en poder de María Aurelia Capmany, que ha declarado: *Revela un talent literari de primera magnitud...*

Llega en efecto Pere Fages, resopla, la colilla colgada en las comisuras de su boca, le hace una seña a Portabella, éste se levanta y los dos conspiran aparte en voz baja. De pronto, estupefacto, indignado, Fages deja caer la colilla y se queda con la boca abierta. Luego nos enteramos: al gordo Fages, la grúa se le ha llevado el tanque aparcado frente al Bagatela.

6 octubre :

Llegan rumores pisándose los talones. Teresa Gimpera vuela hacia Hollywood para rodar una película con Hitchcock. C. C. y su protegido viven juntos desde ayer con el teléfono descolgado porque él trabaja intensamente en la novela. Walt Disney nació en un pueblecito de Murcia. Otro rumor: editorial Planeta le está pasando al novísimo mensualidades de cincuenta mil pesetas, pero se ignora qué trato habrán hecho C. C. y el sagaz editor Lara.

Sigo sin trabajo y en plena crisis de identidad nacional.

Me llama Xavier Miserachs pidiéndome la dirección del tipo. *Gaceta Ilustrada* acaba de encargarle un reportaje gráfico sobre los usos y costumbres de los militantes de la *gauche divine*. «Creo que el genio no pertenece a la banda», le digo. «No importa», me responde, «la revista *Serra d'Or* y el Omnium Cultural dicen que sí pertenece».

Compro *Serra d'Or*, pero no encuentro la noticia.

Me llama Betina con voz soñolienta: «¿Has leído el *Tele/eXpres* de hoy?»

Aumenta insensatamente mi ración diaria de optalidones y café.

7 octubre

En la cama con B. y el *Tele/eXpres* desplegado sobre su hermosa ensilladura de nácar frío. Leo en las páginas literarias un breve reportaje bajo el titular: ¿UN NUEVO JOYCE EN EL GUINARDÓ?

Y más abajo: REVELACIÓN LITERARIA BILINGÜE.

Y aún más abajo, en caracteres pequeños: «El crítico José M.^a Castellet confía en poder incluirle en su próxima antología NUEVE NOVELES EN NOVELA NUEVA, de inminente publicación.» Según el vespertino, el prestigioso crítico habría afirmado, en un artículo aparecido en el último número de la revista *Plural* dedicado a la narrativa española contemporánea, que este texto asombroso venía a confirmar sus teorías sobre la nueva creación literaria expuestas en su libro *La hora y cuarto del estructuralista*, en curso de preparación.

El artículo periodístico va firmado diabólicamente: P. C. Pero no es otro que Pere Costa, goxdivín periférico y coñón, dudosamente afiliado.

B. encabrita las nalgas y yo aparto el periódico y reclino la mejilla soñadora en el duro nácar del trasero.

En la página contigua leo: «Envueltos en pieles carísimas, los Burton abandonan París rumbo a New York.» ¡Carajo, esto es un titular!

—No te duermas —dice B.

El culo de esta chica es un tigre que me devora, pero ese tigre soy yo. (¿Quién escribió eso?)

8 octubre

También Joan de Sagarra se ocupa del caso en su sección del *Tele/eXpres*, recogiendo un extraño cruce de llamadas telefónicas:

M.^a Aurelia Capmany: «¿Un Proust xarnego? ¡Ja ja ja!»

Terenci Moix: «Tengo una foto divina en la que aparece detrás de mí por sorpresa, en Egipto.»

Leopoldo Pomés: «Le conozco, trabajó conmigo de modelo publicitario, hizo una campaña de camisetas y calzoncillos.»

Don José Manuel Lara: «Lo quise fichar er mimo día quer Barza fichó al pasmao del Martí Filocía, porque zoy partidario de la juventú.»

Omnium Cultural: «Es el único miembro de la *gauche divine* que no tiene coche sport ni fuera-borda.»

Baltasar Porcel: «Sí, sí, pero mi novela *Cigrons sota el drerer florit* se vende mucho más que *El día que va morir Marilyn*, y además el Rey lo sabe.»

Ricardo Bofill: (sonriendo desde la tele) «¿Me conoce?»

Oriol Regás: «Firma como Roberto C. Amores, y dice que esta C se la pone para compensar la C que, por causa de un descuido inexplicable, le falta a nuestro Bocaccio.»

Gabriel Ferrater: «Lo más notable que ha producido la literatura catalana, por supuesto después de la poesía de mosén Cinto y del trasero de Montserrat Roig.»

Montserrat Roig: «Cultura, para mí, es todo aquello que suscita una relación imaginativa con mis semejantes y conmigo misma. En este sentido, el culo de Tarzán o el de Marsé, por ejemplo, pueden ser cultura; pero no lo es el de Fernando Sánchez-Dragó, ese autor moreno y sonriente del siglo XII que escribía en calzoncillos.»

Francisco Umbral: «Imita mi prosa/sonajero/bisutera, pero con ese sonso tintineo artrítico de los novelistas/garbanceros que todavía cuentan/narran historias. El futuro está en la novela/sonajero.»

Salvador Pániker: «Mi supuesta actividad intelectual se

centra en estar atento a lo que hoy se lleva o ya no se lleva. Pues bien, la prosa/sonajero se lleva.»

Juan Goytisolo: «Al igual que a mí, a este chico la crítica no le entiende, la televisión española le ningunea, la policía posfranquista le persigue por toda Europa, los políticos le ignoran, sus amigos no le quieren y, encima, sus libros se leen al revés por culpa de Luis Suñén. Ganará el Premio Europalia-86-bajopalio de la luz crepuscular (¡Maldita sea, reniego de esta prosa nacional-católica esclerotizada por el régimen franquista y alentada ahora desde el poder! ¡Abajo Artajo! ¡Me largo a Turquía!))»

Julián Marías: «En la tercera edición del segundo volumen de mi obra completa figura un ensayo que proféticamente titulé *Ortega y yo somos así, señora* (de rigurosa y absoluta vigencia) en el que ya hablaba de este español preclaro.»

9 octubre

Me llama José Agustín Goytisolo, furioso: «¿Cómo has permitido que esa lianta de C. C. le haya hecho firmar un contrato para Tusquets Editores?» «Yo no sé nada, yo no sé nada», susurro. «¡Pero no habíamos quedado que lo mejor era negociar con Edicions 62 y que yo haría la traducción?!» «No sé nada», repito, «y no me consta que haya firmado nada con Beatriz, son bulos». «¡Ah sí?!», ruge José Agustín, «¡y por qué crees tú que Beatriz y Toni lo han invitado a pasar el fin de semana en Cadaqués, por su cara bonita?!»

Bueno, le digo yo, no es una jeta despreciable, pero ciertamente está en Cadaqués por otras razones. Parece que en el cóctel que el sábado dio Federico Correa en su casa, Terenci propuso presentar el novísimo a Pía al día siguiente. Quedaron en ir en la lancha de Cor, bordeando el Cap de Creus, pero la lancha se llenó de personal (Beatriz, Isabel, Nuria, Guillermina, Ana y María Antonia) y la mañana se les fue tomando el sol empelotados y navegando hasta que el chico, aburrido de aquella cívica exhibición nudista cuya finalidad no entendía (pues él creía erróneamente que tenía una finalidad), decidió no esperar más y, desnudándose, se arrojó al mar desde la lancha fuera-borda. Llevaba slip, por supuesto, y lucía un moreno «de paleta» que arrancó aullidos de entusiasmo en Guillermina y en María Antonia. «Nadó hasta la costa», sigo contándole a José Agustín, «y parece que fue a visitar a Dalí por su cuenta, dejando a Pía para más adelante, eso dice. No es seguro que

haya conseguido ver a ninguno de los dos, ésa es mi opinión, pero él afirma haber tomado el té con Gala sentados los dos sobre un piano amarillo, y bla bla bla...»

Mi propia voz me aturde, el teléfono me deprime, la credulidad del poeta me parece asombrosa, mi mano palpa el fondo del cajón de la mesilla buscando los *opta*. José Agustín se ríe recordando algo, deja caer el asunto y pasa a hablarme de Quico Sabater, pistolero solitario y audaz amado por los dos. Me cuenta por enésima vez la vida y milagros del anarquista, la base de un guión de cine que está escribiendo para Francesco Rossi. Tres horas y veinte minutos al teléfono, nuevo récord de la *gauche divine*.

Mi ración de optalidones aumenta peligrosamente.

Mato la noche en Bocaccio. Relajante conversación con Oriol Regás y Carmen Ros, la hermosa muchacha que pudo haber cambiado el rumbo de mi vida.

10 octubre

Pase privado del último film de la llamada Escuela de Barcelona. Cinema Windsor Palace, ya destinado al derribo, ya con la muerte agazapada en sus terciopelos escarlata (Terenci llora en los brazos de Romy: «¡Ay, Escarlata O'Hara, qué será de nosotras sin el Windsor!»).

Por la pantalla desfilan a cámara lenta y en suaves tonos pastel Serena Vergano, Luis Ciges, Nuria Espert, Romy, Susan, Joaquín Jordá, Ricardo Bofill, Salvador Clotas, Irazoqui, etc. El tema de la película es escabroso: mujeres medio separadas de sus maridos pasean con vaporosos vestidos en escenarios gaudinianos y en tartajeante compañía de hombres medio separados de sus mujeres, medio comentando efímeros sentimientos, a medias recordados y a medias presentidos, semicultos y semieróticos. Resultado: espectador semidormido semipasmado.

Oigo retumbar triunfales y vengativos los tambores de Fu-Manchú de mis infantiles matinales del Roxy. «Lo-Ki, échalos a los cocodrilos.»

La Espert enigmática con su máscara trágica. Ojos felinos, muslos de hielo. Una mujer notable, pero, decididamente, el híbrido celuloide de la Escuela no le va: esos personajes tan sofisticados que le dan a interpretar son algo así como mujeres sin pezones. A Serena en cambio le va el primer plano, porque toda su expresividad radica en el mentón. La película se llama

Trimatriz 69. Crujir de huesos al salir, comentarios gatunos por lo bajinis. Gonzalo Suárez habla de sus próximas diez películas de plástico. Jaime Camino sale dormido en brazos de Román Gubern. Dispersión, unos van al Storck-Club otros al Jazz Colón.

La última copa en la terraza del Pub de Tuset Street con el Perich y Sagarra. Gin con mucho hielo. El Sagarra, whisky a palo seco en copa ahumada. Tensión en el aire, presentimiento de olas gigantescas y gélidas precediendo el embate inminente del iceberg que nos va a hundir a todos: mi región catalana mental inundada cuando llegan Eugenio Trías, Ana Moix, Nuria Serrahima y Pere Garcés. Poco después, Sió, más tarde, Colita.

Sagarra pregunta sin interés: «Bueno, ¿cómo está el gallinero literario, qué se sabe del novísimo?», y, sin esperar respuesta, pregunta al camarero si ha visto pasar al presidente del Ateneo en compañía de mosén Cinto. Bosteza, y el Perich le dice: «Oye, mira, aprovechando que tienes la boca abierta, ¿quieres pedirme otra ginebra?»

La poetisa noctámbula nos lee su famosa composición del Tigre. La última noticia la trae Jacinto Esteva: en el restaurant Mariona acaba de ver a C. C. y al novísimo cenando con Giménez Frontín, de Editorial Kairós, y con Joan Manuel Serrat, que se dice estaría interesado en una adaptación musical de la esperada novela.

—Cinto, rey mío —dice Colita—, no te pases.

Sagarra se acaricia la cicatriz scarfaciana bajo el ala imaginaria del sombrero imaginario, y habla de los muslos la-laleros de Massiel como de un vehículo ideal, pero venéreo, para divulgar textos de Bertolt Brecht. Yo reafirmo tímidamente mi secreta vocación por las sonoras caderas de María del Mar Bonet. La hermana de Nuria me mira con ojos de búho insomne, llega Arma March con una amiga muy guapa, las dos con sueño y senos libres dentro de blusas de seda blancas. Pero sé que la noche no me reserva nada.

La poetisa federal alemana se retira despechada. Planea sobre nuestras cabezas, como el ángel de la muerte, su poema errante «Pasión de Tigre».

12 octubre

Por fin. Aparición espectacular del novísimo en la librería Anthropos durante la presentación-cóctel de un novelista latinoamericano. El chico conversa con Antonio de Senillosa y Carola y Sylvia Poliakov. Le veo por detrás, como la primera vez

en el estudio de C. C., pero ahora enfundadas sus espaldas en un elegante jersey negro cuello de cisne —escogido sin duda por C. C. en Gonzalo Cornelia—. De pronto, se vuelve y me mira a los ojos.

Quisiera describir esa mirada levemente estrábica, apacible, remota... Por lo demás, lleva el brazo en cabestrillo y luce un pálido hematoma en la barbilla. Se ha pegado con unos ultras, dicen, lo han confundido con Sagarra. Sosteniéndole suavemente el codo como lo haría una solícita enfermera, C. C. vestida de rojo como una llama lo guía entre el bosque de manos, vasos y cinturas agitadas hasta Castellet. Hace las presentaciones. El *Sheriff* lo baña de arriba abajo con su blanca sonrisa alpina. «Hola, *macu*.» Hay un cerco de mirones, abundan muchachas de ojos voraces y escotes vertiginosos. Alguien se ofrece para traerle una copa al novísimo, le preguntan si prefiere vino o whisky. «Vodka», dice él mirando el gorro ruso de Carlos Barral.

Por encima del hombro metafísico de Pániker en-las-calles asoman los bellos ojos violetas de Nuria Pompeia, fijos en los labios indescifrables del novísimo. «No sé si es un Burroughs o un Joyce», comenta con Isabel Bohigas y Maruja Torres, «pero es guapísimo».

C. C. presenta a su protegido al autor ultramarino, el último en subirse al repleto estribo (del que muy pronto se iba a caer de todos modos) de la guagua del *boom* literario iberoamericano. Dice el novelista ultramarino: «¿Cómo le va, viejo? Qué bárbaro, recién llego a Barcelona, ciudad que adoro, y sólo escucho hablar de vosss...» Y responde humilde el peninsular: «No, la Voss del Trópico no soy yo.»

Macanudo, carajo. Y en el transcurso apresuradamente etílico de la velada, Cariñena descabezado y tacos resacos de tortilla de patatas, el amigo de C. C. y yo intercambiamos cómplices miradas de estrabismo sifilítico en dos o tres ocasiones: intento transmitirle un guiño de astucia, una señal de aliento en nombre de los desheredados de la cultura y del analfabetismo ilustrado del siglo XX: dales por el saco, muchacho, méate en sus bocazas eruditas, fóllate a sus mujeres, sácales la pasta gansa. Inútil, no atiende a mí ni a nadie. Su mirada distante y venérea planea sobre las cabezas atontolinadas.

Ya lo tengo: un perfil husmeando el peligro desde lo alto de unos hombros escépticos, una mirada invicta sobre el ensalivado cotilleo intelectual, sobre la histérica conciencia de la

mediocridad y de la derrota.

13 octubre

Intento una visita al hombre del día en el estudio de C. C, la cual me recibe contrariada: el genio está trabajando y no quiere que le molesten.

C. C. me ofrece asiento en la terraza, pero ni un trago ni apenas conversación. Ceñuda y sumergida en un quehacer insólito: está rompiendo todos sus queridos papeles, sus poemas, sus cuentos. No valen nada, tenías razón, dice sin mirarme. De hoy en adelante se dedicará exclusivamente a él, a su obra presente y futura, obviamente perenne.

Decidido a no marcharme sin hablar con su nuevo amor, me engolfo en la mecedora, mientras ella va y viene con fajos de papeles. Me ignora por completo. El día es limpio, el sol deslumbra en la terraza. Observo la sobada cazadora de cuero del ilustre huésped colgada en el respaldo de la hamaca, la agenda de rojas solapas asomando en el bolsillo. Aprovecho que C. C. ha salido un momento y me hago con la agenda. La abro.

Anotados curiosos planes estratégicos, de una escalofriante ingenuidad: «Para mañana domingo: 1) Comprar programas antiguos de cine en mercado San Antonio y presentarme con ellos casa Terenci Moix hora comer y hacerle regalo. 2) Ligar con su hermana Ana y conseguir que me presente a su editora y amiga Esther Tusquets. 3) Ligar editora y contrato-anticipo no menos de 25.000 Pts. por próxima novela titulada *El vampiro de la Sagrada Familia* o *El monstruo del cine Delicias*.»

Y algo más abajo: «No, muy complicado. Mejor hacer amistad íntima con Oriol Bohigas. Manera: 1) Hablarle mal de Ricardito Bofill en presencia de Salvador Clotas. 2) Clotas encabronarse y querer pegarme, Bohigas apoyar mi criterio y defenderme, y también Rosa Regás. 3) Yo agradeciendo sugiero Rosa tomar copas otro sitio, solos. 4) Camelar Rosa y ella proponerme contrato con Edhasa...»

Pero en la página siguiente, como era de prever: «Fracaso total. Rosa se fue a cenar con Satué, Oriol con Carmen, Ricardo con Salvador, yo con nadie y al diablo con esa gente. A ver, otra estrategia: pedir consejo a Carmen Balcells sobre supuesta oferta de contrato con Carlos Barral, la superagente apiadarse de mí («*iDesgraciat*, no sacaras ni un duro!») y soltar algún anticipo... No, tampoco.»

Debajo escribió, con trazo impaciente: «Dejar que C. C.

decida y lleve el asunto a su modo.» También había recordatorios tales como:

«Leer mañana mismo *Cien años de soledad*.»

«Vestir como Federico Correa.»

«No cometer errores, no confundir parentescos: Ana Bohigas no casada con Oriol Bohigas ni hermana Isabel Bohigas, Joan Manuel Serrat no hermano Teresa Serrat, Xavier Corberó no vende cocinas, que vende esculturas. Montse Riba no casada con Pau Riba y Cargenio Trías no es uno sino dos (averiguar sexo).»

«Importante: no quedarme embobado mirando boca y ojos de Beatriz, ceñidos jerseys de Serena Vergano, camisetas Rosa Regás, caderas Laly Gubern, ombligo Nuria Serrahima, interminables piernas Montse Riba, bellísimos ojos violeta Ana Regás, etcétera.»

«Averiguar qué puñeta es lo *camp* (¿lo *camp nou* del Barça?).»

«Terenci loco por el Cinemascope: regalarle cromos chocolate colección *La túnica sagrada*, llena de musculosos centuriones vistiendo falditas plisadas, y foto Sarita dedicada.»

«Cenar en Vía Véneto y Las Violetas y comprar chucherías en Saltar i Parar. Ir a Can Barça con Óscar Tusquets y Manolo Vázquez. Leer *Por Favor*.»

«Acostarme con Merceditas de Soplillosa y que me explique qué es eso del estructuralismo lingüístico del que tanto hablan los críticos.»

«Encerrarme con los monjes de Montserrat una vez al año por lo menos.»

«Procurar caerle simpático a Lidia Falcón (por ejemplo, ofrecerme para lavar su coche).»

«Ya sé qué puñeta es el estructuralismo: lo mismo pero con la lengua más rápida y afilada.»

Las dos y media. C. C. no vuelve a la terraza. Me resigno a no ver al genio, deslizo la agenda en el bolsillo de su cazadora y me voy.

14 octubre

Consigo trabajo en los sótanos de Librería Técnica Extranjera, en la calle Tuset, por mediación de mi amigo Juan Antonio Aguilar. Llenar fichas y organizar ficheros. Cinco duros la hora. Desesperación.

Cafelito en el bar Bagatela a las cuatro de la tarde con

nuestro simpático *Rimbaud* envuelto en su bufanda y acariciando su pipa: el dulce poeta Josep Elías. Nos hemos encontrado casualmente junto a un árbol, al borde tenebroso de la acera y de la tarde. Con sonrisa socarrona, el poeta friolero confirma mis sospechas, agravadas por los insistentes rumores de ayer: en efecto, a punto de terminar su novela, el novísimo la ha cedido a Edicions 62.

¿Anticipo? Veinte mil pesetejas.

Pero el rumor es desmentido a las ocho de la tarde por Elisenda Nadal, directora de *Fotogramas*. La revista trae una entrevista en la que el «brillante cronista/fabulador de la *gauche divine*» (así califica a Roberto Amores la redactora) declara que, en realidad, C. C. le aconseja firmar con Seix Barral y la cosa está hecha.

Estalla el escándalo. A las diez, Gimferrer me llama preguntándome dónde está C. C. y qué pasa, por qué ha firmado con Planeta.

El teléfono de C. C. comunica todo el tiempo.

Me llama desde Las Palmas J. J. Armas Marcelo: «¿Tú sabes si el maestro Roberto Amores aceptaría la presidencia del III Congreso Universal de Escritores Canarios y Ultramarinos (con posibilidades de contactos culturales a nivel ministerial intercontinental, o sea, la hostia) a celebrar en Caracas, y al que por supuesto tú también estás invitado...?» «Se te ha anticipado Justo Jorge Padrón», le digo.

Me llama Sagarra de madrugada desde un local muy animado con melodía de sinfonola y de cucharillas de café en copas de grueso cristal —el alma del carajillo melodioso—, muerto de risa: «¿Te has enterado? ¡La bomba! El novísimo de C. C. pasó el último fin de semana en l'Empordà con la mujer de A. A., y de incógnito.»

«Ah.»

15 octubre

Encuentro casual con Ysabelle y Puig Palau en el Palau. Semana de Cine en Color. «¿Te has enterado?», dice P. P., «el matrimonio A. A. definitivamente al agua». «Bueno, bueno», dice Ysabelle.

Saliendo de mi estupor, alcanzo sin apenas esfuerzo la perplejidad. ¿Se ha vuelto loco todo el mundo? Tal vez se debe a mis sobredosis de optalidones. En todo caso Puig Palau no parece oírme en medio del griterío del vestíbulo: «J. B. lleva

también mucha agua últimamente.» Él me explica la causa de la separación: un viaje relámpago de la mujer de A. A. y del novísimo a Perpignan para ver cine.

16 octubre

Desde por la mañana temprano empieza a correr el rumor: Castellet ha hecho unas manifestaciones más o menos privadas sobre el supuesto novísimo y su novela, y pronto se harán públicas.

El día transcurre para mí en el túnel de Librería Técnica, y a las ocho de la noche, en un estado de completa idiotez laboral, estoy sentado en la tortillería Flash-Flash con Any Esteva, Serrat, Coral, Correa, Portabella y Montse Riba. Llega Barbat con una chica muy mona y la última noticia: C. C. ha sido internada de urgencia en el Clínico, al parecer por una dosis excesiva de Picón.

Al salir de la tortillería me da en la cara el frío bofetón, el primer soplo helado del invierno. De sótano en sótano: en el Pub de Tuset Street (el frío nos ha echado de la terraza) conspiran con carácter urgente Pere Fages, Octavi Pellisa, Nuria y Manuel Gerena (en disco).

Vicente Aranda, Serena y Ricardito Bofill hablan, en la barra, de la escuela mesetaria de cine. ¿Qué novedades hay de C. C.? Todo sigue igual.

Conspiraciones por doquier. Mi dosis actual de optalidones es de cuatro en cada toma y de cuatro tomas cada cuatro horas. Pere Portabella sentencia: «El viernes huelga general y el sábado gobierno de coalición. Está hecho.»

17 octubre

Fin de semana en mi Penedès. Regreso como nuevo.

La noticia, después de correr como un reguero de pólvora, me da en las narices: ahora resulta que el famoso capítulo del novísimo Roberto Amores, que tanta expectación había levantado, pertenece en realidad al libro de un estructuralista ruso titulado *Zoo o cartas no de amor*, de Viktor Sklovskli y publicado en España por Anagrama, según acaba de afirmar el editor Jorge Herralde con la boca abierta por el estupor.

Al parecer, el capítulo-revelación del año es un compuesto de varios capítulos de dicha obra, ha precisado Herralde, y empieza así: BUENO, ESCRIBO SOBRE CULTURA EXTRANJERA Y

A UNA MUJER EXTRANJERA...

Ciertamente, ¿quién de la *gauche divine* le habría negado al charnego inédito la autoría de un principio de capítulo tan sugestivamente charnego? Se comenta que el plagio ha sido descubierto por el quisquilloso y avisado erudito y sociolingüista Francesc Vallverdú, periscopio siempre arriba salvaguardando las contaminadas costas de la prosa catalana traicionada. «Me llamó la atención», dicen que dijo el infatigable sociolingüista, «que se refiriera a nuestra cultura como a una cultura extranjera: esto le delataba como murciano que es».

El escándalo por el fraude es mayúsculo en los medios editoriales, y la indignación es general. A la pobre C. C. se le ha caído el cielo encima.

El *Chorizo de las Letras* se ha esfumado.

Empieza a hacerse pública la relación de víctimas. A última hora de la noche se comenta la última fechoría del delincuente vanguardista/destructor del lenguaje: la revista *Bocaccio*, que dirige José Ilario, le había comprado ocho cuentos *inéditos* de misterio que resultaron ser de Edgar Wallace.

18 octubre

Mi estado general es francamente preagónico. Decido emprender el camino del exilio.

Últimas noticias. María Aurelia Capmany acusa a la *gauche divine* de tener cuenta corriente conjunta en varios bancos. Lo dicho: al exilio, al exilio.

Me despido del sótano y hago las maletas. No resisto la tentación de hacer un balance provisional de víctimas y pérdidas:

C. C. convaleciendo en Calella con sus papás.

2 matrimonios deshechos.

3 casos reconocidos de cuernos.

3 editoriales y una revista estafadas.

Gimferrer y Castellet con enfado pasajero.

Félix de Azúa se fuga a San Sebastián salvándose del naufragio por pelos.

Salvador Clotas cambia de óptico y de gafas y de ambición cultural.

Setenta y ocho sablazos contabilizados y suma y sigue.

Cuentas sin pagar en Bocaccio, Las Violetas, el Pub, Jamboree, el Pastis, Flash-Flash, Anthropos y Saltar i Parar. La más cuantiosa en el bar-restaurant de la octava planta de

Editorial Planeta.

Y un servidor completamente drogado de optalidones y camino del Canadá.

Hasta aquí el diario esquizofrénico del goxdivín desertor. Una vez leído, la cuestión de si esta crónica de enredos poblada de míticos irredentos podía constituir una trama argumental al servicio de *Roberto Amores, aventurero urbano* (tebeo para adultos), según quería Kim, el gran dibujante noctámbulo, dejó de interesarme o, mejor dicho, me olvidé del asunto por completo. En realidad, visto desde hoy, nuestro imponente *Titanic* no era más que un frágil patín a vela impulsado por la brisa (caliente, demasiado caliente) de un sueño de barrio en Fiesta Mayor...

En cuanto a la *gauche divine* como grupo, ahí empezó a resquebrajarse. Me consta que algunos, los militantes de las últimas hornadas, cubrieron de insultos al *Chorizo de las Letras* y a la intrépida C. C. En cambio, los antiguos o históricos se esforzaron siempre en defenderles, asumiendo con buen humor su parte de culpa en el descomunal disparate. Hubo muchos disidentes, deserciones sonadas, cambios de bares y terrazas y puntos de reunión, de bebida y de lecho y hasta de sexo. La brecha que se abrió fue profunda, y aún no se ha cerrado.

Finalmente, los disidentes empezaron a ser grupo, que es lo que se acaba siendo siempre.

FIN

ÍNDICE

Historia de detectives
El fantasma del cine Roxy
Teniente Bravo
Noches de Bocaccio

Impreso en el mes de diciembre de 1986
en Romanyá/Valls Verdaguer, 1
Capellades (Barcelona)